Barricadas en Barcelona

LA CNT DE LA VICTORIA DE JULIO DE 1936 A LA NECESARIA DERROTA DE MAYO DE 1937

Agustín Guillamón

EDITORIAL DESCONTROL

Barricadas en Barcelona

Guillamón, Agustín
Barricadas en Barcelona
196p., 200×140 mm

Tercera Edición; enero de 2016
Editorial Descontrol
Barcelona, Catalunya
descontrol@riseup.net

Segunda Edición: Julio de 2013
Lazo Negro Ediciones
Rosario, Argentina
lazo.ediciones@riseup.net - www.lazoediciones.tumblr.com

Edición Original: Ediciones Espartaco Internacional de Emilio Madrid
www.edicionesespartaco.com
Editor: Emilio Madrid Expósito
Primera edición: Enero de 2007

ISBN: 978-84-16553-01-3
Depósito Legal: B3870-2016

Barricadas en Barcelona

La CNT de la victoria de julio de 1936 a la necesaria derrota de mayo de 1937

Agustín Guillamón

Editorial Descontrol

A Pascual Guillamón, herido y mutilado en los combates del 19 de julio en Barcelona; fusilado por los fascistas cuando ocuparon Tarrasa.

A mi abuelo Eliseo, y a sus numerosos hermanos: emigrantes, cenetistas, anónimos luchadores y exiliados; siempre proletarios conscientes de serlo.

A mi padre, que a los doce años perdió una guerra.

In Memoriam

Introducción

Este libro trata de las barricadas levantadas por los obreros barceloneses en julio de 1936 y mayo de 1937, erigidas con sólo diez meses de diferencia. Estudia las causas de su aparición, así como sus similitudes y diferencias. Intenta explicar el carácter «ofensivo» de la insurrección obrera de julio, y el «defensivo» de mayo. ¿Por qué los obreros, prácticamente desarmados, consiguieron en julio vencer al ejército sublevado y a los fascistas? ¿Por qué, al contrario, en mayo, un proletariado armado hasta los dientes fue derrotado políticamente, tras demostrar en la calle su superioridad militar? ¿Por qué las barricadas de julio seguían aún en pie, y activas, en octubre de 1936; mientras en mayo se retiraron inmediatamente?

No alimenta en vano el mito de las barricadas, que en Barcelona se levantaron en numerosas ocasiones durante el siglo XIX, en la huelga general de 1902, durante la Semana Trágica de 1909 y en la huelga general de 1917. Las barricadas, como nos enseña la historia, son un parapeto para mantenerse a la defensiva, y anuncian casi siempre la derrota obrera ante el ejército o la policía. En julio de 1936 la primera victoria del proletariado sobre el ejército se produjo en la Brecha de San Pablo, contra unos soldados atrincherados tras las barricadas. Este libro considera las barricadas como un instrumento, entre otros, de la decisión irrevocable del proletariado a enfrentarse con el enemigo de clase; no como mito que lo encadena al pasado. Contempla las barricadas como frontera de clase, que sitúa en un lado al proletariado, y en el otro a su enemigo. Fronteras de clase serían, hoy, negar la existencia

del proletariado, confundir las dictaduras stalinistas con el comunismo, proyectar la conquista del Estado en lugar de su destrucción, o defender que el capitalismo es eterno.

En el epílogo se enmarcan los comités, que surgieron con la situación revolucionaria española de 1936, en la experiencia internacional de los soviets rusos y los rates alemanes, para reconocerlos como la forma organizativa revolucionaria de la clase obrera.

Julio de 1936 fue una insurrección victoriosa, pero la insurrección de mayo de 1937 ¿fue una victoria o una derrota? Este libro aspira a comprender por qué, y sobre todo cómo, algunos de los líderes revolucionarios de julio de 1936 se convirtieron en los contrarrevolucionarios más nefastos e influyentes de mayo de 1937. O lo que es lo mismo, pretende explicar la historia del movimiento obrero y desechar los ridículos cómics de supermanes y traidores; y las arbitrarias interpretaciones tendenciosas, burguesas o stalinistas, características del academicismo universitario.

El libro intenta además responder a las preguntas que planteó el poeta surrealista francés Benjamin Péret, que estuvo en Barcelona desde agosto de 1936 hasta abril de 1937: «¿Cuál es la naturaleza de la revolución del 19 de julio de 1936?: ¿Burguesa, antifascista, proletaria? ¿Existía una dualidad de poderes el 20 de julio de 1936? ¿En beneficio de quién evolucionó? ¿Qué fuerzas presidieron su liquidación? ¿Los trabajadores habían tomado el aparato de producción? ¿La nacionalización de la producción ha consagrado una situación de hecho o ha creado las bases materiales de un capitalismo de Estado? ¿Las organizaciones obreras (partidos, sindicatos, etcétera) intentaron organizar un poder obrero? ¿Dónde y en qué condiciones? ¿Por qué no ha llegado a la liquidación del poder burgués? ¿Por qué la revolución española acabó en desastre?».

Tarea del poeta es hacer las preguntas, oficio del historiador intentar responderlas y privilegio del lector juzgar si las respuestas dadas son acertadas y le convencen.

Agustín Guillamón.
Barcelona, diciembre de 2006.

I

La insurrección victoriosa de julio de 1936

Vivere militare est. (Vivir es luchar).

Séneca. Epístolas.

¡Armas! ¡Armas!

El 17 de julio por la tarde el ejército se había sublevado en Melilla. El presidente del Gobierno, Casares Quiroga, a la pregunta de unos periodistas sobre qué pensaba hacer ante el levantamiento respondió con un chiste: «¿Se han levantado? Bueno. Yo me voy a dormir». El 18 de julio de 1936 la rebelión militar se había extendido a todo Marruecos, Canarias y Sevilla.

La guarnición militar de Barcelona contaba con unos seis mil hombres, frente a los casi dos mil de la guardia de asalto y los doscientos «mossos d´esquadra». La guardia civil, que nadie sabía con certeza por el lado que se decantaría, contaba con unos tres mil. La Confederación Nacional del Trabajo - Federación Anarquista Ibérica (CNT-FAI) disponía de unos veinte mil militantes, organizados en comités de defensa de barriada, dispuestos a empuñar las armas. Se comprometía, en la comisión de enlace de la CNT con la Generalidad y los militares leales, a parar a los golpistas con sólo mil militantes armados. Pero las negociaciones de la CNT con Escofet, comisario de orden público, y con España, consejero de Gobernación, fueron infructuosas.

La noche del 17 de julio el cenetista Juan Yagüe, secretario del sindicato del transporte marítimo, organizó el asalto a los pañoles de los buques atracados en el puerto, consiguiendo unos 150 fusiles; a los que el 18 se sumó lo conseguido de armerías, serenos y vigilantes de la ciudad. Este pequeño arsenal, guardado en el sindicato del transporte, en las Ramblas, provocó un enfrentamiento con la comisaría de orden público, que lo reclamaba.

Se corría el peligro de un enfrentamiento armado con la guardia de asalto, y los propios militantes cenetistas llegaron a amenazar a los, en su opinión, demasiado conciliadores Durruti y García Oliver. El incidente se zanjó con la entrega a Guarner, mano derecha de Escofet, de algunos viejos fusiles inservibles, que evitaron una ruptura entre republicanos y anarquistas en vísperas del golpe militar.

Desde las tres de la madrugada del 19 de julio una creciente multitud reclamaba armas en la Consejería de Gobernación, en Plaza Palacio. No había armas para el pueblo, porque el gobierno de la Generalidad

temía más una revolución obrera que el alzamiento militar contra la República. Juan García Oliver, desde el balcón de Gobernación, requirió a los militantes cenetistas que se pusieran en contacto con los comités de defensa de sus respectivas barriadas, o marcharan a los cuarteles de San Andrés en espera de la oportunidad de apoderarse del armamento allí depositado. Algo más tarde, ante el anuncio del inicio de la sublevación en Barcelona, allí mismo se empezó a confraternizar con los guardias de asalto cuando éstos, dotados con arma larga y corta, entregaron su pistola al voluntario civil que la reclamaba. Al mismo tiempo el teniente de aviación Servando Meana,[1] simpatizante de la CNT, que hacía de enlace de información entre la Aviación del Prat y José María España, entregó las armas depositadas en el Palacio de Gobernación a los anarcosindicalistas[2] por su cuenta y riesgo, sin conocimiento de sus superiores. Los cenetistas del sindicato de química iniciaron la fabricación de bombas de mano.

Las sirenas de las fábricas de Pueblo Nuevo llaman al combate

A las cuatro y cuarto de la madrugada del 19 de julio de 1936 las tropas del cuartel del Bruc, en Pedralbes, habían salido a la calle, dirigiéndose por la Avenida 14 de abril (hoy, Diagonal) hacia el centro de la ciudad. Los obreros, apostados en las inmediaciones de los cuarteles, tenían órdenes de dar el aviso y de no hostigar a los soldados hasta que no estuviesen ya muy alejados de los mismos. La táctica del Comité de Defensa Confederal había acordado que sería más fácil batir a la tropa en la calle que si permanecía atrincherada en los cuarteles.

El campo de fútbol del Júpiter de la calle Lope de Vega fue utilizado como punto de encuentro desde el que iniciar la insurrección

1 Datos extraídos de la «Declaración manuscrita de Servando Meana Miranda, capitán del arma de Aviación».

2 Abad de Santillán llevó un centenar de pistolas al Sindicato de la Construcción. Véase: ABAD DE SANTILLÁN, Diego: «Por qué perdimos la guerra». Plaza Janés, Esplugues del Llobregat, 1977, p. 76.

obrera contra el alzamiento militar, por la cercanía del domicilio de la mayoría de anarquistas del grupo «Nosotros» y la enorme militancia cenetista existente en el barrio. El Comité de Defensa de Pueblo Nuevo había requisado dos camiones de una cercana fábrica textil, que fueron aparcados junto al campo del Júpiter, que los anarquistas probablemente utilizaban también como arsenal clandestino. Gregorio Jover vivía en el número 276 de la calle de Pujades. Ese piso, durante toda la noche del 18 al 19 de julio, se había convertido en el lugar de encuentro de los miembros del grupo Nosotros, en espera del aviso de la salida a la calle de los facciosos. Acompañaban a Jover, Juan García Oliver, que vivía muy cerca, en el número 72 de la calle Espronceda, casi esquina a Llull; Buenaventura Durruti, que vivía a un kilómetro escaso, en la barriada del Clot; Antonio Ortiz, nacido en el barrio de La Plata de Pueblo Nuevo, en el chaflán de las calles Independencia/Wad Ras (ahora Badajoz/Doctor Trueta); Francisco Ascaso, que vivía también muy cerca en la calle San Juan de Malta; Ricardo Sanz, también vecino de Pueblo Nuevo; Aurelio Fernández y José Pérez Ibáñez «el Valencia». Desde el piso de Jover alcanzaba a verse la valla del campo del Júpiter, junto a la que estaban aparcados los dos camiones. A las cinco de la mañana llegó un enlace comunicando que las tropas habían empezado a salir de los cuarteles. Las calles Lope de Vega, Espronceda, Llull y Pujades, que rodeaban el campo del Júpiter, estaban repletas de militantes cenetistas armados. Una veintena de los más curtidos, probados en mil luchas callejeras, subieron a los camiones. Antonio Ortiz y Ricardo Sanz montaron una ametralladora en la parte trasera de la plataforma del camión que abría la marcha. Las sirenas de las fábricas textiles de Pueblo Nuevo comenzaron a ulular, llamando a la huelga general y la insurrección revolucionaria, extendiéndose a otros barrios y a los barcos surtos en el puerto. Era la señal acordada para el inicio de la lucha. Y esta vez la alarma de las sirenas cobraba su significado literal de tomar las armas para defenderse del enemigo: «al arma». Los dos camiones, bandera rojinegra desplegada, seguidos de un cortejo de hombres armados, cantando «Hijos del Pueblo» y «A las barricadas», animados por los vecinos asomados a los balcones, enfilaron la calle Pujades hasta la

Rambla de Pueblo Nuevo, para subir hasta Pedro IV, de allí al sindicato de la construcción en la calle Mercaders, y luego a los sindicatos metalúrgico y del transporte en Las Ramblas. Jamás las estrofas de esas canciones habían tenido tanto sentido: «aunque nos espere el dolor y la muerte contra el enemigo nos llama el deber, el bien más preciado es la libertad, hay que defenderla con fe y valor»; «en la batalla la hiena fascista con nuestros cuerpos sucumbirá, y el pueblo entero con los anarquistas hará que triunfe la libertad».

El grupo Nosotros, constituido en Comité de Defensa Revolucionario, dirigió en Barcelona la insurrección obrera contra el alzamiento militar desde uno de esos camiones aparcados en la Plaza del Teatro. El dominio de las Ramblas impedía el enlace de los sublevados entre plaza de Cataluña y Atarazanas-Capitanía, al tiempo que permitía acudir rápidamente, a través de calles secundarias y estrechas del barrio Chino y de la Ribera, en auxilio de los combatientes en la Brecha de San Pablo o en la avenida Icaria. Era necesario impedir que las tropas que habían salido de sus cuarteles en la periferia pudieran llegar al centro de la ciudad y enlazar con Capitanía-Atarazanas, o tomaran los centros neurálgicos de teléfonos, telégrafos, correo o emisoras de radio.

La preciosa colaboración de los sargentos de artillería Valeriano Gordo y Martín Terrer del cuartel de Atarazanas,[3] que abrieron la puerta que daba a la calle de Santa Madrona, permitió la entrada de los grupos anarquistas armados y la detención de casi toda la oficialidad que salió detenida por esa misma puerta de Santa Madrona. Pero las ráfagas de ametralladora disparadas desde el cercano edificio de las Dependencias Militares permitieron que el teniente Colubí pudiera escaparse, y tomar el mando de la resistencia. Las puertas atrancadas de los amplios patios, que comunicaban las antiguas Atarazanas medievales con el edificio de la Maestranza (hoy desaparecido), que daba directamente a las Ramblas, donde estaban las oficinas de la

3 El sargento Manzana, pese a que es citado erróneamente en muchos libros como protagonista de la jornada revolucionaria del 19 de julio, no pudo intervenir en la lucha porque estaba preso en el calabozo del cuartel, y no fue liberado hasta la tarde del día 20. Véase: MARQUEZ y GALLARDO: «Ortiz. General sin dios ni amo». Hacer, Barcelona, 1999, p. 101.

Brigada de Artillería y los pabellones de algunos oficiales, facilitaron que los soldados allí fortificados pudieran resistir el ataque. Los facciosos recuperaron el control del cuartel, pero los anarquistas se habían apoderado de cuatro ametralladoras, unos doscientos fusiles y varias cajas de munición. El fuego cruzado entre los edificios de Dependencias y la parte del cuartel de Atarazanas que daba a la Rambla de Santa Mónica, al que se añadieron las ametralladoras instaladas en la base del monumento a Colón, les hizo inexpugnables. Dado que los militantes de los sindicatos metalúrgico y de transporte habían salido hacia la Barceloneta, las fuerzas anarcosindicalistas que quedaban en la Plaza del Teatro decidieron aplazar el asalto para trasladarse a la Brecha de San Pablo, con el armamento tomado en Atarazanas, dejando cercado el sector bajo de las Ramblas, con los edificios de Dependencias y la Maestranza de Atarazanas sitiados por un grupo al mando de Durruti, con una pieza de artillería manejada por el sargento Gordo.

Los facciosos ocupan las Plazas de España y Universidad

Hacia las cuatro y cuarto de la madrugada empezaron a salir tres escuadrones, a pie, del regimiento de Caballería de Montesa, en el cuartel de la calle Tarragona. El primer escuadrón, tras un inicial tiroteo de unos veinte minutos con los guardias de asalto, ocupó la plaza de España, con una sección de ametralladoras, confraternizando a continuación con esos guardias de asalto del cuartel sito en el chaflán Gran Vía-Paralelo, frente al Hotel Olímpico (hoy Catalonia Plaza Hotel). Los guardias de asalto y el escuadrón de caballería acordaron un curioso pacto de no agresión, y en el transcurso de la mañana salieron del cuartel de los de asalto refuerzos hacia el Cinco de Oros y la Barceloneta, que no fueron molestados, al tiempo que éstos permitían el dominio de la plaza de España por los sublevados, y posteriormente el paso de una compañía de zapadores desde el cuartel de ingenieros de Lepanto, que por el Paralelo llegó hasta Atarazanas y las Dependencias Militares.

En la calle de Cruz Cubierta, a la altura de la alcaldía de Hostafrancs, el comité de defensa había levantado una barricada que cerraba la calle.

Las tropas sublevadas disponían de dos piezas de artillería, emplazadas junto a la fuente del centro de la plaza de España, que habían llegado en camionetas desde el cuartel de los Docks. Los militares dispararon un obús contra la barricada de Hostafrancs, con una trayectoria demasiado elevada, que impactó en un pequeño parapeto levantado en la bocacalle de Riego, produciendo ocho muertos y once heridos. Era un escenario dantesco, con brazos, piernas y trozos de carne humana colgando de árboles, farolas y cables del tranvía. La cabeza de una mujer decapitada fue lanzada a setenta metros del lugar. Los facciosos controlaron la plaza de España hasta las tres de la tarde.

El segundo escuadrón, con una sección de ametralladoras, al que se sumó un grupo de derechistas, fueron hostilizados en la calle Valencia, pero consiguieron su objetivo, que era el de dominar la plaza de la Universidad y ocupar el edificio universitario, en cuyas torres emplazaron ametralladoras. Pedían la documentación de los transeúntes, deteniendo a los afiliados a la CNT o partidos de izquierda, Ángel Pestaña entre otros. En la Ronda Universidad tuvieron un tiroteo con un grupo armado del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Durante el transcurso de la mañana los sublevados fueron obligados a replegarse al edificio universitario, acosados por un grupo de guardias de asalto a los que habían tiroteado, y gente del POUM que habían ocupado el Seminario, desde el que disparaban sobre los jardines universitarios. Completamente rodeados, y tras una deserción masiva, los facciosos se rindieron a las dos y media de la tarde a un destacamento de la guardia civil, saliendo a la calle parapetados tras los prisioneros civiles que habían retenido.

Éxito de los facciosos: los ingenieros cercan a los guardias de asalto

Del cuartel de ingenieros Lepanto, sito en la Gran Vía, en las afueras de Barcelona, en Hospitalet de Llobregat (en la actual plaza Cerdá, en el solar donde se está construyendo la «ciudad judicial»), había salido a las cuatro y media una compañía de zapadores que marchó hasta la

plaza de España, donde confraternizó con el escuadrón de caballería, que dominaba el lugar con ametralladoras y media batería, y con los guardias de asalto allí instalados, que incluso habían fijado en la puerta de su cuartel el bando de declaración del estado de guerra. Dada la calma del lugar, se les ordenó marchar a Dependencias Militares (el actual Gobierno Militar, frente al monumento a Colón). Descendieron por el Paralelo, y la calle de Vilá y Vilá, hasta el muelle de Baleares, donde se enfrentaron a una compañía de guardias de asalto procedentes de la Barceloneta, que fue derrotada[4] al quedar entre dos fuegos, entre Atarazanas y ellos. Tras dejar un pequeño grupo en Atarazanas la mayoría se instaló en Dependencias Militares para defender el edificio. Los facciosos habían obtenido su primera victoria y Escofet había perdido el control del Paralelo. Los facciosos habían consolidado su dominio de los astilleros medievales, la Aduana y la fábrica de electricidad de las tres chimeneas, y controlaban pues el paseo de Colón y la parte baja del Paralelo. Para romper este control y aislar a los facciosos de Plaza de España de los de Atarazanas, los obreros del Sindicato de la Madera y el Comité de Defensa de Pueblo Seco levantaron rápidamente una gran barricada en la Brecha de San Pablo, entre El Molino y el bar Chicago.

En el paralelo el pueblo derrota al ejército

El tercer escuadrón, que había salido del cuartel de caballería de la calle Tarragona, tenía por misión consolidar el dominio del Paralelo por los facciosos, con el objetivo de enlazar su cuartel con Capitanía. Pero ahora, al llegar a la altura de la Brecha de San Pablo, no pudieron superar una monumental barricada de adoquines y sacos terreros, que dibujaba un doble rectángulo en mitad de la avenida, porque un intenso tiroteo

4 A las seis de la mañana una compañía de guardias de asalto de la Barceloneta había recibido órdenes de desplazarse al Paralelo, pero tras enfrentarse inesperadamente frente Atarazanas con una compañía de zapadores tuvo numerosas bajas, entre ellas el capitán Francisco Arrando, oficial al mando (hermano del Alberto Arrando, jefe de las fuerzas de Seguridad y Asalto).

les cerraba el paso. Los militares sólo consiguieron ocupar el sindicato de la Madera de la CNT en la calle del Rosal y la barricada, abandonada por los militantes cenetistas, cuando siguiendo el Plan Mola,[5] avanzaron escudándose tras mujeres y niños del barrio. Luego los soldados instalaron tres ametralladoras, una frente al bar La Tranquilidad (Paralelo 69, junto al teatro Victoria), otra en la azotea del edificio colindante con El Molino, y la tercera en la barricada de la Brecha de San Pablo, que fueron empleadas a fondo. Eran las ocho de la mañana. El tercer escuadrón había necesitado dos horas para tomar la barricada, defendida por el comité de defensa de Pueblo Seco y militantes del sindicato de la madera. Pero los obreros seguían hostilizando a la tropa desde el otro lado de la Brecha, desde las terrazas de los edificios cercanos y desde todas las bocacalles. A las once de la mañana el tercer escuadrón había conseguido dominar todo el espacio de la Brecha, tras cinco horas de combate. Sin embargo, el intento realizado por las tropas situadas en plaza de España de reforzar a sus compañeros de la Brecha había sido detenido a la altura del cine Avenida (en Paralelo 182), por el tiroteo y acoso a que fueron sometidos desde las tapias del recinto ferial que daban al Paralelo, y desde Tamarit. Los cenetistas decidieron contraatacar en la Brecha, indirectamente desde Conde del Asalto (hoy Nou de la Rambla) y otros puntos, infructuosamente. Los vecinos de pueblo Seco levantaron barricadas para defender el barrio, en las calles Mata, Cabanes, Blai, Concordia y otras. Una decena de guardias de asalto, que habían sido requeridos en la Brecha por el oficial de Asalto que combatía con los militares sublevados, decidieron sumarse a las fuerzas populares. Poco después, los refuerzos cenetistas procedentes de plaza

---

La compañía permaneció treinta horas sitiada e inactiva en los tinglados del muelle de Baleares, hasta que se rindió el cuartel de Atarazanas.

5 El Plan del General Mola, director del alzamiento militar contra el gobierno republicano, ordenaba el uso del terror por los facciosos como único método eficaz frente a una resistencia popular masiva. Contemplaba expresamente las amenazas contra niños y mujeres de los resistentes, así como los fusilamientos en masa. La minoría de militares y fascistas sublevados necesitaba, desde el primer momento, imponerse con el terror a un enemigo mucho más numeroso, mediante una guerra de exterminio que ya habían practicado en la guerra colonial de Marruecos.

del Teatro, tras asaltar el Hotel Falcón, desde donde habían sido tiroteados, se desplazaron desde las Ramblas por la calle de San Pablo, y después de pactar con el cuartel de carabineros su neutralidad y vaciar la prisión de mujeres de Santa Amalia, llegaron por la calle de las Flores hasta la Ronda de San Pablo, batida por el fuego de la tropa facciosa. Ortiz con un pequeño grupo, que llevaba las ametralladoras tomadas en Atarazanas, logró cruzar al otro lado de la Ronda, construyendo rápidamente una pequeña barricada que les ponía al abrigo de los disparos de las tres ametralladoras enemigas instaladas en la Brecha. Los anarquistas subieron al terrado, y emplazaron sus ametralladoras en la azotea del bar Chicago (el mismo edificio es hoy oficina de la Caixa de Catalunya), que protegieron con sus ráfagas el asalto en tromba y directamente sobre la Brecha, coordinada simultáneamente desde la calle de las Flores, desde ambos extremos de la calle Aldana, desde la calle de las Tapias y desde el café Pay-Pay de la calle San Pablo, situado frente a la iglesia románica de Sant Pau del Camp, en el que habían entrado por la puerta trasera,[6] y una maniobra envolvente desde la calle Huertas. El capitán que mandaba la tropa junto a la ametralladora, situada en mitad de la Brecha, fue abatido por los disparos de Francisco Ascaso, el más adelantado y mejor situado de los atacantes, que avanzaban corriendo a la descubierta. Un teniente intentó relevar en el mando al capitán caído, para seguir resistiendo, pero fue abatido por un cabo de la propia tropa. Era el principio del fin del combate. Entre las once y las doce del mediodía el tercer escuadrón había sido derrotado, y la Brecha de San Pablo recuperada por los obreros. Mientras Francisco Ascaso saltaba de alegría blandiendo el fusil por encima de su cabeza, García Oliver no dejaba de gritar «¡sí que se puede con el ejército!» En este punto crucial de la ciudad, los anarquistas, entre los que se encontraban Francisco Ascaso, Juan García Oliver, Antonio Ortiz, Gregorio Jover y Ricardo Sanz,[7] habían derrotado al ejército después de más de seis

6 Porque toda la calle de San Pablo estaba batida por las ametralladoras situadas en el centro del Paralelo y en la azotea del edificio colindante con El Molino.

7 Y muchos militantes cenetistas anónimos entre los que se encontraba Quico Sabaté, militante del sindicato de la Madera, que también estuvo el día 20 en el asalto de Atarazanas, y que durante el franquismo fue un célebre maquis.

horas de lucha. Un reducido número de soldados siguieron resistiendo, refugiados en el interior de El Molino, donde tras agotar la cartuchería se rindieron definitivamente hacia las dos de la tarde.

La Infantería llega a Plaza Universidad y Los Escolapios de San Antonio

El regimiento de infantería de Badajoz (del cuartel de Pedralbes) había sido requerido en Capitanía por el general Llano de la Encomienda, y allí se dirigió, aunque con el propósito de ponerse a las órdenes del general Goded, que desde Palma de Mallorca volaba ya a Barcelona para liderar la sublevación militar. Al llegar a la Gran Vía, la compañía del capitán López Belda siguió descendiendo por la calle Urgell hasta el Paralelo, donde fueron tiroteados, y desde allí llegaron a Atarazanas, monumento a Colón y Capitanía, donde reforzaron la tropa existente. López Belda y los zapadores fueron las únicas tropas facciosas que alcanzaron con éxito el objetivo propuesto, que en su caso era reforzar Atarazanas y Capitanía.

El resto de la columna, mandada por el comandante López Amor, se dirigió por la Gran Vía hacia la plaza de Cataluña, manteniendo un tiroteo con el escuadrón del regimiento de Montesa, que ya había ocupado la plaza Universidad. Deshecho el error, una compañía bajó por la Ronda de San Antonio, en dirección a Capitanía, pero llegados a la altura del Mercado de San Antonio, fue hostilizada por los comités de defensa, que no podían permitir que reforzaran a las tropas que luchaban en la Brecha, teniendo que refugiarse en Los Escolapios, donde se rindieron una hora después, tras una dura resistencia.

La lucha en la Plaza Cataluña

Tras dejar un retén en la Universidad, el resto de la tropa, a las órdenes de López Amor entró desde Pelayo y Ronda Universidad en la plaza de Cataluña, dando vivas a la república, rodeados por una multitud

curiosa y expectante que desconocía si eran tropas adictas o sublevadas. Tras un tiroteo entre la tropa facciosa y los guardias de asalto aparecieron pañuelos blancos, cesó el fuego, y guardias y soldados se abrazaron y confraternizaron. La multitud de civiles armados llegó a desarticular la formación de la tropa mezclándose con los soldados. El equívoco, la táctica taimada de unos y otros, la indecisión de los guardias, el recelo de los obreros y la excesiva proximidad física crearon un desorden increíble y peligroso. La plaza estaba ocupada por retenes de los Guardias de Asalto y por numerosos militantes obreros armados en la parte de las Ramblas, Telefónica y Puerta del Ángel. El comandante López Amor dio la orden de pedir la documentación a los civiles, en su mayoría cenetistas, pero ante la imposibilidad de detenerlos a todos decidió expulsarlos del lugar, y situar ametralladoras en cuatro puntos opuestos de la plaza: en la azotea de la Maison Dorée (en la esquina con Rivadeneira, en parte del solar ahora ocupado por Sfera), en el terrado del Cine Cataluña (aproximadamente donde ahora está Habitat), en el Hotel Colón (ahora Banesto) y en el Casino Militar (hoy engullido por El Corte Inglés), y las dos pequeñas piezas del 7,5 en el centro de la plaza Cataluña. López Amor se dirigió a la Telefónica, con la intención de ocuparla y controlar las comunicaciones. La inicial colaboración de los de Asalto, propiciada por la traición del oficial al mando, teniente Llop, se transformó, pasado un período de desconcierto de unos diez minutos, en manifiesta oposición. López Amor ordenó que las dos piezas situadas en mitad de la plaza dispararan sobre la Telefónica. Fueron tres cañonazos que estuvieron a punto de cortar las comunicaciones. Se generalizó el tiroteo, dentro y fuera del edificio. En estos momentos de confusión un grupo de guardias de asalto capturó a López Amor frente al Casino Militar. Las compañías de los guardias de asalto, junto a los obreros en armas, se hicieron fuertes en Fontanella, pisos superiores de la Telefónica, Puerta del Ángel y Las Ramblas. Las calles de Pelayo, Vergara y Ronda Universidad ya habían sido tomadas por militantes obreros, consiguiendo aislar a los militares, que finalmente no tuvieron más remedio que refugiarse en el Hotel Colón, la Maison Dorée, el Casino Militar y los bajos y primer piso de la Telefónica, desde donde resistían el ataque popular y de los guardias de asalto. El centro de la

plaza era tierra de nadie. Se había evitado que esas tropas pudieran bajar por las Ramblas hasta Atarazanas y Capitanía, o por Fontanella y Portal del Ángel hasta la Comisaría de Vía Layetana o el Palacio de la Generalidad. También se había impedido que Telefónica y las cercanas emisoras de radio cayeran en poder de los facciosos. Los obreros de Telefónica cortaron las comunicaciones de Capitanía con los cuarteles sublevados. Las fuerzas populares tomaron muy pronto el Casino Militar y la Maison Dorée, gracias a la intervención combinada de guardias de asalto y obreros, que habían afianzado sus posiciones utilizando los túneles del metro. La resistencia de los sublevados, que ya sólo controlaban el cañoneado Hotel Colón y los bajos de la Telefónica, finalizó a las cuatro de la tarde, cuando se rindieron al ataque, tardío pero decisivo, de la guardia civil, secundado por los de asalto y el entusiasmo popular, que recelaba de los tricornios. Una ingente multitud llenaba esquinas, bocas de metro y calles próximas. Aparecieron banderas blancas en el Hotel Colón y entonces la furia popular lo desbordó todo. Tronó de nuevo el cañón que Lecha había arrastrado desde Claris. Durruti y Obregón (que murió en el ataque) en un masivo asalto desde las Ramblas de los militantes anarquistas, a pecho descubierto, recuperaron los bajos de la Telefónica. Al mismo tiempo guardias civiles y obreros, Josep Rovira del POUM en primer lugar, entraban en el Hotel Colón y hacían prisioneros a los oficiales. La plaza estaba sembrada de cadáveres. También aquí el ejército había sido vencido.

Los facciosos se refugian en el Convento de las Carmelitas

Desde el cuartel de Gerona, o de caballería de Santiago, en el cruce Lepanto/Travesera de Gracia, cerca del Hospital de San Pablo, salieron hacia las cinco de la mañana tres escuadrones de unos cincuenta hombres cada uno, a pie, con ametralladoras cargadas en autos. Su objetivo era dominar el Cinco de Oros (hoy plaza Juan Carlos I), en el cruce del Paseo de Gracia con Diagonal, para luego bajar a plaza Urquinaona y Arco del Triunfo. Fueron ligeramente hostilizados durante todo su recorrido por las calles Lepanto, Industria, Paseo de San Juan

(entonces García Hernández) y Córcega. Pero en el Cinco de Oros les esperaban varias compañías de asalto, con un escuadrón de caballería y una sección de ametralladoras, acompañados por una multitud de militantes obreros, apostada en azoteas, balcones, árboles y portales, armados con automáticas y bombas de mano. De manera inesperada para los sublevados, que avanzaban sin la precaución de un pelotón de exploradores, un nutrido fuego barrió la vanguardia produciendo gran número de bajas entre la tropa y oficiales. El coronel Lacasa, que dirigía el regimiento de Santiago, se refugió con los oficiales supervivientes y algunos soldados en el Convento de los Carmelitas, sito en Diagonal esquina a Lauria, donde con la activa ayuda de los frailes se hicieron inexpugnables gracias a las ametralladoras instaladas en los bajos y en la azotea.[8] El destacamento de la guardia civil, enviado para combatirles, se les unió en la resistencia. El coronel situó alrededor del convento puestos avanzados en los cruces de las calles Córcega-Santa Tecla, Claris-Diagonal y Menéndez Pelayo (ahora Torrent de l´Olla-Lauria), que dadas las numerosas bajas se vio obligado a retirar a última hora de la tarde. Ya de noche, los facciosos sitiados en el convento, pactaron rendirse a la guardia civil al amanecer del día siguiente.

A muy poca distancia, en la confluencia de Balmes con Diagonal, media hora después del inicio del enfrentamiento en el Cinco de Oros, cuatro camiones procedentes del Parque de Artillería de San Andrés, que transportaban unos cincuenta artilleros con destino plaza de Cataluña, fueron emboscados, detenidos y aniquilados por las descargas de fusilería de obreros y guardias de asalto. Armas y cañones fueron tomados por los obreros.

En la Barceloneta: barricadas móviles contra la artillería

El regimiento de artillería de montaña, en el cuartel de los Docks de la Avenida Icaria, fue el foco principal de conspiración del levanta-

8 Al parecer el coronel Lacasa había preparado ya la noche anterior el convento para convertirlo en hospital-fortaleza, situando también ametralladoras en la azotea de la Casa de Les Punxes, sita frente al convento.

miento militar. Del cuartel habían conseguido salir dos camionetas, con sendas piezas de artillería, que llegaron con éxito a su destino en plaza de España. Una pieza, colocada en el centro del patio, anunció con su estampido que la artillería había salido a la calle. A las seis se organizó una columna, al mando del comandante Fernández Unzué, que tenía por objetivo tomar primero el Palacio de Gobernación y acto seguido el palacio de la Generalidad. En octubre de 1934, a este mismo comandante, al mando de una sola batería, le había bastado empezar a disparar contra el Palacio de la Generalidad, para ver inmediatamente la bandera blanca que ponía fin a la rebelión catalanista de Companys. Un avión bombardeó el cuartel antes de la salida, causando algunas bajas y cierta desmoralización. Pese a todo salieron las tres baterías a la calle, sin esperar la llegada de las dos compañías del cercano regimiento de Infantería Alcántara, que debían cubrirles. Que las baterías debían estar protegidas por la infantería era cosa de manual, puesto que las piezas de artillería tenían que avanzar lentamente por el centro de la calle, al descubierto, arrastradas por animales; pero los oficiales estaban convencidos de que el «populacho» correría al oír el trueno del primer cañonazo. Mientras tanto en la Barceloneta la exaltación de vecinos y portuarios se convirtió en un grito unánime que exigía armas. El comandante Enrique Gómez García, del cuartel de la Barceloneta de los guardias de Asalto, ante la inminencia del enfrentamiento, decidió repartir armas a quien dejara, como garantía de devolución, el carné sindical o político. La primera batería, dirigida por el capitán López Varela, consiguió avanzar sin dificultad hasta sobrepasar el puente de San Carlos (hoy desaparecido), que cruzaba la Avenida Icaria y las vías ferroviarias, cuando inesperadamente le dispararon un grupo de fuerzas de Asalto, y obreros armados por éstos, apostados en las inmediaciones de la plaza de toros de la Barceloneta (hoy desaparecida), en el propio puente, en los vagones y tapias del ferrocarril, en los balcones y azoteas más cercanas. Rápidamente se sumaron a la lucha un enjambre de militantes obreros de Pueblo Nuevo, la Barceloneta, y de los sindicatos del Transporte y Metalúrgico de las Ramblas. Las tres baterías se encontraron atenazadas entre dos flancos, obstaculizándose unas a

otras el avance. López Varela consiguió emplazar las ametralladoras y los cuatro cañones de su batería, y empezó a disparar, sin dejar de avanzar hacia la Barceloneta. Tras dos horas de luchar a la defensiva las dos baterías de retaguardia, inmovilizadas y constantemente acosadas por atacantes bien parapetados, consiguieron regresar al cuartel con numerosas pérdidas, en una retirada caótica, marcada por el terror y la desbandada del ganado que transportaba unas municiones que estallaban al ser alcanzadas por los disparos. Ya a la entrada del cuartel tuvieron catorce bajas, causadas por el ametrallamiento de dos aviones, que poco después bombardearon con menor fortuna el interior del cuartel. La batería de López Varela, que ya no podía retroceder, no pudo superar la confluencia de la avenida Icaria con el Paseo Nacional, cerrada por una enorme barricada de dos metros de altura, que los portuarios habían levantando con los habituales adoquines y los menos corrientes sacos de algarrobas, además de las maderas y quinientas toneladas de bobinas de papel descargadas en media hora por carretillas eléctricas del buque «Ciudad de Barcelona», atracado en el vecino «moll de les garrofes», punto habitual de estiba de algarrobas de los veleros que las transportaban desde poblaciones costeras de Castellón y Tarragona. La batería era hostigada por los disparos de mortero que se le hacían desde la azotea de Gobernación, así como por las nutridas descargas de fusilería y ametralladoras procedentes de la Escuela Náutica y el Depósito Franco. Los militares cañoneaban barricadas y multitud, produciendo en ambas terribles brechas; pero las barricadas se rehacían y la multitud volvía a intensificar su cerrado ataque. La posición de los facciosos se hizo insostenible. A las diez recibieron la orden de retirada, pero ésta se convirtió en un martirio, porque a medida que los soldados intentaban retirarse, las bobinas de papel, convertidas en barricadas móviles, avanzaban empujadas por trabajadores sin armas, mientras otros bien protegidos tras la bobinas lanzaban bombas de mano y disparaban sin tregua. Se produjo el asalto final sobre una treintena de hombres, parapetados tras sus piezas artilleras y los animales muertos, llegándose a la lucha cuerpo a cuerpo. López Varela, herido, fue trasladado a Gobernación, con el resto de oficiales hechos

prisioneros, mientras los soldados confraternizaban con el pueblo. Se habían conseguido varios cañones y diverso armamento: aún no eran las diez y media de la mañana.

El cuartel de los Docks estaba sitiado, con una barricada colocada a cien metros de la puerta principal. La infantería del regimiento de Alcántara fue fácilmente repelida en dos ocasiones, aunque algunos soldados consiguieron entrar por sorpresa en el cuartel, sin alterar la desesperada situación de los sitiados, que hacia las ocho de la tarde se rindieron a unos oficiales de la guardia de Asalto, que se hicieron cargo de los prisioneros. Por la noche el cuartel fue tomado por los comités de defensa de la Barceloneta y Pueblo Nuevo, sin hallar resistencia.

En Plaza Urquinaona: los facciosos no consiguen ocupar la radio

Junto al Parque de la Ciudadela había dos cuarteles: el de Intendencia, fiel a la república, hasta el punto de confiarles la separación y vigilancia de los dos tercios de la guardia civil, que al mando del coronel Escobar subieron por Layetana para tomar la plaza de Cataluña, y el cuartel del regimiento de infantería Alcántara, con una oficialidad dividida entre simpatizantes y opuestos al alzamiento, que mantuvo una curiosa neutralidad y una típica «precaución soldadesca» que tuvo por resultado que las tropas salieran muy tarde a la calle, después de las nueve de la mañana, por orden del general Fernández Burriel. Una compañía tenía la misión de socorrer al sitiado cuartel de artillería de los Docks, que fracasó ante la oposición de una multitud en armas que le hizo regresar pronto a su cuartel. La segunda compañía tenía por objetivo la ocupación de los estudios de Radio Barcelona en la calle de Caspe número 12. Acosada la tropa en plaza Urquinaona, intentaron desesperadamente subir por la calle de Lauria hacia Caspe, pero tras una hora de duro combate la compañía estaba prácticamente deshecha, consiguiendo un grupo refugiarse en el Hotel Ritz, donde se rindieron tras ser cañoneados.

En la calle Diputación: los camiones se lanzan sobre la artillería

El cuartel del regimiento de Artillería ligera nº 7 y el Parque de Artillería eran dos edificios situados en el extremo de la calle San Andrés del Palomar. Los facciosos organizaron la defensa conjunta de los dos edificios, contando con la colaboración de elementos civiles, en su mayoría monárquicos que habían reaccionado desfavorablemente a la arenga que el capitán Reinlen les dirigió con los gritos finales de ¡Viva España! y ¡Viva la República!. En el Parque de Artillería se custodiaban unos treinta mil fusiles. Tras la primera salida de los cuatro camiones, que ya hemos visto que fueron aniquilados en el cruce de Diagonal/Balmes, se organizó la salida de una segunda agrupación que tenía por misión apoyar a la infantería del regimiento Badajoz (que se había refugiado ya en varios edificios de la plaza de Cataluña, sin poder avanzar más). Esta segunda agrupación estaba formada por una batería (cuatro cañones). Llegó a la calle Bruc, desde la calle Diputación, a las siete de la mañana, tras un largo recorrido de seis kilómetros, sin apenas incidentes desfavorables. En el cruce de Bruc con Diputación fueron sorprendidos por un grupo de asalto y obreros armados. El tiroteo puso en aviso a las cercanas fuerzas de asalto que protegían la Comisaría de orden Público en Vía Layetana, y a las que acudían desde el Cinco de Oros a plaza de Cataluña, así como a las fuerzas populares que asediaban el Hotel Colón y Telefónica. La batería avanzó por la calle Diputación hasta la calle Claris, pero al intentar bajar por esta calle y atravesar la Gran Vía, se produjo un nutrido fuego de fusil y ametralladoras, que produjo numerosas bajas entre la tropa y el ganado. Emplazados los cañones y las ametralladoras en el cuadro formado por las calles Diputación, Claris, Lauria y Gran Vía, dispararon contra la multitud que no cesaba de reagruparse y contraatacar. Los setenta soldados que formaban la batería se enfrentaban a un atacante mucho más numeroso, bien situado en azoteas, portales y balcones, que sobre todo no cejaba en su empuje, pese a los disparos de la artillería. Los refuerzos que acudieron en ayuda de las fuerzas populares estaban formados por dos compañías

de guardias de asalto, ya que una tercera compañía rehuyó el combate para regresar cómodamente a su cuartel en la plaza de España, y por centenares de obreros, que no dejaban de sumarse al combate. La situación de la batería sublevada era cada vez más difícil. Pero tras dos horas de combate la mortandad causada por los cañonazos era espantosa. Los cañones estaban defendidos por una línea de ametralladoras, que hacía inaccesible cualquier ataque. Los guardias de asalto desfallecían, considerando que carecían de medios adecuados para enfrentarse a la artillería. La original y arriesgada táctica utilizada por un grupo de militantes cenetistas, para realizar con éxito el ataque final, consistió en subirse a la plataforma trasera de tres camiones, y tras lanzarlos a toda velocidad sobre la línea de ametralladoras, saltar de los vehículos, arrojando bombas de mano. Con la sorpresa destrozaron y rebasaron la línea defensiva de las ametralladoras, que acto seguido fueron utilizadas por los obreros contra los artilleros. A las once de la mañana el combate había cesado. Mientras los oficiales facciosos se rendían a la guardia de asalto, los anarcosindicalistas se apoderaron inmediatamente de las ametralladoras y de un cañón, que arrastraron a peso hasta la plaza de Cataluña.

Capitanía es cañoneada y asaltada por el pueblo: Goded preso

En el edificio de Capitanía, en el Paseo de Colón, donde estaban los mandos de la División de Cataluña, los generales y altos oficiales parecían representar una ópera bufa. Nadie obedecía ya al general Llano de la Encomienda, mando supremo de la División, y leal a la República, pero nadie se atrevía tampoco a destituirle y tomar el mando. El general sublevado Fernández Burriel permitió que Llano, desde su despacho, siguiera dando órdenes, o recibiendo llamadas telefónicas. Todo eran reproches de guante blanco, chulerías cuarteleras e invocaciones al honor. Cuando el general Goded, después de declarar el estado de guerra en Mallorca y dominar fácilmente la isla, llegó a Barcelona hacia las doce y media en unos hidroaviones, para encabe-

zar la sublevación en Cataluña, no podía entender que Llano de la Encomienda siguiera libre, y el Estado mayor no hubiera centralizado aún las operaciones de los facciosos. El trayecto de Goded desde Aeronáutica Naval hasta Capitanía estuvo jalonado por el ruido de intensos tiroteos y el lejano trueno de la artillería. Después de una serie de imprecaciones y mutuas amenazas de muerte con el general Llano, Goded se enfrentó a la situación militar existente en aquel momento. Hizo una infructuosa llamada telefónica al general Aranguren, de la guardia civil, para que se pusiera a sus órdenes. Aranguren que estaba en el Palacio de Gobernación, acompañado y discretamente vigilado por España, Pérez Farrás y Guarner, rehusó unirse a los sublevados. Ordenó Goded a la infantería del regimiento de Alcántara que intentara de nuevo auxiliar a las tropas de artillería de los Docks. No podía comprender que éstas hubieran salido sin protección de la infantería. Ante la desmoralización que producía entre los facciosos el constante bombardeo y ametrallamiento de la aviación ordenó, mediante un enlace, que los hidroaviones que le habían traído bombardeasen el aeropuerto de El Prat. Pero cuando el enlace llegó a Aeronáutica con la orden escrita, los hidros ya habían partido hacia su base en Mahón, ante la manifiesta hostilidad de la marinería y del personal de Aeronáutica. Eran las dos y media y la derrota de los sublevados parecía ya segura. Goded intentó entonces traer refuerzos desde Mallorca, Zaragoza, Mataró y Girona. Con Mataró y Girona no pudo hablar telefónicamente, ni enviar a nadie, porque el coche blindado tenía los neumáticos agujereados por proyectiles. Zaragoza y Palma estaban demasiado lejos para que su ayuda fuese efectiva. Tampoco la infantería del regimiento de Alcántara alcanzó sus objetivos, ya que fue fácilmente rechazada en su segundo intento de aproximarse al cuartel de los Docks, y los soldados que consiguieron entrar por sorpresa en el cuartel fueron insuficientes para levantar el asedio.

Una multitud heterogénea, formada por militantes obreros que lucían fusiles, cascos y cartucheras tomadas al enemigo y guardias de asalto con la casaca desabrochada, o en camiseta, arrastraron los cañones tomados en Diputación-Claris, bajando por la vía Layetana con

el propósito de asaltar la División. El obrero portuario Manuel Lecha, antiguo artillero,[9] emplazó las piezas en la plaza Antonio López para disparar directamente sobre el edificio de Capitanía, mientras las baterías tomadas en la avenida Icaria ensayaban el tiro indirecto desde la Barceloneta. Eran las cinco de la tarde. Goded, al ver los preparativos, telefoneó a España, consejero de Gobernación, para exigirle fanfarronamente su rendición, recibiendo como respuesta un plazo de media hora para rendirse, con la garantía de conservar la vida, ya que expirado el plazo la artillería comenzaría a disparar. A las cinco y media empezaron los disparos de artillería. Cuarenta cañonazos y una fusilería cada vez más cercana no ofrecían dudas sobre la inminencia del asalto. Apareció una bandera blanca y cesó el fuego por ambas partes, pero cuando un oficial leal se aproximó para obtener la rendición, volvieron a tabletear las ametralladoras de Capitanía. Se reinició la lucha y cuando las puertas estaban a punto de ceder volvió a aparecer una bandera blanca, pero ahora los asaltantes no cesaron el fuego, acabaron de derribar las puertas y entraron a la fuerza en Capitanía. Eran las seis de la tarde. El comandante Pérez Farrás,[10] con peligro de la propia vida, consiguió proteger al general Goded de un linchamiento seguro, en el que perecieron varios oficiales vestidos de civil, y trasladarlo al Palacio de la Generalidad, donde fue convenci-

9 La increíble hazaña de «El Artillero» fue recogida en una breve nota, publicada en Solidaridad Obrera (27 julio 1936), en la que se narraba cómo éste había conquistado dos cañones en la lucha entablada contra la artillería ligera en Diputación-Lauria, cómo luego había conseguido rendir a los facciosos refugiados en el cercano Ritz, tras disparar tres cañonazos; de allí se desplazó a la plaza de Santa Ana (hoy sin placa, al final de Puerta del Ángel, en el cruce con Cucurella-Arcs) desde donde disparó, con tiro indirecto, sobre el Hotel Colón hasta su rendición. Se desplazó con sus cañones por vía Layetana para disparar treinta y ocho cañonazos sobre Capitanía. De allí se desplazó hasta la Diagonal, para acabar al anochecer en la barriada de Sants, disparando en la calle Galileo contra una iglesia, hasta obtener su rendición.

10 Había sido jefe de los «mossos d´esquadra» en octubre de 1934. Amnistiado de su condena a muerte pasó a la reserva militar. El 19 de julio, sin ostentar cargo oficial alguno, intervino eficazmente como organizador de los combates callejeros. Nombrado por Companys secretario del no nato Comité de Milicias Ciudadanas, se convirtió en asesor militar de la Columna Durruti.

do por Companys para que emitiese por los micrófonos de radio, allí instalados, un llamamiento para que cesara el fuego: «La suerte me ha sido adversa y yo he quedado prisionero. Por lo tanto, si queréis evitar el derramamiento de sangre, los soldados que me acompañabais quedáis libres de todo compromiso». Eran las siete de la tarde. El mensaje fue grabado y emitido por las emisoras de radio cada media hora, con notables efectos propagandísticos en toda España.

La fruta ya está madura

El triunfo popular fue tan aplastante que varios edificios cayeron por sí solos, sin violencia alguna, como cae la fruta madura. El director de la Prisión Modelo abrió las puertas a los presos, anticipándose al motín en curso y al previsible asalto de la cárcel. En la calle Mercaders número 26 tenía su sede el sindicato de la construcción, además del Comité Regional de la CNT y la Federación Local de Sindicatos. Justo delante estaba la sede del Fomento del Trabajo, sito ahora en Vía Layetana número 34. En el edificio colindante, en el actual número 32, estaba la Casa Cambó. Ambos edificios fueron ocupados por los cenetistas, sin lucha alguna, ya que habían sido completamente abandonados, con muebles y archivos intactos. El conjunto de ambos edificios fue conocido como la «Casa CNT-FAI», que hasta el final de la guerra fue sede de los comités regionales de la CNT y de la FAI, de Mujeres Libres, y entre otros muchos, del Comité de Investigación e Información de la CNT-FAI, dirigido por Manuel Escorza, que desde el ático de la Casa Cambó, usó a fondo, en los meses siguientes, la información contenida en los incautados archivos de Fomento del Trabajo y de la Lliga.

San Andrés: el proletariado barcelonés toma treinta mil fusiles

En realidad desde las seis de la tarde, con la toma definitiva de la plaza de Cataluña y la rendición de Goded en Capitanía, la su-

blevación podía darse por derrotada. Sólo quedaba una labor de limpieza que acabara con los últimos reductos. Los distintos cuarteles, sin apenas tropa, totalmente desmoralizados, y pasto de las crecientes deserciones, se rindieron o fueron asaltados en el transcurso de la tarde-noche. Así sucedió, por ejemplo, en el cuartel del Bruc, en Pedralbes, custodiado por un pequeño retén de facciosos. Por la tarde un avión arrojó octavillas, explicando que los soldados estaban licenciados y los oficiales sublevados destituidos, que provocaron la deserción de casi toda la tropa. Los pocos oficiales que quedaban decidieron la entrega del cuartel a la Guardia civil, aunque éste poco después fue asaltado por los obreros cenetistas sin hallar resistencia. Lo bautizaron «Bakunin».

Día 20: asalto final a Los Carmelitas y al Cuartel de Ataranzanas

El día 20 ya sólo quedaban dos reductos facciosos: el convento de los carmelitas y el núcleo de Atarazanas y Dependencias militares. Ya desde el amanecer una enorme multitud asediaba el convento de los Carmelitas, desbordando con su impaciencia el cerco de los guardias de asalto. Los asediados ya habían anunciado su entrega la noche anterior, aunque sin dejar de disparar ante cualquier intento de aproximación de los sitiadores. La activa complicidad de los frailes con los sublevados, a quienes habían dado refugio, auxilio médico y comida, se había convertido entre las masas que rodeaban el convento en la certeza de que los religiosos también habían disparado las ametralladoras, que tantas bajas habían causado. Hacia mediodía llegó el coronel Escobar, al mando de una compañía de la guardia civil, que parlamentó con los facciosos su inmediata rendición. Se abrieron las puertas y desde el exterior pudo verse a los oficiales, mezclados fraternalmente con los odiados frailes. Una masa furiosa, que desbordó a guardias de asalto y guardias civiles, invadió el convento matando a golpes, cuchilladas o disparos a bocajarro a religiosos y militares, para ensañarse luego con algunos cadáveres. El cuerpo del coronel Lacasa fue decapitado, el del

capitán Domingo fue decapitado, mutilado y despedazado con una sierra y el del comandante Rebolledo capado.[11]

Anónimos milicianos disolvieron un desfile popular que festejaba la victoria con la cabeza empalada del coronel. Un taxi transportó al zoo los troceados despojos del capitán Domingo para arrojarlos a las fieras.[12]

Al final de las Ramblas, ante el monumento a Colón, a la izquierda, se encontraba el edifico de las Dependencias Militares, y a la derecha, justo enfrente, el cuartel de Atarazanas, dividido en dos zonas, separadas por amplios patios separados por muros y puertas atrancadas: la Maestranza (edificio hoy desaparecido que daba a la Rambla de Santa Mónica), que aún resistía, y los antiguos astilleros medievales, ya tomados. El palacio de Dependencias (actual Gobierno Militar, donde fue juzgado en 1973 Salvador Puig Antich), albergaba todos los servicios auxiliares de la División: juzgados, auditoría, fiscalía, centro de movilización, etcétera. El fuego cruzado entre los edificios de las Dependencias, monumento a Colón y Atarazanas, los hacía inexpugnables. Desde el balcón de Atarazanas, que se abría sobre la Rambla, se batía un amplio espacio que causaba gran mortandad entre los asaltantes. El asedio había empezado el día 19. Al amanecer del día 20, dominada ya la sublevación en toda la ciudad, todas las fuerzas disponibles se desplegaban en la rambla de Santa Mónica en espera del asalto final. Una pieza de artillería de 7,5cm, al mando del sargento Gordo, no cesaba de disparar sobre el viejo caserón de Atarazanas, al tiempo que el camión que había salido de Pueblo Nuevo, con la ametralladora instalada en la parte trasera de la plataforma, protegido con colchones, hacía marcha atrás aproximándose al cuartel sin dejar de disparar sus ráfagas de ametralladora. La situación se hizo insostenible para los asediados: unos ciento cincuenta hombres, ciento diez en Dependencias y unos cuarenta en Atarazanas. Al asedio se sumaron dos cañones y dos morteros emplazados en el muelle. La

11 Lacruz, p. 50.; Romero p. 525

12 FONTANA, José María: «Los catalanes en la guerra de España». Acervo, Barcelona, 1977.

aviación bombardeaba y ametrallaba asiduamente. Desde las terrazas próximas se lanzaban bombas de mano. El agotamiento de la dotación de munición de los asediados decidió la rendición de los soldados de las Dependencias Militares, que tras negociar en Gobernación la salida con garantías de los familiares de la oficialidad, que había en el edificio, izaron bandera blanca poco después de mediodía, permitiendo la entrada de los guardias de asalto. Los anarquistas que asediaban el último reducto de los rebeldes, en Atarazanas, rechazaron la intervención de la guardia civil y de los militantes del POUM en el asalto final. El Comité de Defensa de la CNT, el antiguo grupo Nosotros en pleno, estaba frente a Atarazanas, decidido a tomarlo. Los asaltantes anarquistas se aproximaron al cuartel, unos cubriéndose de árbol en árbol, otros «tras las bobinas de papel de periódico rodando».[13] En un imprudente avance Francisco Ascaso fue muerto de un tiro en la cabeza. Poco después se rindieron los combatientes en Atarazanas, que izaron bandera blanca, a cuya vista los libertarios saltaron los muros y entraron en tromba disparando sobre los oficiales y confraternizando con la tropa. Faltaba poco para la una de la tarde.

Balance militar: del alzamiento fascista a la insurrección obrera

Los principales cuarteles estaban en el extrarradio de la ciudad y su estrategia[14] previsible y confirmada por papeles de conjurados en el levantamiento, que habían caído en manos del comandante Felipe Díaz Sandino, consistía en converger en el centro de la ciudad para ocupar

---

13 GARCIA OLIVER, Juan: «El eco de los pasos», p. 189.

14 Felipe Díaz Sandino se personó en el aeropuerto de Logroño para investigar la preparación de un golpe militar promovido por el capitán del Val, procedente de Madrid. Confirmada la conspiración la puso en conocimiento del general Núñez de Prado y de Casares Quiroga. Ante la pasividad de sus superiores decidió depurar a los elementos derechistas bajo su mando y acumular bombas y balas de ametralladora en el aeropuerto de El Prat, al tiempo que estrechaba contactos con la Generalidad y la CNT.

los centros oficiales, especialmente el Palacio de la Generalidad y el de Gobernación, los centros de comunicaciones como telefónica, correos y telégrafos, las emisoras de radio y contactar con la División (el edificio de Capitanía).

Las fuerzas adictas al gobierno de la Generalidad, tenían una dirección bicéfala, repartida entre Comisaría de Orden Público de Vía Layetana,[15] dirigida por el capitán Escofet y el comandante Alberto Arrando, que detentaba el mando provisional de los guardias de asalto, y donde se había refugiado Companys; mientras en el Palacio de Gobernación dirigía las operaciones el consejero José María España, que tuvo formados delante de Palacio a los dos tercios de la guardia civil desde las once de la mañana del día 19.

El plan del Comité de defensa confederal, diseñado por García Oliver, consistía en vigilar los movimientos en las proximidades de los cuarteles y dejar salir a la tropa sublevada sin hostigarla, porque sería más fácil derrotarlos en la calle. La estrecha relación personal existente entre los dirigentes de la CNT y varios oficiales republicanos, especialmente de Atarazanas y de la Aviación de El Prat, fue decisiva por su efectividad el 19 de julio,[16] con la entrega del importante arsenal existente en el cuartel de Atarazanas y las armas almacenadas en Gobernación, amén de los continuos bombardeos de la aviación sobre los cuarteles dominados por los facciosos. La colaboración de la CNT con la Aviación ya se había materializado días antes del alzamiento faccioso, mediante valiosos vuelos de estudio y reconocimiento sobre Barcelona, realizados por varios miembros del grupo Nosotros en aviones pilotados por los oficiales Ponce de León y Meana, con el conocimiento de Díaz Sandino, jefe de Aviación del Prat.[17]

15 En el patio de comisaría habían aparcados dos veloces coches, con el depósito lleno, preparados para la huida de Companys, Escofet y familiares, con destino a un puerto del Maresme, donde un barco esperaba para llevarlos a Francia.

16 GARCIA OLIVER, Juan: «Ce que fut le 19 de juillet». Le Libertaire (18/08/1938).

17 SANZ, Ricardo: «Francisco Ascaso Morio». Texto mecanografiado.

La prepotencia e ineptitud de los oficiales sublevados, que estaban convencidos de que «el populacho» iba a correr de miedo al oír el primer cañonazo, o al verlos desfilar marcialmente por las calles, tuvo como consecuencia las emboscadas que sufrieron en el Cinco de Oros, en Balmes-Diagonal o en la Avenida Icaria, donde fueron sorprendidos y masacrados por avanzar lentamente por el centro de la calzada, con mulos que arrastraban las piezas de artillería, sin la previsión de una avanzadilla, ni la protección de la infantería. Los facciosos estaban seguros de que el levantamiento sería un paseo militar, como sucedió el 6 de octubre de 1934. Pero el 19 de julio los sublevados no tenían enfrente a cuatro exaltados catalanistas, dirigidos por un gobernador incompetente como el fascista Dencás, o un comisario anticenetista como Badía, enemistado además con Companys por una cuestión de faldas[18], sino al proletariado industrial barcelonés, organizado en los comités de defensa de cada barrio obrero y en los grupos de militantes de los distintos sindicatos únicos de la CNT. Es decir, por esos combatientes proletarios, no profesionales, que en el transcurso mismo de la lucha, iban a ser llamados y a llamarse a sí mismos, desde la tarde del 19 de julio, y a medida que se armaban: las milicias obreras, los milicianos.

A excepción del Cinco de Oros la iniciativa del enfrentamiento con los facciosos la tuvo siempre el proletariado: en el Paralelo, en Pueblo Nuevo, en la Barceloneta, en San Andrés. Los guardias de asalto (1960 hombres en total)[19] fueron incitados a la lucha y la resistencia por el arrojo y la valentía de los obreros, que los secundaban multitudinariamente. En numerosas ocasiones los guardias de asalto vacilaron, como en la calle Diputación al enfrentarse contra la artillería, o incluso colaboraron con los sublevados, como en Plaza de España, o fueron diezmados y anulados por los facciosos, como le sucedió a una compañía en el muelle de Baleares. Los mandos de la guardia civil,

18 UCELAY-DA CAL, Enric: «El "complot" nacionalista contra Companys. Novembre-Desembre del 36». En «La Guerra civil a Catalunya (1936-1939). Vol. 3». Edicions 62, Barcelona, 2004, p. 205-214.

19 Eran un cuerpo policíaco, con escasa preparación militar, en su mayoría de edad avanzada y padres de familia.

el general Aranguren y el coronel Brotons, estaban «semiprisioneros» en el Palacio de Gobernación, estrechamente vigilados por José María España, Vicente Guarner (segundo de Escofet) y Enrique Pérez Farrás. La guardia civil fue una incógnita durante toda la jornada, hasta el momento en que el coronel Escobar recibió la orden del general Aranguren de tomar la Universidad y el Hotel Colón. Escofet, comisario de Orden Público, había ordenado telefónicamente a Aranguren, en nombre del Presidente Companys, la intervención de la guardia civil, intentando de este modo disminuir el protagonismo proletario y romper la dudosa y expectante neutralidad de la guardia civil. Pero la desconfianza, tanto de los obreros como del gobierno de la Generalidad, hacia los tricornios se mantuvo en todo momento. Los efectivos de la guardia civil ya habían recibido órdenes de concentrarse la noche del 18 de julio sólo en dos cuarteles, los de Ausias March y Consejo de Ciento, para controlarlos mejor y evitar que algunos se pasaran al lado de los sublevados, como sucedió con el destacamento a las órdenes del comandante Recas, enviado al convento de los Carmelitas. Ambos cuarteles fueron vigilados permanentemente por grupos cenetistas y retenes de asalto. Y en su lento avance por Layetana, cuando se dirigían desde el Palacio de Gobernación hacia la plaza de Cataluña, los dos tercios estaban separados por soldados leales de Intendencia, y vigilados muy de cerca por grupos de obreros armados. La intervención de la guardia civil no fue pues decisiva en Barcelona, y en todo caso fue más importante su neutralidad inicial, y el evitar que engrosaran las filas de las tropas facciosas. La polémica sobre si el alzamiento militar fue derrotado por los cuerpos de la guardia de asalto y de la guardia civil, «controlados» por el gobierno de la Generalidad, o por la CNT, está claramente politizada a posteriori, y es históricamente falsa, porque ambas fuerzas estaban minadas por el enemigo. El contagioso y torrencial clima popular y revolucionario, que se respiraba en Barcelona el 19 de julio, obligó a las fuerzas de orden público a cumplir con su deber, terminando después por sumarse fraternalmente al combate común contra el fascismo.

Fue el proletariado barcelonés, entendiendo como tal a la población de recientes emigrantes de los barrios marginales y marginados de

«casas baratas» y barracas de La Torrassa, Collblanc, Can Tunis, Santa Coloma, Somorrostro o San Andrés, y a los obreros industriales (sobre todo del textil, pero también metalúrgicos, portuarios, obreros del gas y la electricidad, de la construcción, del transporte, industrias químicas y de la madera, etcétera) mal pagados y peor tratados, con reglamentos humillantes, condiciones de trabajo draconianas, generalización del destajo y semanales que no cubrían las necesidades mínimas; con durísimas condiciones de vida, inseguras y miserables, de los barrios de Sants, Pueblo Nuevo, Pueblo Seco, Clot, San Andrés y la Barceloneta, o los numerosos trabajadores parados[20] de los distintos barrios obreros de Barcelona, Hospitalet y Badalona, quienes llevaron la iniciativa, organizados en cada barrio en los comités de defensa cenetistas.[21] El peso decisivo, que la victoria de la insurrección en Barcelona tendría sobre toda Cataluña, había atraído además a la ciudad, ya desde la noche del 18 julio, a un grupo de mineros del Alto Llobregat y a numerosos militantes de Tarrasa.

La CNT, en la Barcelona de los años treinta, tejía un mundo de profundas y necesarias relaciones sociales, familiares, vecinales y de origen migratorio, que se manifestaban en un fuerte asociacionismo de barrio, con características universales, desde las sindicales y culturales a las solidarias, mutuales o de autodefensa frente a los abusos de

---

20 Los comités de defensa de la CNT en los años treinta habían reclutado en sus filas a numerosos obreros parados con un doble objetivo: uno solidario, de pagarles un sueldo, y el otro, táctico de evitar que se convirtieran en rompehuelgas. El reclutamiento fue siempre paliativo y rotatorio, tanto por razones de solidaridad como para impedir toda profesionalización y conseguir que pasaran por los comités de defensa el mayor número posible de militantes, que en caso de urgencia contarían con amplios efectivos preparados para el combate. Véase EALHAM, Chris: «La lucha por Barcelona». Alianza, Madrid, 2005.

21 Los comités de defensa constituían en Barcelona una auténtica estructura militar clandestina, iniciada ya en 1931 y fuertemente potenciada a principios de 1935. Véase «Ponencia presentada a la Federación Local de Grupos Anarquistas de Barcelona. Comité Local de Preparación Revolucionaria». Barcelona, enero de 1935. Los grupos que firmaban la ponencia eran Indomables, Nervio, Nosotros, Tierra Libre y Germen.

la patronal y la policía. En una ciudad con elevadísimas tasas migratorias[22] desde 1914, existía un efecto llamada, en el que el emigrante más añejo facilitaba información sobre trabajo y vivienda a sus familiares o amigos del «pueblo», lo que producía un fenómeno poco estudiado de concentración en determinados barrios, o incluso calles, de gente de una misma procedencia.[23] La enorme fuerza de la CNT en los barrios obreros había arraigado y crecido precisamente en esa labor callada y paciente de organizar, sindicalizar, culturizar, «proletarizar» y defender esa masiva mano de obra migratoria procedente del mundo rural. Barcelona era una ciudad industrial con grandes desigualdades sociales y profundamente clasista, con marcadas diferencias que se manifestaban tanto en el vestido y la comida, como en la clara delimitación geográfica de las clases entre los elegantes barrios burgueses (en torno al Paseo de Gracia y la Derecha del Ensanche), con lujosos edificios donde florecía el modernismo; y los barrios obreros, sin infraestructuras ni servicios, insalubres, con deficiencias urbanísticas sometidas al servicio de las industrias, en el que las viviendas de los obreros no eran más que el almacenamiento, próximo a la fábrica, de una mano de obra barata y abundante, que el creciente paro de los años treinta arrojó en la miseria y la marginación, densificando la población del casco antiguo a niveles bengalíes, y difuminando por doquier las diferencias entre proletarios y lumpen, que compartían una situación idéntica de lucha por la mera supervivencia. Por otra parte la reciente historia social de la ciudad, con enfrentamientos como la huelga general de La Canadiense (1919), y la guerra de clases abierta de los años del pistolerismo (1917-1923), cerrada a favor de la patronal por la Dictadura de Primo de Rivera, demostraba que

22 Entre 1900 y 1930 Barcelona había duplicado su población, pasando del medio millón al millón de habitantes. La apertura de Layetana, la construcción del Ensanche, y las obras del metro y de la Exposición Universal de 1929 demandaban una abundante mano de obra barata, que en los años treinta engrosó las filas de un paro masivo.

23 Como, por ejemplo, la caudalosa emigración desde «el barranco del hambre» (zona montañosa de las provincias de Castellón y Teruel) a Pueblo Nuevo entre 1910 y 1930, y de Murcia a La Torrassa, en los años treinta.

la sociedad barcelonesa no estaba basada en un modelo de cohesión social, sino muy al contrario en un modelo autoritario de sumisión del proletariado al dictado de la burguesía local, que no dudaba en recurrir al terrorismo de Estado, o a la brutal represión del ejército, para mantener su autoridad.

Desde la primera salida de las tropas facciosas a la calle, hacia las cuatro y cuarto, hasta mediodía del 19 de julio, fueron esos comités de defensa (en los que se habían integrado los grupos de afinidad anarquistas y los ateneos libertarios) y los militantes cenetistas, concentrados en las sedes de los distintos sindicatos de la CNT, sobre todo el de la Madera, en la calle del Rosal, los del Transporte y del Metal, en la Rambla de Santa Mónica, y el de la Construcción, en el número 26 de la calle Mercaders, cerca de la Casa Cambó, quienes protagonizaron la lucha armada. Hacia las nueve de la mañana se inició un imparable contagio revolucionario, mimético y masivo, curioso y audaz, que al mediodía se había convertido en un fenómeno de masas, que arrojó a la calle una inmensa muchedumbre que quería participar a toda costa en la batalla de Barcelona contra el fascismo, enfebrecida por el temor a perderse la ocasión de intervenir de la forma que fuese en la ya segura victoria popular. La radio no cesaba de fomentar la lucha con sus alentadoras noticias. Autos requisados, sobre los que se habían garabateado las siglas CNT-FAI o Unios Hermanos Proletarios (UHP), repletos de milicianos armados, aseguraban una eficaz comunicación entre barricadas, lugares de combate y locales sindicales, corriendo velozmente por calles secundarias, totalmente controladas por los obreros. Los trabajadores de Telefónica, que ya habían cortado las comunicaciones de Capitanía con los cuarteles sublevados, instalaron teléfonos en algunas barricadas estratégicas.

En la Brecha de San Pablo, en la confluencia del Paralelo con la calle de San Pablo, la Ronda de San Pablo y la calle del Rosal, junto a El Molino, el proletariado en armas, sin ayuda de nadie, derrotó al ejército. Pero esa victoria no hubiera sido posible sin esa inmensa masa popular que acosaba a los facciosos en cada esquina, desde cada balcón, en cada portal, desde los terrados, que vigilaba los movimientos de la tropa, levantaba barricadas, ofrecía comida y bebida, o auxilio, infor-

mación y refugio a los combatientes obreros, y que esperaba ansiosa que alguien cayera herido para cogerle su codiciado fusil o pistola, para proseguir la lucha.

Hacia las nueve de la mañana un escuadrón, procedente de la plaza Universidad, descendió por la ronda de San Antonio[24] hacia la Brecha de San Pablo. Pero ya en la ronda de San Pablo, frente al Mercado de San Antonio, acosados los facciosos desde todas partes por una multitud audaz, tuvieron que refugiarse en el convento de Los Escolapios de San Antonio, donde tras una hora de sitio, agotada la cartuchería, no tuvieron más opción que la de rendirse.

A las once de la mañana, las tropas que habían ocupado la plaza de España intentaron ayudar a los sublevados que combatían en la Brecha de San Pablo, porque tras cinco horas de combate necesitaban cartuchería y provisiones, pero no sólo no pudieron avanzar más allá del cine Avenida, sino que acosados por la multitud tuvieron que retroceder. Tras varias horas de resistencia se vieron obligados a abandonar una plaza que ya no podían controlar, dejando en la precipitación de la retirada al cuartel de donde habían salido, las dos piezas de artillería que habían instalado en mitad de la plaza, ya que los crecientes y audaces ataques de los comités de defensa de Sants, Hostafrancs, La Torrassa, La Bordeta y Collblanc habían tomado el recinto ferial y todas las calles que desembocaban en plaza de España, convirtiéndola en una encerrona sin defensa posible, si la masa obrera acababa por tomar la calle Tarragona, única vía aún abierta para regresar a su cuartel. A las tres de la tarde la plaza de España estaba en manos del pueblo. Una plaza fantasmal, llena de cadáveres y de animales despanzurrados.

Gracias a que las tropas sublevadas que combatían en la Brecha quedaron totalmente aisladas, sin poder recibir ayuda alguna, se produjo entre las once y las doce del mediodía el asalto final a las ametralladoras instaladas en el centro de la avenida del Paralelo, que ya hemos descrito. Del mediodía hasta las dos de la tarde un pequeño

24 Existe una conocida foto de la barricada levantada en la calle del Tigre, esquina a Ronda de San Antonio, de Agustí Centelles.

grupo esperó a que los últimos soldados, refugiados en el interior de El Molino, acabaran su ya escasa munición. Mientras tanto, la inmensa multitud que se había adueñado de todo el Paralelo, desde la plaza de España hasta Atarazanas y desde la Brecha hasta Los Escolapios, se desplazó victoriosa, enardecida, y mejor armada, hacia aquellos lugares donde aún se combatía, ansiosa por no perder la gloria de intervenir en la victoria final sobre el fascismo, o a los cuarteles de San Andrés, donde pronto sería posible conseguir un codiciado fusil.

Esa misma masa, armada o no, pero contagiada por la fiebre revolucionaria, es la que encontramos en plaza Cataluña, agobiando a las tropas sublevadas hasta hacerles romper la formación, obligándoles por fin a refugiarse en el Hotel Colón, sin poder tomar las cercanas emisoras de Radio Barcelona, en Caspe 12 o Radio Asociación, en Rambla de los Estudios 8. Es el mismo gentío, curioso, exaltado y audaz hasta la temeridad que detiene y paraliza a las fuerzas de artillería, que han llegado a Diputación en su cruce con Lauria, a auxiliar a los sublevados aislados y sitiados en plaza de Cataluña, pese a que están tan cerca que oyen los disparos de ametralladora del Hotel Colón. El mismo que ha roto y dispersado a los facciosos en plaza de Urquinaona. Ese gentío, que no reconoce tendencias ideológicas, ni partidos, y que confraterniza en el combate callejero con guardias de asalto y guardia civil, relajando su disciplina. El mismo que ha asaltado el cuartel de San Andrés, apoderándose de treinta mil fusiles, y que con su sola presencia, exultante y festiva, ha paralizado a los guardias de asalto que debían impedirlo. Esa multitud enfurecida e impaciente que el día 20 ejecutaba sin piedad a frailes y oficiales que habían seguido resistiendo, provocando un inútil derramamiento de sangre popular, y que se ensañaba luego con algunos de los cadáveres.

Victoria armada y capitulación política

Contabilizados ambos bandos el saldo fue de unos cuatrocientos cincuenta muertos (en su mayoría cenetistas) y miles de heridos. En treinta y dos horas el pueblo de Barcelona había vencido al ejército.

Casi todas las iglesias y conventos, algunas ya desde la mañana del 19, volvieron a arder controladamente, o vieron como se encendían fogatas sacrófagas a sus puertas, con las notables excepciones de la catedral y la Sagrada Familia, custodiada la primera por los «mossos d´esquadra» y la segunda por libertarios. El proletariado barcelonés estaba armado con los treinta mil fusiles de San Andrés. Escofet dimitió a finales de julio de su cargo de comisario de orden público, porque ya no podía garantizarlo. La guardia de asalto y la guardia civil eran sin duda, desde un punto de vista militar, más eficientes y disciplinadas que los comités de defensa, o los distintos grupos de obreros armados; pero sin la multitudinaria participación popular en la calle, esas compañías de guardias civiles o de asalto, políticamente conservadores o fascistas, se hubieran pasado con armas y bagajes del lado de las tropas sublevadas: no eran ni los vencidos ni los vencedores de la jornada. La sublevación militar y fascista, que contaba con la complicidad de la Iglesia, fracasó en casi toda España, creando como reacción una situación revolucionaria. La derrota del ejército por el proletariado en la «zona roja» había dinamitado el monopolio estatal de la violencia, brotando de la explosión una miríada de poderes locales, directamente asociados al ejercicio local de la violencia. Violencia y poder estuvieron íntimamente relacionados. Por otra parte, en Barcelona, las llamadas «fuerzas de orden público», esos guardias de asalto y esa guardia civil, que tanto habían dudado sobre el bando a elegir, y que habían acabado confraternizando con el pueblo en armas, habían sido acuarteladas por el gobierno de la Generalidad, a la espera del momento oportuno de apoyar la contrarrevolución. Esa situación revolucionaria común fue la que hizo surgir, sin consignas de organización alguna, ni centros de dirección de ningún tipo, en todos los lugares de España donde la sublevación fascista había sido derrotada: comités; armamento del proletariado; barricadas y patrullas de control; milicias populares; coches y camiones incautados con siglas pintadas en las carrocerías, abarrotados de hombres agitando fusiles por encima de sus cabezas, recorriendo alocada y ruidosamente las calles; desaparición de sombreros y corbatas; quema de iglesias; pases emitidos por los comités de defensa; saqueos de casas de la

burguesía; juntas revolucionarias de ámbito regional o comarcal en Málaga, Barcelona, Aragón, Valencia, Gijón, Madrid, Santander, Sama de Langreo, Lérida, Castellón, Cartagena, Alicante, Almería, entre las más destacadas; persecución, encarcelamiento o asesinatos «in situ» de fascistas, militares sublevados, patrones y clero; incautación de fábricas, cuarteles y locales de todo tipo; comités de control obrero y un largo etcétera en el que el ejercicio de la violencia era en sí misma la manifestación del nuevo poder obrero. En las semanas posteriores al 19 de julio en Barcelona se vivió una situación revolucionaria, nueva y desconocida, festiva y salvaje, en la que la ejecución del fascista, del amo o del cura era la revolución. Violencia y poder eran lo mismo. Más que dualidad de poderes lo que existía era una atomización del poder. El torrente revolucionario lo arrasaba todo con su éxtasis furioso, redentor e imparable. Aunque las instituciones estatales seguían en pie, la CNT-FAI decidió que era necesario aplastar primero al fascismo allí donde había triunfado, y aceptó crear al margen de la Generalidad, cuya existencia no era cuestionada, un Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña (CCMA),[25] que prolongaba la colaboración del comité de enlace militar existente durante el combate entre la Generalidad, los militares leales, el Comité de Defensa confederal y los otros partidos y organizaciones obreras y republicanas. El mismo día 20 Companys, como presidente de la Generalidad, que aún existía, llamó a Palacio a los líderes de las distintas organi-

---

25 José del Barrio, en sus memorias mecanografiadas, afirma que fue él, como secretario de la Unión General de Trabajadores (UGT), quien el día 20 al mediodía dio la idea a García Oliver de constituir el CCMA, antes de su entrevista con Companys, y que fue por lo tanto García Oliver quien apropiándose de la idea se la expuso a Companys. Sea como fuere, la idea de formar un CCMA que resolviera los candentes asuntos de crear unas milicias para enfrentarse al ejército fascista en Aragón, y unas Patrullas de Control que sustituyeran a las acuarteladas fuerzas de orden público, eran algo que imponía la situación revolucionaria existente. No es necesario buscar derechos de autor: sólo con posterioridad se discutió la oportunidad, o no, de constituir un CCMA tal como se hizo; pero el 20 de julio aparecía a todos como algo obvio, necesario e inevitable, tal y como se hizo por otra parte en todos los lugares de España donde el alzamiento militar fue derrotado por la insurrección obrera.

zaciones, entre ellos los anarquistas. Se sometió a discusión de un pleno de militantes, reunido en la Casa CNT-FAI, si debían acudir a la cita propuesta por el presidente de la Generalidad, y tras un somero análisis sobre la situación existente en la calle, se decidió enviar al Comité de Enlace con la Generalidad a que parlamentara con Companys. Acudieron al encuentro[26] armados, sucios por el combate y somnolientos: Buenaventura Durruti, Juan García Oliver,[27] Diego

26 Para una versión verosímil sobre esta famosa entrevista, muy distinta a la demasiado fantasiosa de García Oliver, véase: COLL, Josep y PANÉ, «Josep: Josep Rovira. Una vida al servei de Catalunya i del socialisme». Ariel, Barcelona, 1978, p. 85-87.

27 El propio Juan García Oliver, en 1950, también dio una versión distinta, «más completa y creíble», de su conocida narración (publicada en julio de 1937) de la entrevista con Companys: «Con la precisión que nosotros habíamos señalado se produjo el levantamiento militar-fascista. Companys [...] se refugió en la Jefatura de Policía de Barcelona, donde le vi serían las siete de la mañana del día 19 de julio, estaba aterrado por las consecuencias de lo que veía venir, pues él suponía que, sublevados todos los regimientos de soldados de Barcelona, éstos barrerían fácilmente todas las resistencias. Sin embargo, las fuerzas de la CNT-FAI, casi exclusivamente, hicieron frente durante aquellos dos días memorables y, después de una lucha épica y encarnizada [...] derrotamos a todos los regimientos [...] Por todas estas razones, Companys teniendo ante sí a los representantes de la CNT-FAI, estaba perplejo y asombrado. Perplejo porque, en su conciencia solamente tenía cabida el peso de la gran responsabilidad que contrajeron con nosotros y el pueblo español por no haber sabido estimar todas nuestras previsiones [...]. Asombrado, porque pese a que no cumplieron con los compromisos contraídos con nosotros, la CNT-FAI en Barcelona y en Cataluña había vencido a los sublevados [...] Por eso al llamarnos Companys nos dijo: «Ya sé que tenéis conmigo muchos motivos de queja y agravio. Yo os he combatido mucho y no he sabido apreciaros en lo que valéis. Sin embargo nunca es tarde una rectificación sincera, y la mía, que ahora os voy a hacer, tiene el valor de una confesión: si os hubiese apreciado en lo que valéis, posiblemente otras serían las circunstancias de ahora; pero ya no tiene remedio, vosotros solos habéis vencido a los militares sublevados y lógicamente vosotros deberíais gobernar. Si así lo estimáis, con todo gusto os hago entrega de la Presidencia de la Generalidad y, si creéis que puedo ayudar en algún otro sitio, sólo tenéis que indicarme el puesto que debo ocupar. Pero si debido a que todavía no sabemos en concreto quienes han triunfado en otras partes de España, creéis que desde la Presidencia de la Generalidad puedo todavía ser útil ostentando la representación legal de Cataluña, decíd-

Abad de Santillán, José Asens y Aurelio Fernández.[28] Reunidos con los delegados de las distintas organizaciones políticas y sindicales en el patio de los naranjos, entre otros, Andreu Nin, Joan Comorera, Josep Coll, Josep Rovira, comentaban entre sí los acontecimientos vividos, pasando todos animadamente de un corrillo a otro, hasta que se presentó Companys, acompañado por Pérez Farrás. Los distintos grupos se fusionaron en uno solo, compacto y alargado, en respetuoso silencio. Companys los miró a todos, uno a uno, satisfecho, sereno y sonriente. Fijando su mirada en la delegación cenetista les felicitó «Habéis ganado. Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña, porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas, y espero que no os sabrá mal que en este momento os recuerde que no os ha faltado la ayuda de los guardias de asalto y de los mossos d´esquadra». Prosiguió meditativo: «Pero la verdad es que perseguidos duramente hasta anteayer, hoy habéis vencido a los militares y fascistas». Tras reconocer a todos los allí presentes, en pie, formados en corro junto a él, como los dueños de la calle, preguntó «¿Y ahora qué hemos de hacer?». Mirando a los cenetistas les dijo: «¡Algo hay que hacer ante la nueva situación!».

Prosiguió alertándoles que, aunque se había vencido en Barcelona, la lucha no había finalizado, «no sabemos cuándo y cómo terminará en el resto de España», luego subrayó su posición y el papel que él podía jugar en su cargo: «por mi parte, yo represento a la Generalidad, un estado de opinión real pero difuso y un reconocimiento internacional. Se equivocarían quienes considerasen todo esto como algo inútil», para terminar afirmando que si era necesario formar un nuevo gobierno de la Generalidad «estoy a vuestra disposición para hablar». García

---

melo, que desde ella y siempre de acuerdo con vosotros, seguiremos la lucha hasta que se vea claro quienes son los vencedores». Por nuestra parte, y así lo estimaba la CNT-FAI, entendimos que debía seguir Companys al frente de la Generalidad, precisamente porque no habíamos salido a la calle a luchar concretamente por la revolución social, sino a defendernos de la militarada fascista». (De las respuestas de García Oliver, en 1950, al cuestionario de Bolloten).

28 Aurelio Fernández sustituía a Francisco Ascaso en ese comité de enlace, formado además por Durruti, Oliver, Santillán y Asens.

Oliver respondió: «Puede continuar siendo Presidente. A nosotros no nos interesa nada referente a la presidencia ni al gobierno», como si hubiera interpretado que Companys renunciaba a su cargo. Tras este primer contacto,[29] informal y apresurado, de los diversos delegados, de pie y en torno a Companys, éste les invitó a entrar en un salón del palacio para, cómodamente sentados, coordinar la unidad y colaboración de todas las fuerzas antifascistas, mediante la formación de un comité de milicias, que controlara el desorden de la calle y organizara las columnas de milicianos, que debían partir ya hacia Zaragoza.

El Comité regional ampliado de la CNT, informado por la delegación cenetista de la entrevista palaciega, acordó tras una rápida deliberación comunicar telefónicamente a Companys que se aceptaba en principio la constitución de un Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA), en espera de la resolución definitiva que se adoptara en el Pleno de Locales y Comarcales, que había de reunirse el día 21. Esa misma noche Companys mandaba imprimir en el boletín oficial de la Generalidad un decreto de creación de esas Milicias ciudadanas.

El martes 21 de julio,[30] en la Casa CNT-FAI, se sometió a la aprobación formal de un Pleno Regional de Locales y Comarcales de Sindicatos, convocado por el Comité de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, la propuesta de Companys de que la CNT participara en un CCMA. Tras el informe inaugural de Marianet, José Xena, en representación de la comarcal del Baix Llobregat, propuso la retirada de los delegados cenetistas del CCMA y marchar adelante

29 Datos extraídos de la versión dada por COLL y PANÉ, op. cit., p. 85-87.

30 «El 21 de julio de 1936, se celebraba en Barcelona, convocado por el Comité Regional de Cataluña, un Pleno Regional de Federaciones Locales y Comités Comarcales. En el mismo, se analizaba la situación y determinaba unánimemente no hablar de comunismo libertario mientras no conquistásemos la parte de España que estaba en poder de los facciosos. El Pleno decidía, por lo tanto, no ir a realizaciones totalitarias [...] se decidió por la colaboración, y acordaba formar, con el voto en contra de una sola comarcal, Bajo Llobregat, junto con todos los Partidos y Organizaciones, el Comité de Milicias Antifascistas. A él mandó la CNT y la FAI sus representantes por resolución de dicho Pleno». En «Informe de la delegación de la CNT al Congreso Extraordinario de la AIT y resoluciones del mismo», p. 96

con la revolución para implantar el comunismo libertario. Juan García Oliver planteó acto seguido el debate y la decisión a tomar como una elección entre una «absurda» dictadura anarquista o la colaboración[31] con las demás fuerzas antifascistas en el Comité Central de Milicias para continuar la lucha contra el fascismo. De este modo García Oliver, conscientemente o no,[32] hacía inviable ante el pleno la confusa y ambigua opción de «ir a por el todo». Frente a lo de una intransigente «dictadura anarquista» apareció más lógica, equilibrada y razonable la defensa que hizo Federica Montseny[33] de los principios ácratas contra toda dictadura, apoyada por los argumentos de Abad de Santillán de peligro de aislamiento y de intervención extranjera. Surgió otra posición, defendida por Manuel Escorza, que propugnaba el uso del gobierno de la Generalidad como un instrumento para socializar y colectivizar, a la espera de deshacerse de ella en cuanto dejara de ser

---

31 Véase GARCIA OLIVER, Juan: «El Comité central de Milicias Antifascistas de Cataluña», en «De julio a julio. Un año de lucha». Tierra y Libertad. Barcelona, 1937. García Oliver escribió este artículo un año después de los hechos que narra, muy condicionado por el contexto político posterior a mayo de 1937.

32 «En fin, mi anotador afirma que en la asamblea o pleno del 21, García Oliver planteó la cuestión de la dictadura anarquista o del comunismo libertario y que no fue seguido por la asamblea. Yo afirmo que si lo hizo, fue sin convicción, convencido de que la dictadura anarquista sólo podía conducir al fracaso. Planteó este dramático dilema para apoyar mejor su opción colaboracionista […] García Oliver confirma este aire de comedia al escribir arrogantemente: "la CNT y la FAI decidieron la colaboración y la democracia, renunciando al totalitarismo revolucionario, que habría conducido a la estrangulación de la revolución por la dictadura confederal o anarquista"». En PEIRATS, José: «Mise au point sur de notes». Noir et Rouge num. 38, juin 1967.

33 Los anteriores testimonios de José del Barrio, el propio Juan García Oliver, en 1950, y José Peirats, son corroborados por el de Federica Montseny: «No pasó por la imaginación de nadie, ni aún de García Oliver, el más bolchevique de todos, la idea de tomar el poder revolucionario. Fue después, cuando se vio la amplitud del movimiento y de las iniciativas populares cuando empezó a discutirse si se podía o si se debía, o no, ir a por el todo». En PAZ, Abel: «Durruti. El proletariado en armas». Bruguera, Barcelona, 1978, p. 381-382.

útil a la CNT.[34] El pleno se mostró favorable a la colaboración de la CNT con el resto de fuerzas antifascistas en el Comité Central de Milicias, con el voto en contra de la comarcal del Baix Llobregat. La mayoría de asistentes al Pleno, entre los que se contaban Durruti y Ortiz, permanecieron callados, porque pensaban como tantos otros que la revolución debía aplazarse hasta la toma de Zaragoza, y la derrota del fascismo. Se pasaba, sin más consideraciones ni filosofías, a consolidar e institucionalizar el Comité de Enlace entre CNT y Generalidad, anterior al 19 de julio, transformado, profundizado y ampliado en ese CCMA que, mediante la unidad antifascista de todos los partidos y sindicatos, debía imponer el orden en la retaguardia y organizar y aprovisionar las milicias que debían enfrentarse en Aragón con los fascistas.

En la primera reunión del Comité Central de Milicias, celebrada la noche del día 21, los representantes cenetistas[35] hicieron patente a republicanos y catalanistas su fuerza e indocilidad, editando un bando que daba al Comité Central muchas más atribuciones y competencias, militares y de orden público, que las dispuestas inicialmente por el decreto de la Generalidad. No en vano a la pregunta, surgida en esta primera sesión del CCMA, de quién había vencido al ejército, Aurelio Fernández respondió que «los de siempre: los piojosos», esto es, los parados, los emigrantes recientes y la población marginal y miserable de las «casas baratas» de La Torrassa, Can Tunis, Somorrostro, Santa Coloma y San Andrés, o el maltratado proletariado industrial que, en condiciones de vida durísimas, azotados por el paro masivo, con largas jornadas laborales, jornales de hambre y trabajos precarios pagados al destajo, se hacinaba en los barrios obreros de Pueblo Nuevo, Sants, la Barceloneta, el Chino, Hostafrancs o Pueblo Seco, arrendando o subarrendando cuchitriles, habitaciones o pisos mínimos con alquileres inasequibles, que había que compartir.

---

34 Carta de García Oliver a Abel Paz. Véase PAZ, Abel: «Durruti en la Revolución española». FAL, Madrid, 1996, p. 504-505.

35 Los representantes anarcosindicalistas eran Josep Asens, Buenaventura Durruti y Juan García Oliver por la CNT, Aurelio Fernández y Diego Abad de Santillán por la FAI. Durruti fue sustituido por Marcos Alcón.

Mientras tanto, Companys había autorizado a Martín Barrera, consejero de Trabajo, a que diera por radio noticia de las disposiciones acordadas sobre disminución de horas laborales, aumento de salarios, disminución de alquileres y nuevas bases de regulación del trabajo, que antes deberían pactarse con los representantes de las asociaciones patronales, como Fomento del Trabajo, Cámaras de Industria y de la Propiedad, etcétera, a quienes se expuso la necesidad de encarrilar el ímpetu revolucionario de las masas, como ya había hecho el director de las minas de potasa de Suria, que prefería tener pérdidas a volver a ser retenido por sus mineros. Durante el transcurso de la reunión varios representantes de la patronal recibieron llamadas de aviso para que no volvieran a sus casas, porque patrullas de hombres armados habían ido en su busca. La reunión acabó con el convencimiento de que los empresarios allí reunidos ya no representaban a nadie. Pero el mensaje se radió igual, algunos días después, como medio para encauzar ánimos y reivindicaciones. El jueves 23 de julio, en la Casa CNT-FAI, se sometió a discusión de un Pleno conjunto de la CNT y de la FAI,[36] es decir, de un pleno de notables,[37] la entrada de los

---

36 «¿Hasta donde puede sernos conveniente lanzarnos a un ensayo de comunismo libertario en Cataluña, sin haber terminado aún la guerra y con los peligros de intervención extranjera? Este dilema se planteó a la militancia anarquista y a los representantes de los sindicatos el 23 de julio, en un pleno de conjunto de las dos organizaciones [...] se decidió mantener el bloque antifascista, dándose la consigna a toda la región: no hay que proclamar el comunismo libertario. Procurad mantener la hegemonía en los comités de milicias antifascistas y aplazad toda realización totalitaria de nuestras ideas». En «El anarquismo en España. Informe del Comité Peninsular de la Federación Anarquista Ibérica al Movimiento Libertario Internacional». Sin lugar, ni fecha (¿1938?), p. 2. Otro documento que confirma lo anterior: «En un Pleno que se celebró conjuntamente de la organización específica y confederal se acordó, por las imperativas circunstancias de aquellos momentos, aceptar la colaboración y tomar participación directa en la administración política y económica en los órganos del Estado». En FAI: «Informe que este Comité de Relaciones de Grupos Anarquistas de Cataluña presenta a los camaradas de la Región» (¿Marzo 1937?).

37 La urgencia de las decisiones a tomar impuso, desde el 19 de julio, la quiebra del funcionamiento horizontal y federativo de la CNT y de toda práctica

anarcosindicalistas en el CCMA y la importante resistencia que se manifestaba entre la militancia a aceptarlo. Ese mismo día, al anochecer, los miembros del grupo Nosotros se reunieron en casa de Gregorio Jover, para analizar la situación,[38] y como despedida,[39] ante la salida al día siguiente de las Columnas de milicianos dirigidas por Buenaventura Durruti, que salió por la mañana desde el Cinco de Oros, y la de Antonio Ortiz, que lo hizo en ferrocarril por la tarde del mismo día 24.[40]

A las nueve y media de la mañana del día 24, Durruti, en nombre del CCMA, hizo una alocución radiofónica en la que advirtió a los cenetistas de la necesidad imperiosa de mantenerse vigilantes ante intentonas contrarrevolucionarias y a no abandonar lo conquistado en Barcelona.[41] Durruti parecía consciente del peligro de una retaguardia insegura, en la que el enemigo de clase no había sido anulado. Todo quedaba aplazado hasta después de la toma de Zaragoza.

El domingo 26 de julio, en la Casa CNT-FAI, se sometió de nuevo a la aprobación formal de un Pleno Regional de Locales y Comarcales

---

de democracia directa. La práctica habitual fue la de adoptar las decisiones importantes a tomar en reuniones de dirigentes, miembros del Comité Regional, de la Federación Local de Barcelona, del Comité Peninsular de la FAI, y de quienes ejercían cargos en el CCMA, el Consejo de Economía o el Comité de Investigación, Patrullas de Control, etcétera. Posteriormente las decisiones ya tomadas por los notables se hacían ratificar en los Plenos, guardando «formalmente» las apariencias del funcionamiento tradicional de la CNT.

38 García Oliver reiteró su propuesta de tomar el poder aprovechando la concentración de milicianos que debían partir para el frente.

39 García Oliver: «El eco de los pasos», p. 190 y 191. Gallardo y Márquez: «Ortiz», p. 109 y 110.

40 ORTIZ, Antonio. «La segunda Columna sale de Barcelona».

41 «Tenéis un deber en estos momentos. Concentraros en la calzada del Paseo de Gracia a las diez de la mañana. Una advertencia, trabajadores de Barcelona, todos y en particular los de la CNT. Los puestos que han sido conquistados en Barcelona que no sean abandonados. La capital no debe ser abandonada. Tenéis que permanecer en guardia permanente, ojo avizor, por si tuviésemos que responder a posibles acontecimientos. Trabajadores de la CNT, todos como un solo hombre debemos ir a ayudar a los camaradas de Aragón».

de Sindicatos, convocado por el Comité de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, la colaboración de la CNT en el Comité Central de Milicias Antifascistas, en el que los representantes cenetistas ya estaban participando.[42] Se trataba de que las decisiones tomadas por el Comité Regional Ampliado, de colaborar con el gobierno de la Generalidad y el resto de partidos, que ya eran una realidad irreversible, fueran ratificadas de nuevo en otro Pleno Regional de Sindicatos. Era una política de hechos consumados, en la que el Pleno del día 26 actuaba como simple altavoz de los acuerdos ya tomados. El acuerdo final no dejaba lugar a dudas sobre la dureza de la oposición que había encontrado la aceptación de la posición colaboracionista de los comités superiores de la CNT-FAI, aunque desconocemos los debates, si es que los hubo.

El acuerdo sobre el análisis de la situación revolucionaria existente se cerraba mediante una posición que había alcanzado la «unanimidad absoluta». Curiosamente la posición alcanzada en ese Pleno era definida como la «misma posición», esto es, la que ya había aceptado provisionalmente la delegación cenetista que había parlamentado con Companys, la ya aprobada por el Pleno Regional del día 21, la del Pleno conjunto CNT-FAI del día 23. ¿Qué posición?: «No hay más enemigo para el pueblo, que el fascismo sublevado», y por lo tanto ni el gobierno burgués de la Generalidad ni el republicano eran un enemigo a batir, sino un aliado.

La renuncia revolucionaria era ya absoluta: «Que nadie vaya más allá. Que nadie tergiverse la actuación a seguir». Se apelaba a la obligación moral de aceptar las decisiones generales[43] y se hacía una

42 En Solidaridad Obrera (27 julio 1936) apareció un artículo que subrayaba que «la posición confederal, con relación a la situación revolucionaria, continuará siendo la mantenida hasta ahora», como si hubiera que vencer una importante resistencia a lo ya aprobado en el Pleno del día 21.

43 La mecánica organizativa cenetista de carácter horizontal y federalista, que quebró rápidamente, convirtiéndose en una mera ratificación formal de los debates y decisiones ya adoptadas por los comités superiores, no era apropiada para el surgimiento de «tendencias», capaces de defender minoritariamente sus posiciones en el seno de la organización.

profesión de fe antifascista: «Hoy por hoy, contra el fascismo, sólo contra el fascismo que domina media España». El comunicado final del Pleno Regional terminaba con una orden tajante e indiscutible de aceptación y sumisión al CCMA: «hay un Comité de milicias antifascistas y un apéndice suyo denominado comisión de abastos. Todos tenemos el deber de acatar sus consignas, forma de regular las cosas en todos los órdenes».

El 28 de julio la Federación Local de Sindicatos únicos de Barcelona ordenaba el fin de la huelga general.

Comités por doquier que nadie coordina

Violencia y poder iban juntos. Una vez destruido el monopolio estatal de la violencia, porque se había derrotado al ejército en la calle, y armado el proletariado, se abría una situación revolucionaria que imponía su violencia, su poder y su orden. El poder de una clase obrera en armas.

Los comités revolucionarios: de defensa, de fábrica, de barrio o de localidad, de control obrero, de abastos, etcétera, fueron el embrión de los órganos de poder de la clase obrera. Iniciaron una metódica expropiación de las propiedades de la burguesía, pusieron en marcha la colectivización industrial y campesina, organizaron las milicias populares que definieron los frentes militares en los primeros días, organizaron patrullas de control y milicias de retaguardia que impusieron el «nuevo orden revolucionario» mediante la represión violenta de la Iglesia, patronos, fascistas y antiguos sindicalistas y pistoleros del Libre, pues durante una semana el paqueo (tiroteo de francotiradores) en la ciudad fue constante. Pero fueron incapaces de coordinarse entre sí y crear un poder obrero centralizado. Los comités revolucionarios desbordaron con sus iniciativas y sus acciones a los dirigentes de las distintas organizaciones tradicionales del movimiento obrero, incluida la CNT y la FAI, o un POUM que aún pedía aumento de salarios y reivindicaciones menores, ya superadas.

Había una situación revolucionaria en la calle y en las fábricas, y unos potenciales órganos de poder del proletariado: los comités, que ninguna organización supo, quiso o pudo coordinar, potenciar y transformar en auténticos órganos de poder. La espontaneidad de las masas tenía sus límites; sus organizaciones políticas y sindicales eran limitadísimas. Ninguna tenía un programa preparado, preciso y realista, para aplicar en aquella situación revolucionaria. En realidad los líderes anarquistas no sabían qué hacer con el poder, ni entendían lo que era. Frente a la amenaza fascista, que había triunfado en media España, se impuso la consigna de unidad antifascista, de unión sagrada con la burguesía demócrata y republicana. Más que una dualidad de poderes entre Generalidad y Comité Central, se daba una duplicidad de poderes. Y además los comités superiores de la CNT, a mediados de agosto, ya habían decidido la disolución del CCMA en cuanto las condiciones lo hicieran posible y la espontaneidad de la calle hubiera remitido lo suficiente. Pero entre tanto, desde el 19 de julio, los comités surgidos espontáneamente por doquier, imponían pragmáticamente la nueva realidad política, social y económica surgida de la victoria insurreccional obrera sobre el ejército, y en Cataluña esos comités, en la fábrica o localmente, ejercían todo el poder.

Conclusiones y reflexiones a setenta años vista

El Estado es la organización del monopolio de la violencia al servicio de la clase social dominante. El Estado capitalista es uno de los instrumentos más importantes del dominio de la clase burguesa sobre el proletariado, esto es, el aparato de represión que asegura las relaciones sociales de producción capitalistas. La primera tarea de una revolución proletaria es la destrucción total de ese Estado capitalista, y la consolidación de un poder obrero. Sin la voluntad y la acción práctica (por parte de una organización revolucionaria) de destrucción del Estado capitalista no puede hablarse de revolución proletaria. Quizás pueda hablarse de movimiento revolucionario, de

una situación revolucionaria, de «revolución popular», de unidad antifascista, de guerra contra el fascismo, de una fantasiosa «dictadura del proletariado sin destrucción del Estado capitalista», propia de los «brillantes» análisis del POUM, etcétera, pero no de revolución proletaria. La ambigüedad ideológica fue un elemento consustancial al movimiento libertario. Y esa ambigüedad fue elevada a los altares por los antifascistas burócratas cenetistas y por los avispados políticos burgueses, que supieron llevar a su molino las turbias aguas de la incoherencia anarquista. No se intentó en ningún momento la destrucción del aparato estatal burgués.

En Barcelona, el CCMA fue fruto de la victoria obrera y anarquista del 19 de julio, pero también de la renuncia de los anarcosindicalistas a destruir el Estado. El CCMA, pactado entre Companys y los libertarios, y aceptado también por los «marxistas» (POUM y stalinistas), fue un organismo de colaboración de clases, mediante el cual se aseguraba al Gobierno de la Generalidad el control de aquellas funciones perdidas porque los anarquistas las habían conquistado en la calle: fundamentalmente de policía, orden público y militares. El CCMA no fue nunca, ni nunca lo pretendió, un órgano de poder obrero, y por lo tanto nunca existió una situación de doble poder que enfrentara el CCMA al Gobierno de la Generalidad. Es cierto que, entre los anarquistas, existían diversas concepciones sobre la situación revolucionaria, surgida en Cataluña tras las jornadas del 19-20 de julio de 1936: la primera, y hegemónica, propugnada por Abad de Santillán y Federica Montseny, de absoluta y confiada colaboración con el resto de fuerzas políticas (incluidas las burguesas) en una unidad antifascista que creían indispensable para ganar la guerra; se trataba de una colaboración «leal» con el gobierno de la Generalidad como mal menor para conducir al mismo tiempo la «revolución» y la guerra. La segunda, propugnada por García Oliver, consistía teóricamente en «ir a por el todo», esto es, en la implantación de una «dictadura anarquista», en la que una vanguardia de iluminados sustituye al proletariado, tomando el poder en su nombre, y en la práctica en la colaboración gubernamental, con la ingenua creencia de que el color «rojinegro» de los ministros podía cambiar la naturaleza del go-

bierno en que participaban. La tercera, planteada pragmáticamente por Manuel Escorza, consistía en usar el gobierno de la Generalidad para legalizar las «conquistas revolucionarias», controlando las consejerías de Defensa y Orden Público, y apoyándose en el dominio indiscutible de la CNT en la calle para intentar «congelar la situación revolucionaria», en espera de que se produjeran unas condiciones más favorables para el definitivo triunfo revolucionario, al tiempo que se consolidaba el poder real de una organización libertaria paralela a la CNT-FAI, autónoma e independiente, fundamentada en el Comité de Investigación y los comités de defensa cenetistas, capaz de coordinar y centralizar a todos los cargos anarcosindicalistas en el gobierno de la Generalidad, que posibilitó en mayo de 1937 la insurrección obrera contra la provocación de Companys y los stalinistas. Todas estas posiciones evolucionaron rápidamente hacia la misma táctica de integración del movimiento obrero en el programa de unidad antifascista con el POUM, stalinistas y burguesía, con el objetivo único de ganar la guerra a los fascistas. Esto propició a su vez la aparición, entre los anarcosindicalistas, de una división entre «piel rojas» y «pájaros carpinteros» o colaboracionistas, que no tenía paralelismo alguno con anteriores divisiones entre faístas y trentistas. La crítica de los «piel rojas» a los colaboracionistas, puramente verbal y moralista, evolucionó hacia un pesimismo que llevó a la mayoría a la pasividad y a una huida hacia adelante, que les condujo a no hallar más salida que el abandono de toda militancia o el alistamiento militar para ganar la guerra al fascismo. Aunque ese ejército fuera, desde el verano de 1937, el Ejército Popular, esto es, el ejército burgués de la República, puesto que ya se había producido la militarización de las Milicias. La oposición más coherente al colaboracionismo, predominante entre los libertarios, fue la que cristalizó en la Agrupación de Los Amigos de Durruti, que a partir de enero de 1938 fue prácticamente inoperante, porque había sucumbido a los ataques combinados de la represión estalinista y el rechazo de los cenetistas «gubernamentales».

No existió ningún partido, sindicato o vanguardia que propugnara la destrucción del Estado burgués y la vía revolucionaria de potenciación, coordinación y centralización de los órganos de poder surgidos

en julio de 1936: los comités obreros. A partir del 20 de julio el proletariado en Barcelona ejerció una especie de dictadura «por abajo» en las calles y en las fábricas, ajena e indiferente a «sus» organizaciones políticas y sindicales, que no sólo respetaban el aparato estatal de la burguesía, en lugar de destruirlo, sino que además lo fortalecían. En ausencia de un partido revolucionario, capaz de plantear el combate por el programa de la revolución proletaria,[44] la guerra contra el enemigo fascista impuso la ideología de la unidad antifascista y el combate por el programa de la burguesía democrática. La guerra no se planteaba como una guerra de clases, sino como una guerra antifascista entre el Estado de la burguesía fascista y el Estado de la burguesía democrática. Y esa elección entre dos opciones burguesas (la democrática y la fascista) suponía ya la derrota de la alternativa revolucionaria. Para el movimiento obrero y revolucionario el antifascismo fue la peor consecuencia del fascismo. La ideología de unidad antifascista fue el peor enemigo de la revolución, y el mejor aliado de la burguesía. Las necesidades de esta guerra, entre dos opciones burguesas, ahogaron toda alternativa revolucionaria y los métodos de lucha de clases que permitieron la victoria de la insurrección obrera del 19 de julio. Era necesario renunciar a las conquistas revolucionarias en aras de ganar la guerra a los fascistas: «renunciamos a todo menos a la victoria».[45]

Las alternativas planteadas eran falsas: no se trataba de ganar primero la guerra y luego la revolución (propuesta estalinista), o bien de hacer la guerra y la revolución al mismo tiempo (tesis poumista y libertaria), sino de abandonar, o no, los métodos y objetivos del proletariado. Las Milicias Populares del 21-25 de julio eran auténticas Milicias proletarias; las Milicias, militarizadas o no, de octubre del

44 Esto es: destrucción del Estado capitalista (tanto del fascista como del republicano), extensión, y centralización de los comités como órganos de poder obrero, socialización de la economía, dirección proletaria de la guerra y dictadura del proletariado.

45 Frase propagandística de Ilya Ehrenburg, que la «Soli» de Toryho atribuyó falsamente a Durruti. Véase EHRENBURG, Ilya: «Corresponsal en la Guerra civil española». Júcar, Gijón, 1979, p. 24.

36 eran ya un ejército de obreros en una guerra dirigida por la burguesía (fuera fascista o republicana) al servicio de la burguesía (fuera democrática o fascista).

La «revolución social» y la expropiación de las fábricas iniciada por la base anarcosindicalista chocó con el frentepopulismo de los líderes anarquistas y poumistas. Incluso hay quien habla de una «revolución» social sin toma del poder estatal, y también de un divorcio entre el aspecto socioeconómico y político de la revolución.[46] En todo caso el frentepopulismo de los líderes anarquistas, y la ideología de unidad antifascista, prevaleció sobre cualquier consideración revolucionaria de destruir el Estado, que siempre fue rechazada como utópica e irreal, y que no pasó jamás de una declaración fantasiosa de buenas intenciones de los elementos verbalmente más radicales, como García Oliver.

El CCMA no fue nunca un órgano de poder obrero. No existió nunca una situación de doble poder. En todo caso se dio una duplicidad de poderes entre el CCMA y algunas consejerías de la Generalidad, y sobre todo un trabajo complementario de ambos contra los comités revolucionarios.

El vacío de poder centralizado o estatal dio lugar a una inicial fragmentación y atomización del poder que fue resuelta en septiembre de 1936 con la entrada de las organizaciones obreras en el gobierno de la Generalidad (y posteriormente en el de la República). Ni los anarquistas, ni el CCMA, en el que éstos tenían preponderancia, ni el POUM, intentaron en ningún momento desplazar a la burguesía republicana del poder, ni destruir el aparato estatal, que siempre dejaron en manos de Companys. La definitiva derrota armada del proletariado, que se produjo en mayo de 1937, era la única salida posible a la renuncia que las organizaciones obreras habían hecho en julio de 1936 a la toma absoluta y total de un poder que el proletariado ya ejercía en calles y fábricas. Mayo del 37 había empezado en julio del 36.

46 JULIÁ, Santos: «De la división orgánica al gobierno de unidad nacional». En «Socialismo y guerra civil. Anales de historia de la Fundación Pablo Iglesias». vol. 2 (1987), p. 227-245.

II

La CNT-FAI en el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña[47]

> Toda la historia se convertía así en un palimpsesto, raspado y vuelto a escribir con toda la frecuencia necesaria. En ningún caso habría sido posible demostrar la existencia de una falsificación.
>
> *George Orwell, 1984.*

> Obsequium amicos, veritas odium parit.
> (La complacencia engendra amigos, la verdad odio).
>
> *Terencio, Andria.*

---

47 Sobre el CCMA existen tres tesis muy interesantes, desgraciadamente inéditas: ADSUAR TORRA, Josep Eduard: «Catalunya: juliol-octubre 1936. Una dualitat de poder?» (2 vol.). Tesina de Llicenciatura. Departament Història Contempag. Universitat de Barcelona, 1979. MOMPO, Enric: «El Comité Central de Milicias Antifascistas de Catalunya y la situación de doble poder en los primeros meses de la guerra civil española». Tesis doctoral leída el 8 de junio de 1994, Departamento de Hª Contemporánea, Universidad de Barcelona. POZO GONZALEZ, Josep Antoni: «El poder revolucionari a Catalunya durant els mesos de juliol a octubre de 1936. Crisi i recomposició de l´Estat». Tesi doctoral defensada el 21 de juny de 2002. Departament Hª Moderna i Contemporània, Universitat Autónoma de Barcelona.

El poder esta en la calle

El auténtico poder de ejecución y resolución estaba en la calle, era el poder del proletariado en armas, y lo ejercían los comités locales, de defensa y de control obrero, expropiando espontáneamente fábricas, talleres, edificios y propiedades; organizando, armando y transportando al frente los grupos de milicianos voluntarios que previamente habían reclutado; quemando iglesias o convirtiéndolas en escuelas o almacenes; formando patrullas para extender la guerra social; guardando las barricadas, ahora fronteras de clase, que controlaban el paso y manifestaban el poder de los comités; poniendo en marcha las fábricas, sin amos ni directivos, o reconvirtiéndolas para la producción bélica; requisando coches y camiones, o alimentos para el comité de abastos; «paseando» burgueses, fascistas y curas; sustituyendo a los caducos ayuntamientos republicanos, imponiendo en cada localidad su absoluta autoridad en todos los dominios, sin atender órdenes de la Generalidad, ni del Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA).

La noche del 19 no había más poder real que el de «la federación de barricadas», sin más objetivo inmediato que la derrota de los sublevados. El ejército y la policía, disueltos o acuartelados, desaparecieron de la calle, después del 20 de julio. Habían sido sustituidos por Milicias Populares formadas por obreros armados, que confraternizaban con soldados licenciados y guardias semiuniformados en un solo bloque victorioso, que les había convertido en la vanguardia de la insurrección revolucionaria.

En Barcelona, durante la semana siguiente, mientras el CCMA era aún provisional, aparecieron los comités de barrio,[48] como expresión del poder obtenido por los comités de defensa, que se coordinaron en

48 El grupo Constancia, en una reunión de grupos anarquistas y comités de defensa propuso «que nuestros representantes en el gobierno se retirasen y se nombrase entre los comités de barriada un Comité Central». Véase: «Segunda sesión del pleno local de Grupos Anarquistas de Barcelona [...] con asistencia de los grupos de Defensa confederal y Juventudes libertarias». Barcelona, 24 abril 1937. La propuesta, aunque muy tardía, evidencia que esos comités de barrio seguían aún activos en abril de 1937.

una auténtica federación urbana que, en las calles y fábricas, ejercía todo el poder, en todos los ámbitos, en ausencia de un poder efectivo del Ayuntamiento, Gobernación y Generalidad. Las decenas de barricadas levantadas en Barcelona permanecían aún activas en octubre, controlando el paso de los vehículos y exigiendo la documentación y el preceptivo pase, extendido por los distintos comités, como medio de imposición, defensa y control de la nueva situación revolucionaria, y sobre todo como seña de identidad del nuevo poder de los comités.

Las contradicciones de García Oliver y del Anarquismo de Estado

Para comprender las evidentes y numerosas contradicciones de García Oliver, y las espesas cortinas de humo que sus memorias arrojan sobre los acontecimientos, es necesario explicar su concepción sobre el encaje de los principios ideológicos abstractos en las necesidades apremiantes de la táctica política más inmediata; así como su concepción sobre la naturaleza del liderazgo en la organización confederal.

¿Cómo aceptar que García Oliver en El eco de los pasos considere, en los plenos regionales de los días 21 y 26 de julio, que el CCMA es un tapón[49] para la revolución, y que el 3 de agosto, sólo una semana después, considere que el CCMA es la mejor garantía para impulsar esa revolución?[50] ¿Cómo salvar la permanente contradicción de García Oliver entre lo que hizo y lo que dice que hizo? ¿Propuso realmente, en el Pleno de Regionales del 21 de julio la toma del poder por la CNT?

Para comprender el García Oliver de julio de 1936 hay que hacer una comparación con su actitud y actividades durante la campaña electoral de febrero de 1936. En esa campaña los líderes anarcosindicalistas nunca dijeron directamente a los trabajadores que votaran. Afirmaban que, fuera cual fuese el resultado electoral, unos meses

49 García Oliver, Juan: «El eco de los pasos». Ruedo Ibérico, Barcelona-París, 1978, p. 185.

50 Op. cit., p. 188.

después sería inevitable el enfrentamiento armado. Sin embargo, si se votaba a favor del Frente Popular, además de obtener la liberación de los millares de presos, el enfrentamiento armado sería también más favorable, pues se tendría a favor la legalidad republicana y el aparato estatal. Así pues, lo que hizo la CNT-FAI fue mucho más que renunciar a su tradicional llamamiento a la abstención en las elecciones, tal y como el propio García Oliver explicó inequívocamente:

> «Nosotros aconsejamos a la clase obrera a que haga lo que quiera respecto a votar, pero sí le decimos que, si no vota a las izquierdas, al día siguiente de las elecciones tendremos que hacer frente a las derechas fascistas con las armas en la mano. Y si vota a las izquierdas, antes de los seis meses del triunfo de éstas habremos de hacer frente con las armas en la mano a las derechas fascistas. Naturalmente, la clase obrera de España, que desde hacía muchos años había sido aconsejada por la CNT a que no votase, interpretó nuestra propaganda en el mismo sentido que deseábamos, eso es, que debía votar, pues que siempre resultaría mejor hacer frente a las derechas fascistas si ellas se sublevaban después de ser derrotadas y fuera del Gobierno».[51]

Prestemos atención al curioso y retorcido argumento de García Oliver, que sin renunciar él mismo al principio abstencionista, aconsejaba indirectamente a los militantes y simpatizantes la táctica más beneficiosa para la organización cenetista de ir a votar. Ese es el paralelismo que hemos de trazar para comprender la intervención de García Oliver en el Pleno del 21 de julio: sin renunciar él mismo a «ir a por el todo», incitaba a los militantes a que llegaran a la conclusión de lo absurdo y ridículo que era, en aquellos momentos, implantar una «dictadura anarquista».[52]

51 Respuestas de García Oliver al cuestionario de Bolloten (1950).

52 En realidad este término de «dictadura anarquista» no lo pronunció probablemente García Oliver, sino Federica Montseny, como adecuado resumen del largo discurso de Oliver en el Pleno del 21 de julio.

En resumen, García Oliver era capaz de elaborar un discurso formalmente adecuado a los sacrosantos principios ácratas, al mismo tiempo que conducía a la base militante a optar por la táctica que él consideraba más adecuada al momento, por más alejada que estuviera de los principios ideológicos.[53]

Esta perniciosa y rocambolesca forma de ejercer el liderazgo y de «dirigir a las masas» le permitió meses más tarde una especie de «victimismo», mediante el cual atribuía sólo a la base cenetista la catastrófica elección a favor del colaboracionismo. Cuarenta años después, sin que los historiadores puedan consultar las actas de los Plenos del 21 y 26 de julio, convenientemente desaparecidas, ¿quién iba a negar al redactor de «El eco de los pasos» que él propuso «ir a por el todo»?, ni tampoco que luego a regañadientes fue el jefe del CCMA, y luego se resistió a ser el ministro anarquista de Justicia con Largo Caballero, y luego en beneficio de la organización confederal hizo, muy a su pesar, de necesario «bombero mayor» durante las jornadas de mayo del 37, y luego fue candidato frustrado a consejero del gobierno de la Generalidad, y luego un largo etcétera de contradictorias claudicaciones, cada vez más surrealistas.

De todas formas, nadie es lo que dice ser, sino lo que realmente hace, y lo que los demás dicen que es. Y eso vale también para García Oliver. Juan García Oliver fue un líder anarcosindicalista que, desde su presidencia efectiva del CCMA, ahogó la revolución de los comités, cuando esos comités desbordaron con sus iniciativas revolucionarias a la organización confederal. Sin embargo, el colaboracionismo de la CNT no consistió únicamente en la entrada de algunos de sus líderes en el gobierno, sino que fue el conjunto de la organización quien se implicó en los diferentes niveles de los aparatos del Estado. Y eso era

53 Dice Peirats: «se lanzó sin convicción —en los primeros días del movimiento por parte de García Oliver y algunos otros militantes— la idea de implantar el comunismo libertario en Cataluña. Creo que esto son ideas que se lanzan sin convicción. García Oliver estaba convencido de que en Cataluña no podía haber comunismo libertario». Véase la entrevista a José Peirats en «Colección de Historia Oral: El movimiento libertario en España (1)». José Peirats.

más importante que la más que dudosa posición del individuo García Oliver a favor de un ambiguo «ir a por el todo». La CNT carecía de un programa y de una táctica que le preparase para tomar el poder; y por ello sus líderes no hicieron más que improvisar, y buscaron la colaboración con el resto de fuerzas antifascistas y el gobierno de la Generalidad, pese al «contratiempo provisional» de sus prejuicios antiestatales, que desembocaron en un híbrido CCMA. De hecho, si la CNT hubiera tenido ese programa y esa táctica no hubiera sido un sindicato anarquista, sino un partido marxista. La organización y la ideología anarcosindicalista naufragaron en la situación revolucionaria abierta con la victoria insurreccional de julio de 1936.

Y ahí enlazamos con la concepción de García Oliver sobre el liderazgo en el seno de la CNT. No todos los militantes eran iguales, ni sus opiniones, o propuestas, tenían el mismo peso; ya que sólo había de escucharse y valorarse las intervenciones de aquellos que, antes de hablar, se habían jugado la vida o la libertad por la organización, sobre las de aquellos que se limitaban a hablar por hablar. Eran líderes aquellos que se habían ganado serlo con su dedicación y valor. Este liderazgo del «hombre de acción» y, en un segundo plano, de los «intelectuales»,[54] era consustancial a la CNT, aunque no figurase en sus reglamentos y estatutos.

La teórica estructura horizontal e igualitaria de la CNT desapareció rápidamente, si es que había estado alguna vez en vigor en las altas esferas de decisión. Los comités superiores blindaron a la cúpula dirigente, que lo debatía y decidía todo secretamente, en su propio ámbito de amigos y conocidos. Los grandes Plenos sindicales, de carácter regional o nacional, sólo servían para ratificar los acuerdos, ya decididos por los comités superiores, y para hacerlos públicos. El funcionamiento de la CNT fue de carácter piramidal y casi leninista, en el que una pequeña vanguardia lo debatía y decidía todo, con el agravante de que era imposible el surgimiento de tendencias, capaces de organizarse con un programa y

54 Durruti, García Oliver y Aurelio Fernández serían el prototipo del hombre de acción. Federica Montseny, Abad de Santillán y Pedro Herrera serían el prototipo del intelectual anarquista.

una dirección propia en contra de la mayoría, ya que formalmente se trataba de un organismo sindical, unitario y horizontal.

Los inicios del CCMA

La primera reunión informal del CCMA se realizó el día 20, al anochecer, con propósitos informativos y preparatorios, una vez que la delegación cenetista había obtenido el consentimiento provisional del Comité regional ampliado. Asistieron por parte de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) y el gobierno de la Generalidad, Josep Tarradellas, Artemi Aguadé y Jaume Miravitlles, además de Comorera por la Unió Socialista y Vidiella por la UGT, Peypoch por Acció Catalana y Gorkin por el POUM, mientras Buenaventura Durruti, Juan García Oliver y Aurelio Fernández lo hacían por la CNT-FAI.

Tarradellas propuso la exclusión de Estat Català por considerarlo una organización derechista, ya que su dirigente Dencás era un fascista que se había refugiado en Italia. García Oliver propuso un equilibrio numérico de participantes en el CCMA: tres puestos para la CNT, tres para la UGT y tres para ERC; dos para la FAI, y uno para cada una de las organizaciones siguientes: Acció Catalana, POUM, socialistas, y Rabassaires. Esa misma noche se envió a imprimir en el Diario Oficial de la Generalidad el decreto de constitución de las Milicias Ciudadanas, que apareció publicado al día siguiente. En ese decreto se nombraba presidente a Lluís Prunés, que había sido nombrado Consejero de Defensa por Companys, y jefe de las milicias a Pérez Farrás. Se trataba de un organismo que asumía competencias de Defensa, exclusivas del gobierno central, de las que carecía el gobierno de la Generalidad.[55]

El 21 de julio a las once de la mañana, en la Escuela Náutica, se produjo la primera reunión oficial del CCMA, en la que García Oliver

55 No se trataba pues de ningún gobierno revolucionario, sino de un organismo de colaboración de clases, creado para luchar contra el fascismo en unas circunstancias extraordinarias, que demandaban al gobierno de la Generalidad que asumiera competencias de Defensa, que no le concedía el Estatuto.

hizo caso omiso del decreto publicado y de los delegados nombrados por la Generalidad, sometiendo allí mismo a debate y aprobación la redacción de su proyecto de constitución de un Comité Central de Milicias Antifascistas, que imponían un nuevo «orden revolucionario». La CNT había renunciado a tomar el poder, pero no estaba dispuesta a convertirse en simple comparsa de la Generalidad, renunciando a su triunfo armado en la calle, cosa que la militancia de base tampoco les hubiera tolerado. Tras un debate, en el que chocaron las argumentaciones de Artemi Aguadé y de Juan García Oliver en torno a la aceptación del concepto de «orden revolucionario», se declaraba constituido el CCMA. La dirección del CCMA la ejercía de facto García Oliver. Los allí reunidos[56] aprobaron el siguiente texto, que fue publicado como Bando:

> «Constituido el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, este organismo, de acuerdo con el Decreto publicado por el gobierno de la Generalidad de Cataluña en el Butlletí Oficial del día de hoy, ha tomado los siguientes acuerdos, el cumplimiento de los cuales obliga a todos los ciudadanos:
>
> 1. Se establece un orden revolucionario, al mantenimiento del cual se comprometen todas las organizaciones que integran el Comité.
> 2. Para el control y vigilancia, el Comité ha nombrado los equipos necesarios a fin de hacer cumplir rigurosamente las órdenes que del mismo emanen. A este objeto, los equipos llevarán

56 Juan García Oliver, Buenaventura Durruti y José Asens por el Comité Regional de la CNT; Aurelio Fernández y Diego Abad de Santillán por la FAI; Artemi Aguadé, Jaume Miravitlles y Joan Pons por Esquerra Republicana de Catalunya; Tomás Fábregas por Acció Catalana; Josep Torrens por Unió de Rabassaires; Josep Rovira por el POUM, Josep Miret por Unió Socialista y José del Barrio, Salvador González y Antonio López Raimundo por la UGT, además de los enviados del gobierno de la Generalidad Lluís Prunés, Pérez Farrás y Vicens Guarner.

la credencial correspondiente que hará efectiva su personalidad.

3. Estos equipos serán los únicos acreditados por el Comité. Todo aquel que actúe al margen será considerado faccioso y sufrirá las sanciones que determine el Comité.
4. Los equipos de noche serán especialmente rigurosos contra aquellos que alteren el orden revolucionario.
5. Desde la una hasta las cinco de la madrugada la circulación quedará limitada a los siguientes elementos:
    - Todos los que acrediten pertenecer a cualquiera de las organizaciones que constituyen el Comité de Milicias.
    - Las personas que vayan acompañadas de algunos elementos que acrediten solvencia moral.
    - Los que justifiquen el caso de fuerza mayor que los obligue a salir.
6. Con el objeto de reclutar los elementos para las Milicias Antifascistas, las organizaciones que constituyen el Comité quedan autorizadas para abrir los correspondientes centros de reclutamiento y entrenamiento. Las condiciones de este reclutamiento serán detalladas en un reglamento interior.
7. El comité espera que, dada la necesidad de constituir un orden revolucionario para hacer frente a los núcleos fascistas, no tendrá necesidad, para hacerse obedecer, de recurrir a medidas disciplinarias.

El Comité».[57]

57 Aparecían las firmas de todas las personas citadas en la nota anterior, excepto las tres enviadas por la Generalidad.

El decreto de constitución del CCMA no era, pues, nada extraordinario, y contemplaba sobre todo medidas de orden público. El término de «orden revolucionario» no permite hablar seriamente de algo parecido a una dualidad de poderes, como hacen algunos historiadores. Tampoco la prensa del momento destacó como algo extraordinario la constitución del CCMA, ni la valoró en ningún momento como un gobierno revolucionario, rival del gobierno de la Generalidad. La Generalidad, por su parte, llevaba una existencia fantasmal, ocupándose de las tareas secundarias que el CCMA le dejaba, limitada prácticamente su autoridad a la imprenta del Boletín Oficial.

En Barcelona los comités de defensa, transformados en comités revolucionarios de barrio, en ausencia de consignas de cualquier organización y sin más coordinación que las iniciativas revolucionarias que cada momento demandaba, organizaron los hospitales, desbordados por la avalancha de heridos, organizaron comedores populares, requisaron coches, camiones, armamento, fábricas y edificios, registraron domicilios privados y realizaron detenciones de sospechosos, y crearon una red de Comités de abastos en cada barrio, que se coordinaron en un Comité de Abastos de la ciudad, en el que adquirió notable presencia el Sindicato de Alimentación. El contagio revolucionario afectaba a todos los sectores sociales y a todas las organizaciones, que se decantaban sinceramente a favor de la nueva situación revolucionaria. Esa era la única fuerza real del CCMA, que aparecía ante el pueblo en armas como el organismo antifascista que debía dirigir la guerra e imponer el nuevo orden revolucionario.

Ya hemos visto cómo el 21 de julio un Pleno de Locales y Comarcales había renunciado a la toma del poder, entendida como una dictadura de los líderes anarquistas, y no como imposición, coordinación y extensión del poder que los comités revolucionarios ya ejercían en la calle. El 23 un pleno conjunto, y secreto, de los comités superiores de la CNT y de la FAI cerró filas en cuanto a la decisión tomada de colaborar en el CCMA, y preparar el Pleno del día 26 para vencer la resistencia de la militancia. Ese mismo día García Oliver radiaba un discurso dirigido a los obreros de Zaragoza,

para que salieran a la calle para hacerse matar por los fascistas.[58] En un bar, sito frente a la iglesia del Pino, se fundaba el Partido Socialista Unificado de Catalunya (PSUC), como fusión de cuatro pequeñas agrupaciones socialistas y stalinistas.

También hemos visto cómo el 24 habían partido las dos primeras columnas anarquistas, al mando de Durruti y Ortiz. Durruti hizo un discurso por radio en el que alertaba sobre la necesidad de estar vigilantes a una posible intentona contrarrevolucionaria. Había que congelar la situación revolucionaria en Barcelona, para «ir a por el todo» después de tomar Zaragoza.

El 25 de julio se presentó Companys en la Escuela Náutica para recriminar a los miembros del CCMA su ineficacia en el control del orden público, ante la indiferencia de un García Oliver que le despidió amenazadoramente. El 26 de julio fue ratificada, por la mañana, en el Pleno Regional la colaboración definitiva de la CNT-FAI en el CCMA, acordada por los comités superiores de la CNT-FAI en su debate del día 23 y en el anterior Pleno Regional reunido el día 21.

El Pleno del día 26 confirmó por unanimidad que la CNT seguía manteniendo la misma posición, aprobada ya el 21 de julio, de participar en ese nuevo organismo de colaboración de clases llamado CCMA. Ese mismo pleno del día 26 creó una Comisión de Abastos, dependiente del CCMA, a la que debían someterse los distintos comités de abastos surgidos por doquier,[59] y ordenaba al mismo tiempo un fin parcial de la huelga general. El resumen de los principales acuerdos alcanzados en este Pleno se editó en forma de Bando, para su general conocimiento y acatamiento. El CCMA se reunió por la tarde-noche del día 26 para crear un organigrama y estructurarse en diversos departamentos: Guerra, Milicias de Barcelona, Milicias comarcales, Comisión de Abastos, Propaganda, Autorizaciones y permisos, Patrullas de Control, Sanidad de Guerra, Transportes y Subsidios.

58 García Oliver dijo exactamente en su discurso: «Militantes de la CNT y de la FAI, os tenéis que hacer matar». En «El eco de los pasos», p. 196.

59 En lugar de coordinar esos comités de abastos, creados por los comités revolucionarios desde abajo, se los suprimía para controlar desde el CCMA, desde arriba, su funcionamiento.

García Oliver se encargó del departamento de Guerra. Abad de Santillán estaba al cuidado del abastecimiento de las milicias, ayudado por Miret y Pons. Aurelio Fernández fue nombrado jefe del Departamento de Investigación, o lo que es lo mismo, en el auténtico jefe de la policía revolucionaria, con el auxilio de José Asens y Tomás Fábregas (Acció Catalana), que dirigían las Patrullas de Control. Marcos Alcón (sustituto de Durruti) se encargó de la sección de Transportes, con el auxilio de Durán Rosell (sustituto de Antonio López Raimundo, fallecido en el frente de Huesca), de la UGT. Josep Miret (Unió Socialista, luego PSUC) y Joan Pons (ERC) fueron los responsables del departamento de Milicias Comarcales. Miravitlles (ERC) se encargó del departamento de Propaganda y Torrents (Unió de Rabassaires) de Abastos. Rafael Vidiella (sustituto de José del Barrio, delegado de la columna Carlos Marx) se incorporó al departamento de investigación, dirigido por Aurelio Fernández. Joan Pons Garlandí (ERC) fue nombrado responsable del departamento de Autorizaciones y permisos (pasaportes). Artemi Aguadé (ERC) dirigía la Sanidad de Guerra. Josep Tarradellas se encargó del decisivo departamento de Economía e industrias de guerra. Como asesores militares fueron nombrados los hermanos Guarner, Díaz Sandino y Pérez Farrás. Lluís Prunés, consejero de Defensa de la Generalidad, dimitió pronto de su teórico y escasamente efectivo cargo (no reconocido) de presidente del CCMA.

La preponderancia de García Oliver y sus choques con el gobierno de la Generalidad fueron constantes hasta la disolución del CCMA, aunque fueron disminuyendo en intensidad, importancia e interés a medida que pasaban las semanas, tanto por la pérdida de apoyo del Comité Regional a García Oliver, como por la ineficacia del CCMA y la muy temprana decisión secreta de la CNT de disolverlo. El enfrentamiento más grave fue sin duda el veto de García Oliver al gobierno Casanovas, propuesto por Companys el 31 de julio de 1936, en el que daba entrada a dos consejeros (ministros) del PSUC: Joan Comorera y Rafael Vidiella, y uno de Unió de Rabassaires: Josep Calvet. El ultimátum de García Oliver, que incluía la amenaza de suprimir la Generalidad, porque veía en el nuevo gobierno un ataque

a la existencia del CCMA, terminó con la rectificación de Companys, que modificó el gobierno (ya sólo con republicanos) sólo unos días después de haber publicado el decreto de su constitución.

La posición de los comités superiores[60] de la CNT-FAI era incoherente, insostenible y contradictoria. Sus principios ideológicos les impedían entrar en el gobierno de la Generalidad, pero tampoco querían que ese gobierno amenazara al CCMA, sino que se mantuviera sumiso a un organismo que no era, ni quería ser, un gobierno revolucionario y alternativo al de la Generalidad. El CCMA ni gobernaba del todo, ni quería dejar gobernar del todo a los demás. Los dirigentes anarcosindicalistas querían congelar la situación revolucionaria existente. Si a esto se le llama dualidad de poderes es porque no se entiende que la dualidad comporta una lucha feroz y sin cuartel, entre dos polos opuestos, por destruir al poder rival[61]. En el caso de Cataluña era más adecuado hablar de una duplicidad y complementariedad de poderes entre algunas consejerías del gobierno de la Generalidad y el CCMA, en ocasiones molesta, ineficaz e irritante para todos. La amenaza de García Oliver contra la formación del gobierno Casanovas no deseaba otra cosa que el mantenimiento de esa duplicidad. La participación anarcosindicalista en las tareas de gobierno a través del CCMA resultaba insatisfactoria. Pero nadie se atrevía a plantear aún, a una militancia libertaria armada, la entrada directa en el gobierno. Cuando la realidad choca con los principios, éstos suelen quebrar.

Mientras tanto, el CCMA creó el Consejo de la Escuela Nueva Unificada (27/07/1936), la comisión de industrias de guerra (07/08/1936), las

---

60 Comité Regional de la CNT, Comités Peninsular y Regional de la FAI, Comité regional de las Juventudes Libertarias, Federación Local de la CNT, Federación Local de Grupos Anarquistas, Comité de Investigación de la CNT-FAI, y todos los representantes de las federaciones comarcales y locales, y quienes ejercían cargos de responsabilidad en el CCMA (y más tarde en el gobierno).

61 No cabe más que recordar la fase que transcurrió entre la revolución de febrero y la de octubre en la Rusia de 1917. Sólo un profundo desconocimiento de lo que realmente sucedió en Cataluña ha llevado a algunos historiadores a efectuar una comparación histórica, desafortunada, entre el caso ruso y el catalán, que les permite hablar erróneamente de una dualidad de poderes entre el CCMA y la Generalidad.

Patrullas de Control (11/08/1936) y el Consejo de Economía (11/08/1936). Se iba hacia una especialización exclusivamente militar del CCMA. En realidad se estaba produciendo un proceso de integración en la maquinaria gubernamental de todas las iniciativas revolucionarias. Todas estas comisiones mixtas tenían un elevado grado de autonomía y de decisión, además de contar con una notable presencia obrera, incluso en la presidencia y dirección, pero siempre encuadradas orgánicamente en las distintas áreas del gobierno de la Generalidad, que iba adquiriendo prestigio, presencia y parcelas de poder, en permanente detrimento del CCMA y de los comités revolucionarios. El caso más notable fue el de la comisión de industrias de guerra, en la que Tarradellas supo reunir un equipo de técnicos profesionales, como el coronel Jiménez de la Beraza, el comandante de aviación Miguel Ramírez y el capitán de artillería Luís Arizón, que junto a obreros altamente cualificados, como el metalúrgico Eugenio Vallejo,[62] pionero en las tareas de creación de una incipiente industria de guerra desde el 20 de julio, que aportaban la colaboración y entusiasmo de los distintos sindicatos y comités, consiguieron levantar de la nada más absoluta una industria de guerra, que alcanzó una notable producción bélica en apenas unos meses.

El Consejo de Economía

El Consejo de Economía tenía como objetivo «estructurar y normalizar convenientemente la economía catalana», tal y como afirmaba el decreto de la Generalidad del 11 de agosto de 1936, que aprobaba su creación. Era un órgano de colaboración de clases entre las distintas fuerzas antifascistas participantes en el CCMA, en una situación revolucionaria

62 Había recibido el 20 de julio el encargo por parte de Durruti de la creación de una industria de guerra. Vallejo inició una coordinación de los sindicatos, metalúrgico y de químicas, con la minería de Sallent, y la transformación de la producción industrial civil en una industria de producción bélica. La colaboración del cenetista Vallejo con Tarradellas se mostró eficaz a medio plazo, pero implicaba la sumisión de la vía revolucionaria inicial al gobierno de la Generalidad.

dominada por la hegemonía política y militar de la CNT, y tenía el objetivo de encauzar, controlar, legislar y anular, o minimizar, en lo posible la metódica expropiación de la burguesía, que estaba realizando el proletariado. Fue el punto de partida de la contrarrevolución para recuperar las funciones perdidas por el aparato estatal, convirtiendo primero las expropiaciones en colectivizaciones, que no eran más que una apropiación de las empresas por sus trabajadores, propias de una especie de «capitalismo sindical»,[63] para acabar estableciendo un rígido control de la economía catalana, planificada, centralizada y dirigida por la Generalidad. De este modo se dio una evolución paralela, de carácter legislativo, pero también de control efectivo de las empresas por la Generalidad, que desde el Plan de Transformación socialista (17/08/1936) finalizó con el Decreto de Colectivizaciones y Control Obrero (24/10/1936), que imponía a las empresas colectivizadas un interventor nombrado por el gobierno de la Generalidad. La explicación del Decreto de Colectivizaciones, y su exposición e imposición a la clase obrera se realizó en las jornadas de la Nueva Economía del 5 y 6 de diciembre de 1936, y aunque se intentó presentar esas jornadas como una especie de asamblea obrera con poder de decisión, nada más alejado de la realidad.

La tan mitificada autogestión de las colectivizaciones no fue más allá de un capitalismo de gestión sindical y planificación estatal, contra el que los obreros industriales de Barcelona se enfrentaron en la primavera de 1937, oponiendo la socialización.

Las patrullas de control

Ya en las semanas anteriores al alzamiento militar el grupo Nosotros había organizado unas patrullas de requisa, que habían inspeccionado las iglesias para preparar su saqueo, con la finalidad de obtener dinero, metal y obras de arte con las que comprar armas en el extranjero.[64]

---

63 Que pagaban además impuestos a la CNT-FAI, que Comorera abolió en febrero de 1937.

64 MIR, Miquel: «Entre el roig i el negre». Edions 62, Barcelona, 2006.

Esas patrullas de requisa entraron en acción el mismo 19 de julio y tuvieron una actividad frenética durante las primeras semanas. La atomización del poder, el acuartelamiento de las fuerzas de orden público, la ausencia de control y de coordinación por parte del CCMA, hizo que Barcelona viviera una oleada de saqueos y terror, como continuación natural de la lucha callejera contra el alzamiento militar. Se dio una especie de extensión de la guerra social en la que el clero, burguesía y derechistas eran un enemigo a perseguir y abatir por patrullas de hombres armados, no sometidos a ninguna autoridad, que se defendían de un paqueo que duró toda una semana. El 28 de julio la CNT-FAI publicó un serio aviso de que se fusilaría a todos los perturbadores del orden que se tomaran la justicia por su mano. Y de hecho se fusiló a algunos destacados militantes,[65] además de diversos delincuentes y oportunistas. Para atajar este desorden social el CCMA creó el 11 de agosto las Patrullas de Control, concebidas como una policía revolucionaria.

Las Patrullas de Control tuvieron una vida más larga que el Comité Central, ya que no fueron disueltas hasta primeros de junio de 1937, algo después de los sucesos conocidos como «Los Hechos de mayo» de 1937.

Estaban constituidas por once secciones, distribuidas por todos los barrios de Barcelona. Totalizaban, en sus inicios, setecientos hombres, más once responsables, uno por cada sección. Vestían un uniforme, compuesto por cazadora de cuero con cremallera, pantalones de pana, gorra miliciana y pañuelo rojinegro, llevaban una credencial identificativa, e iban armados. Algunos de ellos procedían de las patrullas de requisa y otros de los comités de defensa, aunque muchos de éstos se mostraron reacios a ejercer de «policías» por cuestiones ideológicas, dando entrada a nuevos elementos inseguros. Por otra parte, sólo la mitad aproximada de los patrulleros tenía carné de la CNT, o eran de la FAI; la otra mitad estaba afiliada al resto de organizaciones componentes del CCMA: POUM, ERC y PSUC, fundamentalmente.

---

65 Véase Peirats, p. 175.

Las Patrullas de Control dependían del Comité de Investigación del CCMA, dirigido por Aurelio Fernández (FAI) y Salvador González (PSUC), que sustituyó a Vidiella. Su sección Central estaba en el número 617 de la Gran Vía, donde estaban los dos delegados de Patrullas, esto es, José Asens (FAI) y Tomás Fábregas (Acció Catalana). La nómina de los patrulleros, de diez pesetas diarias, era abonada por el gobierno de la Generalidad. Aunque en todas las secciones se hacían detenciones, y algunos detenidos eran interrogados en la antigua Casa Cambó, la prisión central estaba en el antiguo convento de monjas clarisas de San Elías. El jefe de la prisión se llamaba Silvio Torrents «Arias» (FAI), delegado de la patrulla central. En San Elías se había constituido un tribunal, creado por las mismas Patrullas de Control, sin el consentimiento formal de ninguna organización, que tenía la misión de juzgar a los detenidos de forma rápida. Este tribunal estaba formado por los patrulleros Riera, hermanos Arias, Aubí y Bonet, de la FAI; África de las Heras y Salvador González, por el PSUC; Coll de ERC y Barceló del POUM. El funcionamiento de este tribunal era absolutamente autónomo e independiente del CCMA, cualquier organización o la Generalidad. Estaba dirigido por Aurelio Fernández, Manuel Escorza, Vicente Gil («Portela»), Dionisio Eroles y José Asens. Los detenidos eran interrogados someramente, sin garantías judiciales de ningún tipo.

Las Patrullas de Control contaban, en el momento de su creación, con las siguientes secciones: primera, o Casco Viejo, en la calle Ancha 31, delegado Miguel Lastre. Segunda, en el cruce de Aragón-Muntaner (Aragón 182). Tercera, abarcaba la Barceloneta y la Estación del Norte. Cuarta, comprendía los barrios obreros de Poble Sec y Can Tunis. Quinta, de los barrios obreros de Sants y Hostafrancs, en el Orfeó de Sants, en la calle Galileo; su delegado era «Mario» (FAI). Sexta: los barrios de clase alta de Bonanova y Pedralbes, en la calle Muntaner. Séptima: Gracia y San Gervasio, en la calle Balmes. Octava: en el barrio obrero de El Clot; el delegado era Oliver (FAI). Novena: en el barrio obrero de San Andrés y su delegado se llamaba Pérez (FAI). Décima: en Horta. Undécima: en el Ateneo Colón, en la calle Pedro IV, número 166, en el barrio obrero de Pueblo Nuevo. El delegado

era Antonio López (FAI). Compartían su sede con las Patrullas de San Adrián. Los patrulleros no tenían más limitaciones, claramente expresadas, que el respeto de la masonería y de los consulados.[66]

Aurelio Fernández tenía el control efectivo de las fronteras. Rivalizaba con Pons (ERC) en la concesión y control de pasaportes y permisos. Aurelio había delegado en Vicente Gil («Portela») el control de puertos y aeródromos.

Aurelio Fernández trabajaba estrechamente relacionado con Manuel Escorza, el auténtico cerebro que dirigía, coordinaba e informaba al resto de cargos «policiales» cenetistas: José Asens, delegado de Patrullas de Control y Dionisio Eroles, secretario del Consejo de Obreros y Soldados, organismo creado para depurar a los militares y las fuerzas policiales de dudosa fidelidad.

Manuel Escorza del Val era el responsable de los Servicios de Investigación e Información de la CNT-FAI, organismo que no dependía del CCMA, sino de los comités regionales de la CNT y de la FAI, esto es, era un organismo libertario que, en línea con la propuesta de Escorza en el Pleno del 21 de julio, pretendía crear una fuerza armada autónoma e independiente, capaz algún día de «dar la patada» al gobierno de la Generalidad. La patrulla central de investigación, que estaba a sus órdenes, hizo de San Elías, que ya era la prisión central, común a todas las Patrullas de Control, una fortaleza, un centro de poder, un cuartel general y la sede del tribunal de las Patrullas.

Este Servicio de Investigación de la CNT-FAI, ejercía labores de información y espionaje, incluso en Francia, donde Minué, cuñado de Escorza, constituyó una eficiente red de información.

Manuel Escorza del Val, instalado en el ático de la antigua Casa Cambó, se había incautado de los archivos de Fomento del Trabajo y de la Lliga, que le proporcionaron muchos nombres, datos, relaciones y direcciones, con los que hizo una eficiente labor de represión de derechistas, del clero y de individuos desafectos al «nuevo orden revolucionario», elaborando casi a diario para las Patrullas de Con-

---

66 Entrevista a Miquel Mir en «Quadern», suplemento en catalán de «El País» (27 julio 2006).

trol del CCMA, o los distintos comités de investigación ácratas, no sólo de Barcelona sino de toda Cataluña, unas fatídicas listas de las personas que debían ser detenidas e interrogadas, sin apenas más alternativa que la de ser liberadas o ejecutadas. Fue Escorza, por ejemplo, quien desveló el escándalo y la trama de la conspiración de Casanovas contra Companys, en noviembre de 1936.

Salvador González estableció en el Hotel Colón y el Círculo Ecuestre una prisión y una red represiva del PSUC, similar a la de Escorza, con la ayuda de Olaso, Rodríguez Sala, Africa de las Heras y Sala. Soler Arumí, de ERC, hizo lo propio en el Centro Federal del Paseo de Gracia.

Estos organismos represivos no mantenían ninguna relación, ni subordinación, con la Generalidad o el CCMA, ni siquiera con sus propias organizaciones. Esta autonomía de las fuerzas represivas, que les permitía actuar con total independencia, sin tener que dar justificaciones a nadie, degeneró, tanto por parte de los cenetistas como del PSUC, POUM y ERC, en abusos y arbitrariedades innecesarias e injustificables. Los «paseos» de curas, burgueses y derechistas se hicieron habituales, sobre todo en la carretera de la Arrabassada, el Morrot, Can Tunis, Somorrostro, Vallvidriera o Tibidabo; y más tarde en el cementerio de Moncada. La petición y obtención de dinero, oro o joyas a cambio de dejar en libertad a personas detenidas[67] por ser miembros del clero, o derechistas, era absolutamente odiosa, reprobable y corrupta. Debe diferenciarse la labor policíaca y represiva contra el «nuevo orden revolucionario», propia de cualquier régimen, de la corrupción que supuso actuar en beneficio propio de los patrulleros y sus dirigentes, que se acentuó a medida que se afianzaba una perspectiva de derrota de los republicanos en la guerra.

Durante sus dos primeros meses de existencia las Patrullas generaron un clima de alarma social, e inseguridad, por su arbitrariedad y multiplicidad, ya que existían las patrullas del CCMA, las de cada

67 El obispo Irurita fue liberado por altos responsables de San Elías a cambio de joyas. Cuando los patrulleros conocieron días después la identidad del liberado se disgustaron profundamente. Véase «Quadern», suplemento en catalán de «El País» (27 julio 2006).

organización y las propias de cada barrio (o localidad), fábrica o barricada. Con posterioridad, la lucha intestina entre los antifascistas, esto es, del PSUC y ERC contra la CNT, atribuyó la exclusiva de la represión de los primeros meses sólo a los anarquistas, olvidando la ejercida por ERC y el PSUC, que después de mayo instauraron en Barcelona el omnipresente terror del Servicio de Investigación Militar (SIM).[68]

Las Patrullas de Control fueron el intento fallido del CCMA de canalizar el desorden público dominante. No sólo se constituyeron como una indeseable policía política del CCMA, sino que además actuaron paralelamente a las patrullas de la policía política de cada organización; y en competencia con las patrullas armadas de los milicianos de los comités de defensa, que no estaban sometidos a más autoridad que la del propio comité de barrio, local o de fábrica, que seguían controlando meses después de julio las barricadas, y que por su cuenta y riesgo también efectuaban requisas, incautaciones y «paseos», que les permitían autofinanciarse e incluso comprar armas al extranjero.[69] Eran milicianos o patrulleros autónomos, de todas las organizaciones o de ninguna, que no estaban encuadrados en las Patrullas de Control del CCMA, y que podían llevar, o no, los detenidos y/o lo incautado a San Elías, aunque a menudo aplicaban la justicia directamente, a su modo y entender. En estas condiciones, nadie podía diferenciar claramente, ni mucho menos controlar, o dirigir, los límites entre el necesario terror de clase, ese ambiguo «nuevo orden revolucionario» del CCMA, o la mera delincuencia, con el consiguiente descrédito para quienes deseaban impulsar las «conquistas revolucionarias» y extender la guerra social. De nuevo nos encontramos ante una ato-

68 Véase GUILLAMÓN, Agustín: «La NKVD y el SIM en Barcelona. Algunos informes de Gerö sobre la Guerra de España». «Balance» núm. 22 (noviembre 2001).

69 «Sería conveniente que nos proporcionáramos armamento, pequeño pero bueno, que para la defensa de la revolución es el más necesario. El Comité de defensa se queja de la tardanza de llegar el material a Barcelona y expone: Que hay muchos grupos de barriada, que independientemente, se proporcionan todo lo que necesitan del extranjero, más barato y más rápido». En «Reunión de comités, celebrada el día 6 de octubre de 1936».

mización del poder, imperante en el verano de 1936: patrullas del CCMA; patrullas de la CNT-FAI, del POUM, del PSUC y de ERC; patrullas de cada comité de defensa, de cada localidad, de cada fábrica, de cada barrio, y hasta de cada barricada; todas autónomas y autofinanciadas, actuando de forma paralela, sin tener que responder ante ninguna autoridad central o ajena a ellas mismas.

El fracaso militar del CCMA y su lucha contra los comites

Con la formación de todas estas comisiones y Consejos (de Economía, de Abastos) el CCMA se transformaba progresivamente en un organismo especializado exclusivamente en competencias de Defensa y Orden público, que le alejaban cada vez más de cualquier pretensión de constituir un gobierno revolucionario capaz de sustituir al gobierno de la Generalidad. Sin embargo, esa negativa a convertirse en un gobierno revolucionario conducía irremediablemente al fracaso en la pretensión de hacer del CCMA un organismo de dirección y centralización de la guerra contra el fascismo, por la incapacidad política de este organismo para convertirse en el único organizador y dirigente del nuevo ejército. Las improvisadas milicias se constituyeron sin un órgano de dirección único. En lugar de levantar un ejército proletario único, las columnas milicianas se formaron en torno a los distintos partidos y sindicatos, como ejércitos propios de cada organización, con los consiguientes problemas de coordinación, homogeneización y centralización. Esta estructura fue fácilmente utilizada pocos meses después por los stalinistas y el gobierno de la Generalidad para afianzar el avance contrarrevolucionario. Pero si los dirigentes cenetistas habían renunciado a una dictadura anarquista, ¿cómo iban a imponer un ejército anarquista? Por otra parte, la ausencia de teoría revolucionaria, de programa y de perspectivas, condujeron a los líderes anarquistas, desbordados por las iniciativas revolucionarias de los comités de base, a una constante improvisación, que unida a una visión optimista de que la guerra iba a durar sólo unas semanas, impidió a los comités superiores de la CNT valorar el alcance futuro

de sus erróneas decisiones. El CCMA renunciaba así también a su principal objetivo al constituirse: crear las milicias obreras de voluntarios, abastecerlas y dirigir la guerra. La crónica falta de armamento y municiones que se repartían, no en los frentes y columnas donde se necesitaban, sino allí donde los dirigentes de los partidos decidían, según sus afinidades ideológicas, fue utilizada para desprestigiar a las milicias rivales, en beneficio de las propias. La consigna de «ir a por el todo después de tomar Zaragoza» se volvía contra sus promotores, puesto que si no se tomaba Zaragoza no habría intentona golpista de los anarquistas, esto es, no debía darse armas a las milicias anarquistas. La incapacidad para imponer un mando único en las milicias ocasionó graves deficiencias en su organización y funcionamiento, puesto que no existía una mínima coordinación y planificación de las operaciones militares entre las distintas milicias del mismo frente.

El CCMA fracasó pues también en el campo militar. La única función que cumplió adecuadamente, y que era la deseada explícitamente por todos sus componentes, a excepción del POUM y los anarquistas, fue la de salvaguarda y fortalecimiento del gobierno de la Generalidad, y que en todo caso fue su principal objetivo desde primeros de septiembre, cuando el CCMA aprobó su propia disolución. Los constantes errores del CCMA fueron una ocasión que tanto Generalidad, como stalinistas y ERC, supieron aprovechar a fondo. El 24 de octubre el Decreto de militarización de las milicias ponía las bases del ejército burgués de la República. A los milicianos sólo les quedaba resistir una militarización inevitable, que en marzo de 1937 era ya una realidad.

Mientras tanto, la situación revolucionaria en la calle era indiferente a las consignas de colaboración impuestas por los dirigentes anarcosindicalistas. El poder atomizado de los distintos Comités Locales se extendió por toda Cataluña, con distintos grados de poder y autonomía, que alcanzaban en algunos lugares un nivel de ruptura absoluta con la legalidad republicana y el equilibrio existente, en Barcelona, entre la Generalidad y el CCMA. Así en Lérida la CNT, el POUM y la UGT se habían hecho con el gobierno de la ciudad y habían constituido un Comité Popular, que excluía a las fuerzas republicanas con la intención de constituir un poder basado sólo en las

organizaciones obreras. Tanto Josep Rodés (POUM), que ocupaba el cargo de comisario público, como Joaquín Vila (UGT), que ejercía el de delegado de la Generalidad, usurpaban esos cargos en beneficio del Comité Popular de Lérida, al que se sumaba el ejercido por Francisco Tomás (FAI) en el nuevo Comité de Información Popular. Esos comités revolucionarios locales se habían constituido en auténticos estados-ciudad, o comités-gobierno,[70] estableciendo multas y tributos, enrolando milicianos para el frente, formando patrullas de control para imponer su autoridad, realizando obras públicas financiadas con impuestos revolucionarios para resolver el paro masivo, imponiendo un nuevo modelo educativo racionalista, incautando alimentos, etcétera. Los ayuntamientos habían sido sustituidos por esos comités locales, arrebatando a la Generalidad la menor influencia. En toda Cataluña, sin consigna alguna por parte de la CNT, se procedió a una metódica expropiación de las fábricas y propiedades de la burguesía, las iglesias y conventos, al tiempo que el CCMA hacía en Barcelona un reparto entre las distintas organizaciones de los cuarteles, imprentas, diarios y algunos edificios y hoteles. Las consignas del CCMA eran acatadas por los comités si no eran contrarias a los intereses revolucionarios, pero encontraban enormes resistencias cuando se consideraba que eran fruto del compromiso con la burguesía y el gobierno de la Generalidad. Al mismo tiempo el CCMA tenía que contar con esos comités locales si quería que se hicieran realidad sus mandatos. El conflicto interno de los dirigentes de la CNT-FAI, entre los partidarios y los contrarios a la colaboración, se extendía a las problemáticas relaciones entre el Comité Central y los organismos revolucionarios locales. El gobierno de la Generalidad se limitaba a legalizar la realidad social y económica de las colectivizaciones y «conquistas revolucionarias», como único medio de ir adquiriendo un prestigio y aceptación del que carecía. El CCMA apenas podía gobernar, ni disponer nada, fuera de la ciudad de Barcelona, sin la aceptación y colaboración de los comités locales o los sindicatos.

70 La expresión es utilizada por Munis en «Jalones de derrota, promesa de victoria».

La debilidad de éstos radicaba en la imposibilidad de consolidarse como un auténtico poder alternativo, a escala de toda Cataluña, sin el apoyo coordinador y centralizador de una organización obrera,y mucho menos en contra de todas las organizaciones existentes.

CCMA y Generalidad coincidieron en su política de reafirmación de los antiguos ayuntamientos frente a los comités revolucionarios locales, que fue desarrollada con gran efectividad por el departamento de Milicias Comarcales, dirigido por Josep Miret y Joan Pons. Este departamento sustrajo a los comités locales el reclutamiento y organización de los milicianos, que habían ejercido espontáneamente durante las primeras semanas, atribuyéndola a las comisiones comarcales, basadas en la nueva división territorial de Cataluña. Esta estructura comarcal facilitaba la sumisión de los distintos comités locales, que debían enviar una delegación, alejada de la presión revolucionaria local. Así pues, el CCMA no sólo no fue un gobierno revolucionario que coordinara los comités locales, sino que vio en éstos una merma de su autoridad. Y los líderes anarquistas no sólo apoyaron el fortalecimiento de la Generalidad, sino que además se felicitaban del debilitamiento de los comités locales. Por esto dejaron hacer a Miret del PSUC y a Pons de ERC. Era otro grave error de los dirigentes cenetistas, porque el debilitamiento de los comités locales segaba la base real que sustentaba el poder de la CNT fuera de la ciudad de Barcelona. En Barcelona, los comités de defensa, en los que se enraizaba el poder real del CCMA, se instalaron en casi todos los barrios y en algunos edificios incautados, entre los que destacaban el Hotel número 1 de la Plaza de España, los Escolapios de la Ronda de San Pablo, estación de Francia, estación del Norte, y comités de defensa de la Barceloneta, Pueblo Nuevo, San Andrés y avenida Gaudí, entre otros.

Las actas del CCMA y el debate sobre su disolución

Según cuenta Joan Pons Garlandí, en sus memorias, pueden diferenciarse dos etapas en el CCMA, que coinciden con su sede en la Escuela

de Náutica, junto a Gobernación, en Plaza Palacio, y su traslado[71] a finales de julio al edificio de Capitanía en el paseo Colón. Durante la primera fase no se levantaron actas, o no han sido localizadas hasta el día de hoy. En la segunda, Miravitlles se encargó de redactarlas, hasta que se nombró un secretario de actas. Nos han llegado incompletas.[72]

Las reuniones nocturnas del CCMA solían celebrarse cada dos días, muy tarde, para que pudieran asistir la mayoría de miembros, que desempeñaban distintos cargos que les absorbían la jornada. Solían ser un tanto caóticas y desorganizadas. Se resolvían los problemas sobre la marcha, improvisando. Algunos miembros, como García Oliver, Rovira y Vidiella, exhibieron al principio sus dotes oratorias, con larguísimos, vacuos y aburridos discursos que no interesaban a nadie, por lo que ni siquiera se levantaba acta. Todos iban fuertemente armados y hacían ostentación de sus enormes pistolones. Las amenazas de Durruti a Miravitlles, recordándole su autoría de un artículo en el que hacía una equivalencia entre faístas y fascistas, o el desplante de García Oliver a Companys, crearon en las primeras reuniones cierto clima de tensión, que desapareció definitivamente con el traslado al edificio de Capitanía.

Con cierta frecuencia asistían personas ajenas al CCMA, como técnicos, informadores o asesores. Los acuerdos solían alcanzarse por unanimidad. Las discrepancias fueron recogidas en las actas, hasta que en la reunión del 6 de septiembre se decidió dar sólo cuenta del acuerdo final.

Desde finales de julio de 1936, David Antona, secretario interino del Comité Nacional de la CNT, en Madrid, había recibido ofertas del gobierno Giral para colaborar con el gobierno republicano y el resto de fuerzas antifascistas, que fueron discutidas en el Pleno Nacional de Regionales, reunido en Madrid el 28 de julio.[73] En esa reunión los repre-

71 Véase BALIUS, Jaime: «En el nuevo local del CCMA». «Solidaridad Obrera» (23 agosto 1936).

72 He podido consultar las siguientes Actas del CCMA: 3 y 31 de agosto de 1936; 2, 3, 4, 6, 8, 10, 12, 14, 16, 18, 19, 20, 21, 23 y 25 de septiembre de 1936.

73 «Informe de la delegación de la CNT al Congreso Extraordinario de la AIT y resolución del mismo». diciembre 1937, p. 96.

sentantes de la regional catalana volvieron a enzarzarse en un debate a favor o en contra de tomar el poder. Rechazada la opción de implantar el comunismo libertario, con el argumento de que la CNT era minoritaria fuera de Cataluña, el debate se centró en cómo y desde dónde debía hacerse la colaboración de la CNT con las instancias gubernamentales.

Durante todo el mes de agosto «los notables» anarquistas divagaron sobre el dilema de acabar con el CCMA, sin entrar en el gobierno de la Generalidad, o conservarlo. Existían dos modalidades básicas: la primera consistía en crear comisiones técnicas en las distintas consejerías (ministerios de la Generalidad) como fórmula para controlar sin participar en el gobierno: era el ejemplo de la comisión de industrias de guerra o el Consejo de Economía;[74] la segunda era hacerlo desde los organismos revolucionarios, apoyando formalmente los poderes legales, pero sosteniendo un poder revolucionario que diera una posición real de fuerza: era el ejemplo de las Patrullas de Control, los comités de defensa y el comité de investigación del CCMA, coordinados y dirigidos por Manuel Escorza desde el Comité de Información e Investigación de la CNT-FAI, que dependía exclusivamente del Comité Regional de la CNT y del Comité Peninsular de la FAI.

El 3 de agosto[75] en un acta firmada por Jaime Miravitlles, como secretario del CCMA, se tomaron diversos acuerdos se carácter menor, como la incautación de las fábricas Elizalde y Anet; la formación de un parque de municiones en Lérida, con sucursales en Caspe y Monzón; la felicitación a la columna Durruti «por su disciplina y sentido de la organización»; la aprobación de informar por escrito a la Federación Local de Sindicatos de todas las decisiones de carácter general tomadas por el CCMA; el envío de un delegado para controlar la fabricación de bombas en Reus; la selección de oficiales leales de una lista presentada por la Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA); el

74 Sobre el Consejo de Economía puede consultarse el libro de CENDRA, Ignasi: «El Consell d´Economia de Catalunya (1936-1939)». Publicacions Abadia Montserrat, 2006.

75 Govern de la Generalitat de Catalunya. Comité de Milícies Antifeixistes : «Acords presos en la reunió del CC de les MA en el dia 3 d´agost del 1936».

nombramiento de Jiménez de la Beraza y los hermanos Guarner como elementos técnicos del Estado mayor de las Milicias; etcétera.

Ya el 17 de agosto durante la celebración de un Pleno de Locales y Comarcales de la CNT se tomó la decisión de disolver el CCMA, aunque sin hacerlo público todavía a la militancia confederal.[76] La explicación que se daba de las resoluciones adoptadas en este Pleno, en el Informe de la delegación de la CNT al Congreso Extraordinario de AIT, no ofrecía dudas: «Se consideró que para evitar la duplicidad de poderes que constituía el CCMA y el Gobierno de la Generalidad, debía desaparecer aquél y constituirse el Consejo de la Generalidad de Cataluña, desarrollando unas más positivas actividades sin la cortapisa del choque de poderes y para que terminara el pretexto de las democracias de no ayudarnos "porque mandaban los anarquistas"».[77] Se trataba de sustituir, en breve, al CCMA por un sistema de comisiones técnicas, adjuntas a las consejerías, y de limitar las competencias del CCMA a las cuestiones militares. Este acuerdo fue ratificado el 21 de agosto en un Pleno regional de grupos anarquistas.[78] Por fin, a finales de agosto, se celebró un Pleno secreto del Movimiento Libertario de Cataluña. García Oliver, cansado de que se eternizaran las discusiones, gritó a los asistentes «O bien colaboramos, o bien imponemos la dictadura: ¡escoger!».[79] El Pleno debía decidir sobre la invitación, surgida de las numerosas conversaciones entre Companys y Marianet, de que la CNT participara en el «Consejo» de la Generalidad. El Pleno finalmente decidió la entrada de la CNT-FAI en el gobierno de la Generalidad.[80]

El 31 de agosto[81] a las 23:30 horas se reunió un plenario del CCMA al que asistieron la mayoría de miembros y delegados. García Matas

76 POZO, op. cit., p. 236.

77 «Informe de la delegación de la CNT…» p. 97.

78 POZO, op. cit, p. 237.

79 LORENZO, César M. (César Martínez era hijo de Horacio Martínez Prieto): «Los anarquistas españoles y el poder». Ruedo Ibérico, París, 1969, p. 98.

80 LORENZO, César M., op. cit., p. 99-100.

81 Comité Central de les Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Resum de la reunió del dia 31 d´agost del 1936».

informó de la situación de las fuerzas republicanas en Mallorca. Avisó que el enemigo dispondría en breve de seis aparatos más de caza, que amenazaban no sólo a las Baleares, sino también a Barcelona y Valencia. Creía que el enemigo preparaba una fuerte ofensiva en Mallorca. Jiménez de la Beraza, reforzado luego por Marcos Alcón, insistieron en la necesidad de ultimar el asalto a Huesca para dedicar el escaso material de guerra disponible a las operaciones de Mallorca. Vidiella señaló la importancia internacional de la campaña de Mallorca.

En el siguiente plenario del CCMA, reunido el 2 de septiembre,[82] Aguadé informó sobre lo ocurrido con el barco-hospital «Marqués de Comillas», ampliando la información que se tenía en la reunión anterior, sobre su avería por bombardeo. Miret propuso, y así se acordó, que se ordenara al capitán Bayo que sacara al Estado mayor y todo el material de guerra del citado barco, y que permaneciera sólo como hospital.

Miret informó sobre los acontecimientos de Lérida referentes a la sustracción de víveres, armas y municiones. Se abrió una amplia y enconada discusión en la que intervinieron Aurelio Fernández, Gironella (POUM), Abad de Santillán, Artemi Aguadé, Marcos Alcón, Torrents, Fábregas, Vidiella, Asens y otros. Se llegó a la conclusión que la sustracción era debida a deficiencias de todos, tanto de Lérida como de Barcelona, y que las irregularidades denunciadas ya habían desaparecido con las nuevas medidas tomadas por las Comisiones de Guerra, Abastos y Sanidad. Se anunció que ya se había recuperado una parte de las armas sustraídas. Y se acordó que la Comisión de Guerra, ampliada con representantes de todas las organizaciones que forman el CCMA, acompañada de un fuerte contingente de milicianos armados, recorrería los pueblos de toda Cataluña para recoger todas las armas y municiones que encontraran. En cuanto a la composición del Comité de Milicias de la ciudad de Lérida[83] se acordó requerirles

82 Comité Central de les Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Resum de la reunió del dia 3 de setembre del 1936».

83 Que estaba formada sólo por representantes obreros del POUM, UGT y la CNT-FAI.

para que diesen entrada a representantes de ERC. A sugerencia de los compañeros de Lérida, el CCMA acordó que la Comisión de Guerra se trasladara a aquella ciudad, estratégica para el frente de Aragón, con el propósito de resolver los graves problemas que la acuciaban, referentes al envío de tropas, armas y resto de material.

José Asens propuso, y obtuvo, la desaparición de todos los sellos especiales de Milicias, y secciones del Comité Central, para evitar abusos, y que sólo existiera un sello único del CCMA.

Marcos Alcón informó de los problemas que suponía para la Comisión de Transportes la necesidad de requisar constantemente autos y camiones, exponiendo los abusos de las distintas organizaciones y corporaciones públicas, que disponían de coches en número excesivo. Se acordó conceder plenos poderes a la Comisión de Transportes para requisar todos los coches particulares de Barcelona y los camiones que necesitase, así como a retirar los coches que las organizaciones, entidades y corporaciones públicas utilizaran en exceso.

Asens informó del insuficiente número de patrulleros que existían para atender el volumen de servicios que se le demandaban. Entendía que todas las guardias de las Milicias, incluidas las de Capitanía, las habían de prestar las Patrullas de Control, que además tenían que actuar conjuntamente con las de Investigación. Aguadé entendía que era necesario motorizar las Patrullas, y que era necesario depurar los elementos que formaban las secciones. Se acordó aumentar el número de patrulleros, que debería ser concretado por la Comisión, y que las patrullas de Investigación formasen parte de las Secciones de Patrullas, así como proceder a la depuración del personal de todas las secciones.

Asens propuso además la necesidad de acometer una investigación en Caspe sobre la actuación de Antonio Ortiz,[84] a lo que se opuso Aurelio Fernández porque entendía que no había lugar para atender una sugerencia que no había llegado por conducto del CCMA.

A propuesta de Miret y de Fernández se acordó llevar a la próxima reunión un proyecto para regular las investigaciones, y que éstas no pudieran ser autorizadas con otro sello que no fuera el del CCMA.

84 Antonio Ortiz era el delegado de la Columna Ortiz o Sur-Ebro.

Lluís Prunés propuso, y así se acordó, que todas las recaudaciones, suscripciones, festivales y donaciones en favor de las milicias fueran controlados por el CCMA.

Todos los acuerdos fueron tomados por unanimidad, y la sesión se levantó a las tres de la madrugada del día tres.

El 3 de septiembre se celebró en Madrid un pleno nacional de federaciones regionales para discutir la oferta de Largo Caballero de nombrar ministro confederal a Antonio Moreno, que había sido aceptada «provisionalmente» por éste y el secretario nacional interino David Antona. El Comité Nacional, apoyándose en los acuerdos del reciente pleno de Cataluña, en el que se había aprobado la participación de la CNT en el «Consejo» de la Generalidad, se declaró partidario de entrar en el gobierno de Largo Caballero. Pero los delegados rechazaron la proposición. Tras largos debates se llegó a un compromiso, consistente en el apoyo de la CNT al nuevo gobierno y en la formación en cada Ministerio de una comisión auxiliar formada por representantes de la CNT. El 4 de septiembre se anunciaba en la prensa la formación del primer[85] gobierno del socialista Largo Caballero, sin ningún representante cenetista. El día 8 Largo Caballero rechazaba la propuesta de las comisiones auxiliares, pero dejaba abierta la oferta ministerial.[86]

A las 23:45 del día 4 de septiembre[87] se volvió a reunir el CCMA, con asistencia de la mayoría de delegados. Giménez de la Beraza informó del material de guerra disponible para atender a los frentes de guerra. Señaló la falta de cartuchería y la conveniencia de proceder a la requisa de existencias en toda Cataluña, así como a la fabricación de pólvora, en cuya preparación eran necesarios dos meses, con los problemas inmediatos que ese espacio de tiempo acarreaba. Dio cuenta de las gestiones realizadas en el extranjero y de las posiciones de los distintos gobiernos «ante nuestra lucha contra el fascismo».

---

85 Que sustituía al gobierno presidido por el republicano Giral.

86 LORENZO, César M.: op. cit., p. 180-181.

87 Comité Central de les Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Resum de la reunió del dia 4 de setembre del 1936».

Aurelio Fernández explicó que la Sección de Investigación estaba «procediendo a la requisa de armas y municiones, de las que algunas organizaciones ya han hecho entrega», añadiendo que «hay que encontrar y recoger todas las que hagan falta».

Guarner informó que la toma de Huesca «depende de un millón de cartuchos».

García Oliver informó que la retirada de Mallorca se había hecho «sin conocimiento del Comité» y que se debía al fuerte bombardeo del enemigo y a la intromisión del gobierno de Madrid, «que la ha ordenado sin comunicar nada a Cataluña».

Prunés comunicó que el capitán Bayo «había sido requerido por el Comité del barco "Jaume I", en nombre del Comité de la Escuadra y del Gobierno de la República, para abandonar Mallorca con todos los hombres y material para ir a Málaga, dándole dos horas de tiempo para decidir y cuarenta y ocho para salir».

González denunció que algunos de los milicianos que habían llegado explicaban que hubo un fuerte bombardeo y que Bayo ordenó tirar material al mar. Se requirió la inmediata presencia de Bayo y de varios milicianos dispuestos a informar al CCMA.

Aurelio Fernández dio cuenta de unos comunicados recibidos por la CNT de compañeros destacados en Zaida, pidiendo que se abra una investigación de lo ocurrido en Belchite «con motivo de la retirada de la Columna Ortiz». Santillán dijo que de tales informaciones y documentación no se desprendía «ninguna acusación concreta», pero que interesaba hacer la investigación. García Oliver afirmó que la retirada de Belchite se debió «a la falta de artillería». Se nombró una comisión para abrir la investigación.

Se aprobó el traslado de los depósitos de gasolina de Can Tunis para evitar su bombardeo. Miret (PSUC) y Aguadé (ERC) hicieron referencia a los diversos servicios de frontera que se organizaban mediante iniciativas particulares, sin un efectivo control del CCMA. Aurelio Fernández entendía «que el servicio de fronteras corresponde a la Sección de Investigación y que todo lo que pasa es por defectos de organización», por lo que se acordó que la Sección de Investigación mejorase tal organización, que hubiese un severo control y la

dirección única del CCMA. Del mismo modo, se acordó desautorizar la creación de un hospital que unas denominadas Milicias Alpinas habían organizado por su cuenta en Barcelona, sin autorización del Comité sanitario[88].

La sesión tomó un giro copernicano con la entrada del capitán Bayo en el salón del trono de Capitanía, donde se reunía el CCMA. García Oliver le preguntó por que había prescindido del CCMA, tanto al salir como al volver de Mallorca. Bayo contestó que salió hacia Mallorca después de habérselo pedido un numeroso grupo de milicianos que se le presentó en Aeronáutica, y de acuerdo con el consejero de Gobernación, señor España; y que al regresar había sido llamado por el gobierno de la Generalidad, razón por la que no había podido presentarse antes al Comité. García Oliver insistió en que tenía la obligación de ponerse de acuerdo con el CCMA, «del que depende todo lo que hace referencia a la guerra», porque éste hubiese evitado al menos el mal efecto que ha producido la retirada de Mallorca en la opinión pública.

Bayo continuó dando explicaciones, relató la situación de las tropas y la forma en que se efectuó el embarque. Exaltó la moral y valentía de las tropas a su mando, «que están dispuestas a luchar allí adonde se las envíe». Dio cuentas de que había embarcado todo el material posible y que sólo se destruyó, o lanzó al mar, el material pesado para evitar que el enemigo pudiera aprovecharlo. Leyó el acta, firmada por el comité del «Jaime I» y por el comité de la Escuadra, que le requirieron la retirada en nombre del Gobierno de la República. Aceptó la orden de retirada, para salvar la vida de los milicianos, ya que la aviación enemiga les estaba bombardeando con bombas de cien kilos. Negó haber recibido motos, camiones o cañones, y que si se habían enviado probablemente estarían en Mahón.

88 Se trataba de un forcejeo entre los intereses de la Generalidad, defendidos aquí por PSUC y ERC, y los de la CNT-FAI, sobre el control de las fronteras, y muy concretamente del paso fronterizo de Puigcerdà, que estaba dominado totalmente por Antonio Martín, líder anarquista de la Cerdaña. Al ataque del PSUC-ERC sobre fronteras, respondían los cenetistas atacando el hospital de las Milicias Alpinas, embrión de un ejército catalanista.

Marcos Alcón explicó la forma en que se hicieron las expediciones, al margen del CCMA, y que éste se encontraba ante unos hechos consumados, y que la derrota de Mallorca se debía a la falta de organización. Vidiella pidió el parecer de los técnicos militares. Giménez de la Beraza afirmó que la acción de Bayo «militarmente es una derrota, políticamente un desastre, todo por haber obrado por su cuenta y sin consultar al CCMA, y que el aspecto político es mucho más grave que el aspecto militar». En cuanto al material dijo que se justificaba tirar al mar el pesado, pero no el ligero. Entró un grupo de milicianos, procedentes de la fracasada expedición a Mallorca, militantes de ERC, CNT y UGT, que informó, ratificando las informaciones de Bayo. Tras el informe de Bayo sobre la aviación fascista en Mallorca, García Oliver dio cuentas del acuerdo de Santillán y Sandino con el gobierno de Madrid para enviar cinco mil hombres al frente del Centro. Se acordó que los cuatro mil milicianos llegados de Mallorca salieran el lunes: dos mil al frente de Madrid y dos mil al de Aragón, y que mil guardias nacionales (nuevo nombre dado a los guardias civiles) salieran también con destino a Madrid, y que la guarnición de Mahón regresara a su lugar con el «Ciudad de Barcelona». Todos los acuerdos se tomaron por unanimidad. La sesión se cerró a las 13:45 horas del día 5, tras una reunión maratoniana de catorce horas, en la que se había puesto de manifiesto la incapacidad del CCMA de controlar y dirigir las operaciones militares preparadas en Cataluña.

La operación de Mallorca se había hecho a espaldas del CCMA, organizada por el capitán Bayo, con la asistencia de Companys, apoyado por la UGT (Comorera), y el sindicato del transporte Marítimo de la CNT. Fracasó por la desorganización de la operación y la orden precipitada de retirada dada por el gobierno central. A la falta de material de guerra para el frente de Aragón se sumaban las pérdidas de material en Mallorca, y sobre todo el descrédito del CCMA, incapaz no ya de dirigir todas las operaciones bélicas, sino incluso de enterarse de su existencia. La siguiente reunión empezó el 6 de septiembre[89] a

89 Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Acords presos en la reunió del dia 6 de setembre de 1936».

las 24 horas, con asistencia de la mayoría de los miembros del Comité. En el curso de la reunión se plantearon diversas cuestiones, entre las que figuraban la solicitud del Partido Sindicalista, dirigido por Ángel Pestaña, para ser admitido en el CCMA; sobre la conveniencia de un inmediato ataque a Jaca; nombrar secretario de actas, sin poder de voto, a Llorenç Perramon y que en las actas de las reuniones sólo constasen los acuerdos tomados, sin detallar los debates.

Las actas del 8 de septiembre[90] acordaban la sustitución de Josep Rovira (delegado de la columna Lenin del POUM) por Julián Gorkin. Se aprobaron diversas disposiciones sobre subsidios, prohibición de colectas callejeras, vigilancia del correcto uso de las subvenciones de comedores sufragadas por el CCMA, evitar las colas frente a Capitanía, aumentar a mil seiscientos el número de miembros de las Patrullas de Control y otras decisiones menores. El 10 de septiembre constó en acta la ratificación del acuerdo de disolución[91] del CCMA y la recomendación de que en la próxima reunión se aportaran los respectivos criterios referentes a la forma y proporcionalidad de los puestos a ocupar por cada organización en el Consejo de Defensa de la Generalidad. El acuerdo de disolución se mantuvo en secreto.

También se acordó que los muertos fueran enterrados en el frente y se evitara trasladarlos. Se insistía de nuevo en que sólo las Patrullas de Control e Investigación estaban facultadas para autorizar y practicar registros, y que se castigaría a quienes lo hicieran por cuenta propia. Se nombró tres delegados, de CNT, UGT y POUM, para controlar semanalmente los subsidios, donativos y festivales. Todos los acuerdos se tomaron por unanimidad.

---

90 Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Acords presos en la reunió del dia 8 de setembre de 1936».

91 Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Acords presos en la reunió del dia 10 de setembre de 1936». La palabra «ratificación» sugiere una propuesta realizada en fecha anterior, que no hemos localizado en las actas, aunque pudiera tratarse de unas conversaciones efectuadas al margen del CCMA, como apunta Joan Pons Garlandí en sus memorias.

El 12 de septiembre[92] se acordó, con la reserva de los representantes de la UGT y del POUM, que el actual gobierno de la Generalidad fuera sustituido por un Consejo de Defensa de la Generalidad de Cataluña, con representantes de todas las organizaciones que formaban el CCMA, «el cual quedará al mismo tiempo disuelto».

El 14 de septiembre[93] García Oliver dio cuenta del acuerdo de la CNT referente a la constitución de un Consejo de Defensa de la Generalidad, sustituto del actual gobierno de la Generalidad, encuadrado en una nueva concepción política del Estado español, concebido como una «Confederación de Naciones Libres, comenzando por Cataluña».

Gorkin, en nombre del POUM, indicó que el nuevo Consejo de la Generalidad debía estar formado por representantes de todas las organizaciones que componían el actual CCMA y que «el programa de ese Consejo ha de ser de tipo socialista, o socializante».

Vidiella, por la UGT, coincidía en el primer punto expresado por Gorkin referente a los representantes, así como en el nombre de «consejo de la Generalidad», y consideraba además que sus funciones debían extenderse a toda Cataluña, abarcar todos los campos, y que ese Consejo debía ser la única autoridad con poder para hacer incautaciones, o proceder a la colectivización o socialización del país. Vidiella avanzaba, pues, la idea de un gobierno fuerte, con plena autoridad.

Miravitlles, por ERC y la Generalidad, dijo que este nuevo gobierno (se atrevió a romper el tabú ácrata de llamar «consejo» a lo que no era sino gobierno) debía comprender a todas las clases sociales y que en cuanto al programa, el que se necesitara para vencer al fascismo.

Santillán, por la FAI, manifestó que era necesario establecer puntos de coincidencia que los unieran a todos, como había sucedido hasta ese momento, y que el objetivo principal debía ser el de acabar con el fascismo en toda España. Torrents informó que era criterio de Unió de Rabassaires, que era necesario formar un gobierno fuerte, con los mismos representantes del CCMA: «un solo poder que haga la guerra

92 Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Acords presos en la reunió del dia 12 de setembre de 1936».

93 Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Resum de la reunió del dia 14 de setembre de 1936».

contra el fascismo y ordene la nueva economía». García Oliver dijo que todos estaban conformes sobre la necesidad de transformar el país en todos los terrenos, estableciendo un nuevo orden jurídico, político y económico; y en cuanto al programa «ya existe el Consejo de Economía que es el encargado de llevar a cabo la transformación económica».

Gorkin (muy meticuloso) dijo que «el antifascismo no es un programa», por lo que era necesario concretar de qué manera se habían de destruir los privilegios imperantes. Gorkin creía que era necesario concretar qué realizaciones económicas se habían de establecer en retaguardia, y definir si la lucha de los combatientes en el frente, lo era por una sociedad mejor. Propuso que en torno a cada consejero del nuevo gobierno, tal como sucedía en el Consejo de Economía, había de haber un Consejo, compuesto por representantes de todas las organizaciones.

Miravitlles expuso que sería hora de concretar un programa, ya fuera comunista o anarcosindicalista, si se hubiera ganado la guerra, pero mientras tanto era necesario un gobierno capaz de ganarle la guerra al fascismo. Alcón (CNT) entendía «que el gobierno ha de dirigir la guerra contra el fascismo y que la transformación económica la han de hacer las organizaciones obreras en la calle; y que es inútil oponerse ya que las organizaciones van haciendo al margen de nuestros acuerdos». La misión del gobierno era dirigir la guerra, pero no debía legislar en materia económica, porque eso correspondía a los obreros desde el Consejo de Economía. Finalizó su intervención afirmando: «la guerra la ha de hacer el Gobierno, la Colectivización la ha de hacer el Consejo de Economía».

Miret, del PSUC, dijo que era indispensable formular un programa concreto que asegurara la unión de todos.

Gorkin declaró que la formación de un programa no suponía la renuncia al propio ideario de cada cual, sino fijar unos puntos de coincidencia y las directivas necesarias para derrotar al fascismo. No estaba de acuerdo con que en la proposición presentada se hablase de clases sociales, sino de las organizaciones que representan a las clases y que éstas no han de reformar sino transformar las bases sociales y económicas del país, lo «que quiere decir revolución social».

Vidiella dijo que en el exterior no habría crédito sin un gobierno fuerte y que la socialización en el campo supondría enfrentarse

al campesinado. García Oliver opinó que la transformación revolucionaria debía abarcar todos los aspectos jurídicos, económicos y políticos del país, y que cada región debía obrar de acuerdo a sus propias características, ya que las realizaciones convenientes a Cataluña podían no serlo para Andalucía. Entendía que el mero Consejo no debía hacer otra cosa que preparar las realizaciones que habrían de implantarse una vez acabada la guerra. Y concretaba que para la realización de ese Consejo bastaría con que el CCMA lo comunicara al Presidente de la Generalidad, para que éste procediera a su inmediata formación.

Vidiella asintió en que fuera el Presidente quien formara el Consejo.

Gorkin y Miret presentaron sendas proposiciones. Se aprobó la de Miret, que decía así: «Los representantes de todas las organizaciones que integran el CCMA se dirigen al Presidente de la Generalidad de Cataluña, proponiéndole la convocatoria de una reunión de delegados de todas las organizaciones representadas en el CCMA para tratar la formación orgánica de un Consejo de Defensa de la Generalidad y del programa que éste habría de desarrollar».

Pons (ERC) se refirió a la denominación de Consejo Regional de Defensa, presentada por la CNT, entendiendo que debía suprimirse lo de «regional». Alcón entendía que debía mantener lo de Regional, y que en Madrid debía constituirse el Consejo Nacional de Defensa. Miravitlles se sumó a la necesidad de suprimir la palabra «regional». García Oliver zanjó salomónicamente el debate, proponiendo que el primer acto del Consejo fuera el de darse un nombre. Vidiella, por su parte, propuso quitar lo de «defensa» y dejarlo en «Consejo de la Generalidad de Cataluña». Tras el debate semántico se cerró la sesión a las dos y media de la madruga del día 15 de septiembre.

Nadie se había opuesto a la disolución del CCMA. Nadie, salvo los anarquistas, se engañaba que se iba a la formación de un nuevo gobierno de la Generalidad, se le llamara «consejo» o no. El debate sobre el programa del nuevo gobierno, que suprimiría al CCMA, giraba en torno a los conceptos de «socializante», propugnado por el POUM, o «antifascista», impulsado por ERC y PSUC. La CNT-FAI mantenía su característica ambigüedad: la economía era tarea del Consejo de

Economía, la guerra sería labor de lo que ellos llamaban Consejo de Defensa de la Generalidad. García Oliver, Marcos Alcón, Aurelio Fernández y José Asens pensaban realmente que el programa del «Consejo» carecía de importancia. Era el pago a efectuar para evitar el aislamiento. Lo importante para ellos era que la CNT continuara controlando las distintas consejerías, mediante comisiones técnicas, como el Consejo de Economía o la comisión de industrias de guerra, mientras buena parte del aparato militar y policial estuviera en manos de la CNT-FAI. Tal indefinición, ambigüedad e incoherencia les llevaba, sin remedio, a secundar el programa de la unidad antifascista, esto es, de ese antifascismo que proponía la constitución de un gobierno fuerte capaz de «ordenar» la economía y ganar la guerra.

El 15 de septiembre se celebró un Pleno Nacional de Regionales, en Madrid, en el que se decidió la intervención de la CNT en la dirección militar, económica y política de la España republicana, proponiendo la formación de un Consejo Nacional de Defensa. En resumen, se trataba de una propuesta de colaboración de la CNT con el gobierno de la República, compuesto por cinco delegados de la CNT, cinco de la UGT y cuatro republicanos. Este Consejo Nacional se concebía como reunión en la cumbre de los distintos Consejos regionales. Era una concepción federalista, grata a la CNT, en el que la economía estaba socializada y el ejército unificado bajo un mando único y un comisariado de guerra. Aunque se seguía la vieja artimaña de no llamar a las cosas por su nombre, la propuesta de la CNT apuntaba a la reconstrucción de un Estado fuerte y centralizado.[94]

El 16 de septiembre[95] se presentó un informe sobre el capitán Bayo, se ordenó que se sacaran de las barricadas[96] las balas de algodón, se autorizó a las Patrullas de Control de un carné especial de sección junto al de patrullero y se acordó esperar al regreso de Tarradellas para

94 LORENZO, op. cit., p. 182-184.

95 Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Resum de la reunió del dia 16 de setembre de 1936».

96 Casi dos meses después del 19 de julio, todavía había barricadas en las calles. La orden de retirada del algodón se debía a la escasez de materias primas en la industria textil.

enviar una comisión del CCMA a Madrid. El 18 de septiembre[97] se acordó organizar la defensa costera con milicianos de los comités locales, que se nombre una comisión de información y censura formada por representantes de cada una de las organizaciones que integran el CCMA, aprobar el nuevo modelo de carné de las Patrullas, y que «una comisión compuesta por los compañeros García Oliver, Miravitlles, Vidiella y Gorkin se entreviste mañana, sábado, con el Presidente del Gobierno de la Generalidad y que éste dé hora para recibirla».

El 19 de septiembre una comisión del CCMA, formada por García Oliver, Miravitlles, Vidiella y Gorkin se entrevistó con Companys para entregarle la proposición redactada por Miret sobre la formación del Consejo de la Generalidad, esto es, del nuevo gobierno de la Generalidad en el que iban a entrar consejeros anarcosindicalistas, una vez resuelto el gran dilema semántico de llamar Consejo de la Generalidad a lo que era, como siempre había sido, el Gobierno de la Generalidad. Ese mismo día[98] se nombró como miembros de la comisión, que debía viajar a Madrid, a Vidiella, Aurelio Fernández y Miravitlles para que «gestionen cerca del gobierno de la República como consecuencia del resultado del viaje del consejero compañero Tarradellas».[99]

---

97 Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Resum de la reunió del dia 18 de setembre de 1936».

98 Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Resum de la reunió del dia 19 de setembre de 1936».

99 Tarradellas había viajado a Madrid para obtener ayuda financiera y técnica para levantar una industria de guerra en Cataluña. Dice Tarradellas: «uno de los motivos de mi viaje —como ya debe saber— fue, además de acompañar las fuerzas de la Guardia Civil para ponerlas a la disposición del comandante militar de Madrid, para solicitar al Gobierno Central que trasladara rápidamente a Cataluña la fábrica de armamento y cartuchos de Toledo. Acompañado por el Coronel Giménez de Abraza, director de la fábrica de armas de Oviedo, del Coronel de Aviación, Ramírez Cartagena, uno de los jefes de la aviación de Barcelona en los momentos de la sublevación, acompañado pues de estos dos militares republicanos y fieles a su juramento de defender la República, tuve diferentes entrevistas con el Sr. Largo Caballero y sus consejeros. Sintiéndolo como usted no puede tener idea, tuve que regresar a Barcelona sin haber conseguido que la fábrica de armamento y municiones de Toledo

El 20 de septiembre[100] en el salón del trono de Capitanía, a las 18 horas, se reunió una sesión especial del CCMA a la que asistieron García Oliver, Fábregas, Alcón, Vidiella, Miravitlles, Fernández, Torrents y Gorkin, además de invitados como Sesé por la UGT, Escorza por la FAI y Calvet por Unió de Rebassaires, para entablar conversaciones con los delegados marroquíes Mohammed El Ohazzari y Omar Abd-el-Jalil, representantes del Comité de Acción Marroquí (CAM), que habían llegado a Barcelona a primeros de septiembre con el objetivo de obtener ayuda para la independencia de Marruecos. En esta reunión se formalizaba solemnemente el apoyo del CCMA a la delegación marroquí, para conseguir que el Gobierno de la República declarase la independencia del protectorado español en Marruecos.[101] La sesión, de carácter protocolario, se levantó a las 18:15 horas.

Existe una fotografía («Història Gràfica del Moviment Obrer a Catalunya». Diputació de Barcelona, 1989), tomada tras la firma del compromiso entre el CAM y el CCMA, en la que se reconoce entre otros (de izquierda a derecha) a Marcello Argila Pazzaglia, los dos delegados marroquíes, Juan García Oliver, Julián Gómez García «Gorkin», Manuel Estrada Manchón, Rafael Vidiella, Mariano Rodríguez Vázquez «Marianet», Manuel Escorza del Val (con muletas) y Aurelio Fernández Sánchez.

El 21 de septiembre[102] se acordó añadir a Gorkin a la comisión que debía viajar a Madrid y que Guarner y Miret nombrasen un oficial para la vigilancia de la costa.

---

fuera trasladada a Cataluña». En «Carta de Tarradellas a Bolloten» del 24 de marzo de 1971, reproducida íntegramente en «Balance». Cuaderno número 6 de la serie archivos (1998).

100 Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Resum de la reunió del dia 20 de setembre de 1936».

101 Véase PAZ, Abel: «La cuestión de Marruecos y la República española». Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 2000.

102 Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Resum de la reunió del dia 21 de setembre de 1936».

En la reunión del 22 de septiembre,[103] el CCMA decidió «prohibir la entrada a Cataluña de las familias de Madrid y provincia que constantemente llegan a Barcelona, y que sean devueltas a los puntos de origen». Este acuerdo se comunicó al Ministerio de Gobernación y a los Comités ferroviarios de Barcelona, Lérida, Tortosa, Mora de Ebro, Valencia y Madrid, para su efectivo cumplimiento.[104]

El 25 de septiembre[105] el CCMA decidió comunicar al crucero «Libertad» que, según la prensa, transportaba los despojos mortales de la heróica miliciana Lidia Odena, el acuerdo tomado por el CCMA de que los compañeros muertos fueran enterrados en el mismo frente, y que no podían ser trasladados sin permiso expreso del CCMA, y que en el caso de que el barco ya hubiera salido de puerto, que a su llegada a Barcelona el entierro se hiciera sin manifestación pública.

Ésta es la última acta del CCMA que hemos podido localizar. Ya desde el 18 de septiembre eran muy breves y redactadas en un estilo telegráfico, aunque según García Oliver el CCMA celebró aún dos sesiones más, los días 27 y 28,[106] antes de una última sesión final de despedida, que se reunió el 1 de octubre de 1936.

Balance del CCMA y nuevo gobierno de la generalidad

El 26 de septiembre se constituyó el nuevo gobierno de la Generalidad, presidido por Tarradellas, en el que participaban tres consejeros de la CNT-FAI: Joan Porqueras Fábregas en la Consejería de Economía, Antonio García Birlán en Sanidad y Asistencia Social y Josep

---

103 Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Resum de la reunió del dia 23 de setembre de 1936».

104 La ausencia de solidaridad del CCMA con los refugiados de Madrid no podía ser más penosa y despreciable.

105 Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya: «Resum de la reunió del dia 25 de setembre de 1936».

106 GARCIA OLIVER: «El eco de los pasos», p. 281-284.

Joan Doménech en Abastos.[107] El acuerdo de disolución del CCMA no se hizo público hasta que hubo finalizado el Pleno Regional de Sindicatos, reunido del 25 al 27 de septiembre, que debía aprobarlo formalmente, y fue presentado como consecuencia de la entrada de los cenetistas en el gobierno, ya que en palabras del propio García Oliver: «hoy la Generalidad nos representa a todos». Solidaridad Obrera el día 27 de septiembre insistía en afirmar que se había instaurado un nuevo organismo llamado «Consejo de la Generalidad», y no un nuevo gobierno; pero a partir del 29 se aceptaba la realidad y se explicaban las causas de la entrada de la CNT en el nuevo gobierno de la Generalidad, al tiempo que se informaba de la disolución del CCMA. Curiosamente se presentaba la disolución del CCMA como una consecuencia inevitable de la formación del Gobierno de la Generalidad, cuando en realidad sólo cuando, entre finales de agosto y primeros de septiembre, se decidió disolver el CCMA, se empezó a hablar de la entrada de la CNT-FAI en el gobierno.

El 28 de septiembre se convocó, en Madrid, un nuevo Pleno nacional de federaciones regionales, en el que el secretario nacional Horacio Prieto atacó el proyecto de un Consejo Nacional de Defensa, por su falta de realismo. Desarrolló sus argumentaciones, favorables a la participación llana y simple en el gobierno de Largo Caballero. Exigió que se llamara a las cosas por su nombre y se terminara con los prejuicios ideológicos. Pero no obtuvo aún el acuerdo de los delegados al Pleno, que se limitaron a aprobar un manifiesto que reconocía la necesidad de la unidad antifascista.[108]

El 1 de octubre, por la noche, se celebró la última sesión del CCMA, meramente protocolaria. García Oliver hizo un discurso de despedida en el que llamó a la unión de todos los partidos y organizaciones. Tras proclamar que él había sido un defensor acérrimo del CCMA, pero que ahora defendería con todo ardor el nuevo Consejo de la Generalidad, le contestó Miravitlles afirmando que como catalanista no podía

107 Los dos primeros habían formado parte del Consejo de Economía de la Generalidad.

108 LORENZO, op. cit. p. 185.

sino celebrar la determinación de la CNT a entrar en el gobierno de la Generalidad.

En el Boletín Oficial de la Generalidad del 3 de octubre se publicaba el decreto, firmado el 1 de octubre, en el que Juan García Oliver era nombrado secretario general del Departamento de Defensa, un nuevo cargo expresamente creado para él. En ese mismo boletín se publicaba el decreto de disolución del CCMA:

«El CCMA, creado por decreto del 21 de julio pasado, ha entendido que, cumplida la misión que en los primeros tiempos de la sublevación militar tan acertadamente, por cierto, ha desempeñado, debía disolverse. Por lo tanto, de acuerdo con el Consejo Ejecutivo, Decreto: Art. 1: Se disuelve el CCMA, creado por decreto del 21 de julio pasado. Art. 2: Mediante decreto y órdenes, según se precise, se procederá al cumplimiento del presente Decreto. Barcelona, 1 de octubre de 1936. El Conseller Primer, Josep Tarradellas». En el Boletín del día 4, por decreto firmado el día 3, Aurelio Fernández era nombrado secretario general de la Junta de Seguridad Interior. Para la CNT-FAI se trataba de conservar las llaves del Orden Público y de las Milicias. El nuevo gobierno de la Generalidad se proponía fortalecer la economía sobre el programa iniciado por el Consejo de Economía e impulsar el esfuerzo de guerra, mediante la movilización obligatoria y el restablecimiento de la disciplina y el mando único. La presencia de todas las organizaciones antifascistas en el gobierno de la Generalidad suponía un paso de gigante en el restablecimiento de la legalidad republicana y de recuperación de todas las funciones estatales. Se trataba de acabar con todos esos comités revolucionarios que, en cada localidad, ejercían soberanamente todo el poder, desde la recaudación de tributos y mantenimiento de patrullas de control hasta la financiación de obras públicas para solucionar el paro.

El decreto del 9 de octubre, complementado con el publicado el 12, declaraba disueltos todos los comités locales que habían surgido el 19 de julio, que serían sustituidos por los nuevos ayuntamientos. Pese a la resistencia de muchos comités locales a su disolución, y al retardo de varios meses en la constitución de los nuevos ayuntamientos, se trataba de un golpe de muerte del que no se recuperarían. La

resistencia de la militancia cenetista, que se desentendía de las consignas de los comités superiores o de las órdenes del gobierno de la Generalidad, amenazaba el pacto antifascista. Los dirigentes anarcosindicalistas estaban bajo la doble presión de una militancia, reacia a obedecerles, y la acusación por parte del resto de fuerzas antifascistas de que era necesario cumplir y hacer cumplir los decretos del gobierno, poniendo en cintura a «los incontrolados».

Este era el balance real dejado por el CCMA en sus nueve semanas de existencia: el paso de unos comités locales revolucionarios, que ejercían todo el poder en la calle y las fábricas, a su disolución en beneficio exclusivo del pleno restablecimiento del poder de la Generalidad. Del mismo modo, los decretos firmados el 24 de octubre[109] sobre militarización de las Milicias a partir del 1 de noviembre y de promulgación del decreto de Colectivizaciones completaban el desastroso balance del CCMA, esto es, el paso de unas Milicias obreras de voluntarios revolucionarios a un ejército burgués de corte clásico, sometido al código de justicia militar monárquico, dirigido por la Generalidad; el paso de las expropiaciones y el control obrero de las fábricas a una economía centralizada, controlada y dirigida por la Generalidad.

El retraso en la aplicación de los decretos, provocada por la sorda pero enconada resistencia de la militancia confederal, que aún estaba armada, hizo que el gobierno de la Generalidad se planteara como objetivo prioritario el desarme de la retaguardia, impulsando una campaña de propaganda contra los llamados «incontrolados», que derivó hacia el objetivo secundario contenido en el repetitivo eslogan: «armas al frente».

La fuerte resistencia de la base anarcosindicalista a la militarización de las milicias, al control de la economía y de las empresas colectivizadas por la Generalidad, al desarme de la retaguardia y a la disolución de los comités locales se manifestó en un retraso de varios meses al cumplimiento real de los decretos del gobierno de la Generalidad sobre todos estos temas. Resistencia que, en la primavera de

---

109 Publicados en el Boletín Oficial de la Generalidad del 28 de octubre de 1936.

1937, cristalizó en un gran malestar, al que se sumó el descontento por la marcha de la guerra, la inflación y la penuria de productos de primera necesidad, para desembocar entonces en una crítica generalizada de la militancia cenetista de base a la participación de los comités superiores de la CNT-FAI en el gobierno, y a la política antifascista y colaboracionista de sus dirigentes, a quienes se acusaba de la pérdida de «las conquistas revolucionarias del 19 de julio». El anarquismo de estado justificado por la ideología de unidad antifascista.

Ese fue el caldo de cultivo que desembocó en los Hechos de mayo de 1937, que vio de nuevo cómo Barcelona se cubría de barricadas. Ese descontento es el que explicaba el surgimiento y la fuerza de la Agrupación de Los Amigos de Durruti, que en mayo habían planteado la necesidad de imponer una Junta Revolucionaria en sustitución de la Generalidad. Después de mayo la Agrupación supo expresar ese malestar confederal en un análisis en el que se afirmaba que en julio del 36 no se hizo la revolución y que el CCMA fue un organismo de colaboración de clases, además de elaborar un programa que concluía que las revoluciones son totalitarias o son derrotadas. La diferencia de Los Amigos de Durruti, con otros muchos grupos encolerizados de cenetistas y anarquistas,[110] radicaba precisamente en que los primeros oponían un programa, mientras los otros apelaban a unos principios abstractos, ineficaces, que además compartían los comités superiores a los que se criticaba.

Los jerarcas anarcosindicalistas comenzaron, ahora sí, después de las jornadas de mayo de 1937, a elaborar sus justificaciones y a deformar lo sucedido. Algunos empezaban a comprender, demasiado tarde, el alcance de sus errores e improvisaciones.

Era necesario, pues, encontrar justificaciones a tanto desatino, y elaborar una respuesta que salvara la responsabilidad de los dirigentes anarcosindicalistas. La delegación de la CNT al Congreso

---

110 Véase: «Segunda sesión del pleno local de Grupos Anarquistas de Barcelona […] con asistencia de los grupos de Defensa confederal y Juventudes libertarias». Barcelona, 24 abril 1937.

de la AIT,[111] en diciembre de 1937, necesitó construir una primera respuesta, ante los constantes insultos y las acusaciones de ineptitud y de dejación de los principios ideológicos del anarcosindicalismo, de que fue objeto por la mayoría de delegados al congreso internacional.

«El Poder político se nos venía a las manos sin nosotros quererlo […] Se creó el CCMA, órgano de coordinación de las fuerzas combativas en el frente. Nuestro Movimiento Libertario aceptó dicho Comité, pero antes hubo de resolver el problema capital en nuestra Revolución: Colaboración antifascista o dictadura anarquista. Aceptamos la colaboración. ¿Por qué? […] las circunstancias nos aconsejaron colaborar con los demás sectores antifascistas».[112]

De hecho, la delegación española necesitó la ayuda de un intelectual de prestigio para defenderse de los ataques de la internacional, con un informe con cierta altura intelectual. Este informe secreto, gustó tanto a los líderes anarcosindicalistas españoles, que decidieron editarlo en un folleto divulgativo, traducido al español, pese a lo incoherente que resultaba divulgar un texto que había sido declarado «secreto».[113]

---

111 Formada por José Xena, David Antona, Horacio Martínez Prieto y Mariano Rodríguez Vázquez.

112 «Informe de la delegación de la CNT al Congreso Extraordinario de la AIT y resolución del mismo». Dic. 1937, p. 75-76.

113 La argumentación de Rüdiger sobre la necesidad de subordinar toda la acción, toda la teoría y todos los principios de la CNT en favor de la unidad antifascista, como única garantía de ganar la guerra, suponía evidentemente la necesidad de que ese informe fuera secreto. Si los stalinistas rusos y españoles llegaran a conocer la ciega determinación de la CNT en someterse a la unidad antifascista, a cualquier precio, ésta corría el riesgo de convertirse en una marioneta en manos de sus rivales políticos. Pero el Comité Nacional de la CNT no dudó en publicar el informe secreto: la incapacidad, ingenuidad e inmadurez política de los líderes cenetistas no era ninguna novedad. Por otra parte, editar en folleto, en 1938, el informe secreto de Rüdiger, sólo podía escandalizar a los pocos cándidos que, en 1938, aún creían en la naturaleza revolucionaria de la CNT.

En este folleto,[114] Helmut Rüdiger justificaba plenamente la acción pragmática de la CNT a causa de los particularismos existentes en España, como eran un movimiento obrero sin intelectuales, ni preparación teórica o experiencia política, por el permanente estado de clandestinidad; el extremismo, basado en una simplificación de las relaciones sociales y un optimismo ilimitado, que pensaba que era suficiente con proclamar el comunismo libertario para convertir al hombre en un ser angelical.

Toda la argumentación de Rüdiger se resumía en una interiorización y aplicación al movimiento anarquista de la ideología de unidad antifascista. Según esto, el 19 de julio fue un triunfo para la CNT porque, por primera vez, supo unir a todo el pueblo tras de sí. La CNT volvería a triunfar cuando consiguiera de nuevo arrastrar a todo el pueblo. Es decir, la unidad antifascista lo justificaba todo, lo explicaba todo y lo permitía todo. Toda la acción pragmática de los líderes de la CNT, el abandono de las tesis antiestatales, la dejación de principios, el colaboracionismo con partidos burgueses y el gobierno, la militarización de las Milicias, los ministros anarquistas, la economía de guerra, todo, absolutamente todo, estaba justificado por esa ideología de unidad antifascista. Helmut facilitaba a los líderes anarquistas la justificación a sus errores, a su incapacidad y a su constante improvisación: se podía, y se debía, renunciar al comunismo libertario, y a la revolución, en beneficio de la unidad antifascista.

Ahora los dirigentes anarcosindicalistas ya podían reescribir la historia más reciente. Ahora García Oliver ya podía aparecer como víctima propiciatoria del rechazo de la organización confederal a su proposición de «ir a por el todo». De este modo «lo que empezó el 19 de julio no era ya la revolución social definitiva, sino sólo el primer paso de ella, el principio de una lucha antifascista». Helmut esculpía frases de antología para los partidarios del colaboracionismo: «Habrá sido la primera vez en la historia de las revoluciones que una organización revolucionaria victoriosa renunció a su dictadura».

114 RÜDIGER, Helmut: «El anarcosindicalismo en la Revolución Española». CNT, Barcelona, 1938.

Lo que Helmut no decía era que esa ideología de unidad antifascista suponía la aceptación de los métodos y finalidades del programa de la burguesía democrática.

Los partidarios del anarquismo de Estado y los de la revolución proletaria eran, y son, incompatibles. La ausencia de una ruptura ideológica y organizativa en el seno del movimiento libertario sólo podía conducir, primero a la anulación, y más tarde a la asimilación de los sectores críticos con las peores aberraciones del anarquismo de Estado. Sin ruptura no pudo darse un proceso de clarificación y delimitación entre las posiciones de unos y otros. La ambigüedad y el confusionismo fueron otra derrota del movimiento libertario, preñada de consecuencias para su futuro.

III

Muerte y entierro de Durruti

Cui prodest scelus is fecit.
(Aquel a quien aprovecha el crimen es quien lo ha cometido).

Séneca, Medea.

Los anarquistas podemos ir a la cárcel, morir como murieron Obregón, Ascaso, Sabater, Buenaventura Durruti y Peiró, cuyas vidas son dignas de ser cantadas por un Plutarco. Podemos morir en el exilio, en los campos de concentración, en el maquis, o en el hospicio, pero ostentar el cargo de ministro, eso es inconcebible.

Jaime Balius: Por los fueros de la verdad.
Solidaridad Obrera (02/09/1971).

Del 4 al 22 de noviembre de 1936

El 4 de noviembre de 1936 había mucha expectación por escuchar el imprevisto discurso de Durruti por Radio CNT-FAI, que sería trasmitido a toda España por las emisoras barcelonesas. Ese mismo día la prensa daba fe de la toma de posesión del cargo de Ministro por cuatro anarquistas en el gobierno de Madrid: Federica Montseny, Juan García Oliver, Juan López y Joan Peiró. La Columna Durruti no había conseguido tomar Zaragoza. Las dificultades de aprovisionamiento de armamento eran la principal dificultad del frente. Durruti había recurrido a todos los métodos a su alcance para conseguir armas. Incluso había enviado un destacamento de milicianos, a principios de septiembre, en una expedición punitiva sobre Sabadell, para obligar a que le entregaran las armas que habían sido almacenadas con vistas a la formación de una Columna Sabadell que no había llegado a constituirse. Además, el 24 de octubre la Generalidad había aprobado el Decreto de militarización de las Milicias, que ponía en vigor el antiguo Código de Justicia Militar a partir del uno de noviembre. Tanto amigos como enemigos esperaban con atención qué iba a decir Durruti.

Ya antes de la alocución la gente se aglomeraba en las proximidades de los altavoces instalados en los árboles de Las Ramblas, que solían trasmitir canciones revolucionarias, música y noticias. En cualquier lugar de la ciudad de Barcelona donde hubiera una radio se esperaba con impaciencia que el locutor anunciara: «Habla Durruti».

El Decreto de militarización había sido apasionadamente discutido en la Columna Durruti, que había decidido no admitirlo, porque no podía mejorar las condiciones de lucha de los milicianos voluntarios del 19 de julio, ni resolver la crónica falta de armamento. Durruti firmó, en nombre del Comité de Guerra, un escrito[115] de rechazo a la militarización que dirigió al «Consejo»[116] de la Generalidad, fechado

115 DURRUTI, Buenaventura: «Al Consejo de la Generalidad de Cataluña». Frente de Osera, 1 de noviembre de 1936.

116 «Consejo» era la palabra utilizada para evitar la palabra «Gobierno», que era tabú para los anarquistas.

significativamente en el Frente de Osera ese mismo uno de noviembre en el que se reponía el odiado Código Militar. La Columna negaba la necesidad de una disciplina de cuartel a la que oponían la superioridad de la disciplina revolucionaria: «Milicianos sí; soldados nunca».

Durruti, como delegado de la Columna, quiso hacerse eco de la indignación y protesta de los milicianos del frente de Aragón ante el curso claramente contrarrevolucionario que se estaba abriendo paso en la retaguardia. A las nueve y media de la noche empezó a radiarse el discurso[117] de Durruti:

> «Trabajadores de Cataluña: Me dirijo al pueblo catalán, a ese pueblo generoso que hace cuatro meses supo deshacer la barrera de los militarotes que querían someterle bajo sus botas. Os traigo un saludo de los hermanos y compañeros que luchan en el frente de Aragón a unos kilómetros de Zaragoza, y que están viendo las torres de la Pilarica. A pesar de la amenaza que se cierne sobre Madrid, hay que tener presente que hay un pueblo en pie, y por nada del mundo se le hará retroceder. Resistiremos en el frente de Aragón, ante las hordas fascistas aragonesas, y nos dirigimos a los hermanos de Madrid para decirles que resistan, pues los milicianos de Cataluña sabrán cumplir con su deber, como cuando se lanzaron a las calles de Barcelona para aplastar al fascismo. No han de olvidar las organizaciones obreras cuál debe ser el deber imperioso de los momentos presentes. En el frente, como en las trincheras, hay un pensamiento, sólo un objetivo. Se mira fijo, se mira adelante, con el sólo propósito de aplastar al fascismo.
>
> Pedimos al pueblo de Cataluña que se terminen las intrigas, las luchas intestinas; que os pongáis a la altura

117 Discurso reconstruido a partir de distintos fragmentos, publicados en «Solidaridad Obrera» y «Acracia».

de las circunstancias; dejad las rencillas y la política y pensad en la guerra. El pueblo de Cataluña tieneel deber de corresponder a los esfuerzos de los que luchan en el frente. No tendrá más remedio que movilizarse todo el mundo; y que no crean que se han de movilizar siempre los mismos. Si los trabajadores de Cataluña han de asumir la responsabilidad de estar en el frente, ha llegado el momento de exigir del pueblo catalán el sacrificio también de los que viven en las ciudades. Es necesaria una movilización efectiva de todos los trabajadores de la retaguardia, porque los que ya estamos en el frente queremos saber con qué hombres contamos detrás de nosotros.

Me dirijo a las organizaciones y les pido que se dejen de rencillas y de zancadillas. Los del frente pedimos sinceridad, sobre todo a la Confederación Nacional del Trabajo y FAI. Pedimos a los dirigentes que sean sinceros. No es suficiente con que nos envíen cartas al frente alentándonos, y con que nos envíen ropa, comida y cartuchos y fusiles. Es necesario también darse cuenta de las circunstancias, prever el avenir. Esta guerra tiene todos los agravantes de la guerra moderna y está costando mucho a Cataluña. Se tienen que dar cuenta los dirigentes de que si esta guerra se prolonga mucho, hay que empezar por organizar la economía de Cataluña, hay que establecer un Código en el orden económico. No estoy dispuesto a escribir más cartas para que los compañeros o el hijo de un miliciano coma un trozo de pan o un vaso de leche más, mientras existen consejeros que no tienen tasa para comer y gastar. Nos dirigimos a la CNT-FAI para decirles que si como organización controlan la economía de Cataluña, deben organizarla como es debido. Y que no piense nadie ahora en aumentos de salarios y en reducciones de horas de trabajo. El deber de todos los trabajadores,

especialmente los de la CNT es el de sacrificarse, el de trabajar lo que haga falta.

Si es verdad que se lucha por algo superior, os lo demostrarán los milicianos que se sonrojan cuando ven en la Prensa esas suscripciones a favor suyo, cuando ven esos pasquines pidiendo socorro para ellos. Los aviones fascistas nos tiran en sus visitas, diarios en los que pueden leerse listas de suscripciones para los que luchan, ni más ni menos que hacéis vosotros. Por esto tenemos que deciros que no somos pordioseros y, por lo tanto, no aceptamos la caridad bajo ningún concepto. El fascismo representa y es, en efecto, la desigualdad social, si no queréis que los que luchamos os confundamos a los de retaguardia con nuestros enemigos, cumplid con vuestro deber. La guerra que hacemos actualmente sirve para aplastar al enemigo en el frente, pero ¿es éste el único?: no. El enemigo es también aquel que se opone a las conquistas revolucionarias y que se encuentra entre nosotros, y al que aplastaremos igualmente. Si queréis atajar el peligro, se debe formar un bloque de granito. La política es el arte de la zancadilla, el arte de vivir (como zánganos), y éste debe suplantarse por el arte del trabajo. Ha llegado el momento de invitar a las organizaciones sindicales y a los partidos políticos para que esto termine de una vez. En la retaguardia se ha de saber administrar. Los que estamos en el frente queremos detrás una responsabilidad y una garantía, y exigimos que sean las organizaciones las que velen por nuestras mujeres y nuestros hijos.

Si esa militarización decretada por la Generalidad es para meternos miedo y para imponernos una disciplina de hierro, se han equivocado. Vais equivocados, consejeros, con el decreto de militarización de las milicias. Ya que habláis de disciplina de hierro, os digo que vengáis conmigo al frente. Allí estamos nosotros

> que no aceptamos ninguna disciplina, porque somos conscientes para cumplir con nuestro deber. Y veréis nuestro orden y nuestra organización. Después vendremos a Barcelona y os preguntaremos por vuestra disciplina, por vuestro orden y por vuestro control, que no tenéis.
>
> Estad tranquilos. En el frente no hay ningún caos, ninguna indisciplina. Todos somos responsables y conocemos el tesoro que nos habéis confiado. Dormid tranquilos. Pero nosotros hemos salido de Cataluña confiándonos la Economía. Responsabilizaos, disciplinaos. No provoquemos, con nuestra incompetencia, después de esta guerra, otra guerra civil entre nosotros.
>
> Si cada cual piensa en que su partido sea más potente para imponer su política, está equivocado, porque frente a la tiranía fascista sólo debemos oponer una fuerza, sólo debe existir una organización, con una disciplina única.
>
> Por nada del mundo aquellos tiranos fascistas pasarán por donde estamos. Esta es la consigna del frente. A ellos les decimos: "¡No pasaréis!". Y a vosotros os corresponde gritar: "¡No pasarán!"».

Al cabo de unas horas de haber escuchado a Durruti se seguía comentando lo que había dicho con su acostumbrada energía y entereza. Sus palabras resonaron con fuerza y emoción en la noche barcelonesa, encarnando el genuino pensamiento de la clase trabajadora. Había sido una voz de alarma que recordaba a los trabajadores su condición de militantes revolucionarios. Durruti no reconocía dioses en los demás, ni la clase obrera en él. Daba por supuesto que los milicianos que se enfrentaban al fascismo en los campos de batalla no estaban dispuestos a que nadie escamotease su contenido revolucionario y emancipador: no se luchaba por la República o la democracia burguesa, sino por el triunfo de la revolución social y la emancipación del proletariado.

No hubo en toda la arenga una frase demagógica o retórica. Eran trallazos para los de arriba y los de abajo. Para los obreros y para los jerarcas cenetistas apoltronados en cientos de cargos de responsabilidad, para los ciudadanos de a pie y para los consejeros de la Generalidad o los flamantes ministros anarquistas. Una diatriba contra las derivaciones burocráticas de la situación revolucionaria creada el 19 de julio, y una condena contra la política del gobierno, con o sin confederados al frente del tinglado. En la retaguardia se confundía lamentablemente el deber con la caridad, la administración con el mando, la función con la burocracia, la responsabilidad con la disciplina, el acuerdo con el decreto y el ejemplo con el ordeno y mando. Las amenazas de «bajar a Barcelona» reavivaron el terror de los representantes políticos de la burguesía, aunque ya era demasiado tarde para enmendar el inexcusable e ingenuo error de julio, cuando se aplazó la revolución «hasta después de la toma de Zaragoza», por carencias teóricas y falta de perspectivas del movimiento libertario. Pero al poder no se le amenaza en vano: sus palabras, dirigidas a sus hermanos de clase, tenían todo el valor de un testamento revolucionario. Testamento, y no proclama, porque la suya era una muerte anunciada, que el endiosamiento póstumo convirtió en enigma.

La consecuencia inmediata del discurso radiofónico fue la convocatoria por Companys al día siguiente, el 5 de noviembre a las once de la noche, de una reunión extraordinaria[118] en el Palacio de la Generalidad de todos sus consejeros y los representantes de todas las organizaciones políticas y sindicales, para tratar la creciente resistencia al cumplimiento del decreto de militarización de las milicias, así como al de disolución de los comités revolucionarios y su sustitución por ayuntamientos frentepopulistas. Durruti era causa y diana del debate, aunque todos evitaban pronunciar su nombre.

Companys planteó la necesidad de acabar con «los incontrolados», que al margen de cualquier organización política y sindical «lo deshacen todo y a todos nos comprometen». Comorera (PSUC) afirmó que

118 «Acta de la reunió celebrada sota la presidencia de S.E. el president de la Generalitat pels conseller i representants dels partits i sindicats que tenen representació en el Consell, els dies 5 i 6 de novembre de 1936».

la UGT expulsaría de sus filas a quienes no acataran los decretos, e invitó al resto de organizaciones a hacer lo mismo. Marianet, secretario de la CNT, tras ufanarse del sacrificio demostrado por los anarquistas con su renuncia a los propios principios ideológicos, se quejó de la falta de tacto al aplicar de forma inmediata el Código de Justicia Militar, y aseguró que tras el decreto de disolución de los comités, y gracias al esfuerzo de la CNT cada vez había menos incontrolados, y que se trataba no tanto de grupos a los que expulsar como resistencias que vencer, sin provocar rebeliones, y de individuos que convencer.

Nin (POUM), Herrera (FAI) y Fábregas (CNT) alabaron los esfuerzos realizados por todas las organizaciones para normalizar la situación posterior al 19 de julio, y fortalecer el poder del actual Consejo de la Generalidad. Nin medió en la disputa entre Sandino, consejero de Defensa, y Marianet sobre las causas de la resistencia al Decreto de militarización, diciendo que «en el fondo todos estaban de acuerdo» y que existía cierto temor entre las masas «por perder lo que han ganado», pero que «la clase obrera está de acuerdo en formar un verdadero ejército». Nin veía la solución al actual conflicto en la creación de un comisariado de guerra en el que estuvieran representadas todas las organizaciones políticas y sindicales.

Comorera, mucho más intransigente que Companys y Tarradellas, afirmó que el problema fundamental radicaba en la falta de autoridad de la Generalidad: «grupos de incontrolados continúan haciendo lo que quieren», no sólo en la cuestión de la militarización y la dirección de la guerra o el mando único, sino también en cuanto a la disolución de comités y formación de ayuntamientos, o en lo que afectaba a la recogida de armamento en la retaguardia, o en la movilización, para la que auguraba un fracaso. Falta de autoridad que Comorera extendía incluso a las colectivizaciones «que continúan haciéndose a capricho, sin someterse al Decreto que las regula». Companys aceptó la posibilidad de modificar el Código Militar y crear un comisariado de Guerra. Comorera y Andreu (ERC) insistieron en que era necesario cumplir y hacer cumplir los decretos. La reunión concluyó con un llamamiento unitario al pueblo catalán al disciplinado acatamiento de todos los decretos de la Generalidad, y al compromiso de todas las

organizaciones a declarar su apoyo en la prensa[119] a todas las decisiones gubernamentales. Nadie se opuso a la militarización: el problema para políticos y burócratas era sólo cómo hacerse obedecer.

El 6 de noviembre el Consejo de Ministros de la República decidía, mediante una unanimidad que incluía el voto de los cuatro ministros anarquistas, la huida del Gobierno de un Madrid asediado por las tropas fascistas. El desprecio de la Federación Local de la CNT de Madrid se reflejó en un bellísimo manifiesto público que declaraba: «Madrid, libre de ministros, será la tumba del fascismo. ¡Adelante milicianos! ¡Viva Madrid sin gobierno! ¡Viva la Revolución Social!». El día 15 una parte de la columna Durruti combatía ya en Madrid, al mando de un Durruti que se había resistido a salir de Aragón, convencido finalmente por Marianet y Federica. El 19 de noviembre una bala perdida, o no,[120] le hirió en el frente de Madrid, donde falleció al día siguiente. El domingo 22 de noviembre, en Barcelona, un multitudinario, interminable, caótico y desorganizado desfile fúnebre[121] avanzaba lentamente, mientras dos bandas musicales que no conseguían tocar al unísono contribuían a aumentar la confusión. La caballería y las tropas motorizadas que debían preceder el desfile estaban bloqueadas por el gentío. Los coches que portaban las coronas lo hacían dando marcha atrás. La escolta de caballería intentaba avanzar cada uno por su cuenta. Los músicos que se habían disper-

---

119 Marianet sustituyó en la dirección de «Solidaridad Obrera» al viejo y experimentado anarquista Liberto Callejas por el joven burócrata Jacinto Toryho, que publicó censurado el discurso de Durruti.

120 También se había atribuido a una bala perdida la muerte, en abril de 1937, de Antonio Martín, líder anarquista de Puigcerdà. Las memorias de Pons Garlandí nos han desvelado que se trató de un asesinato premeditado, orquestado por altos cargos de ERC en la policía al servicio de la Generalidad, que habían contratado a dos francotiradores, uno de ellos apodado «penja robes», muy conocido en la Cerdaña por su puntería. Apostados en el campanario, con en el puente de entrada a Bellver en su punto de mira, no tenían más objetivo que el de asesinar a Antonio Martín.

121 Sobre el entierro de Durruti, véase «Solidaridad Obrera» (24/11/1936), y los libros de KAMINSKI: «Los de Barcelona». Ed. Cotal, Barcelona, 1977 y de LOW, Mary: «Cuaderno Rojo de Barcelona». Alikornio, Barcelona, 2001.

sado intentaban reagruparse entre una masa confusa que portaba pancartas antifascistas y ondeaba banderas rojas, rojinegras y atigresadas. El cortejo estaba presidido por numerosos políticos y burócratas, aunque el protagonismo del acto público fue acaparado por Companys, presidente de la Generalidad, Antonov-Ovseenko, cónsul soviético y Juan García Oliver, Ministro anarquista de Justicia de la República, que tomaron la palabra ante el monumento a Colón para lucir sus dotes oratorias ante la multitud. García Oliver anticipó los mismos argumentos de sincera amistad y confraternidad entre antifascistas que utilizaría en mayo de 1937 para ayudar a aplastar las barricadas de la insurrección obrera contra el stalinismo. El cónsul soviético inició la manipulación ideológica de Durruti al hacerle campeón de la disciplina militar y del mando único. Companys jugó al insulto más ruin cuando dijo que Durruti «había muerto por la espalda como mueren los cobardes… o como mueren los que son asesinados por cobardes». Los tres coincidieron en ensalzar por encima de todo la unidad antifascista. El catafalco de Durruti era ya tribuna de la contrarrevolución. Tres oradores, excelsos representantes del gobierno burgués, del stalinismo y de la burocracia cenetista, se disputaban la popularidad del ayer peligroso incontrolado y hoy embalsamado héroe. Cuando el féretro, ocho horas después del inicio del espectáculo, ya sin el cortejo oficial, pero acompañado aún por una curiosa multitud, llegó al cementerio de Montjuic, no pudo ser sepultado hasta el día siguiente porque centenares de coronas obstaculizaban el paso, el agujero era demasiado pequeño y una lluvia torrencial impedía ampliarlo.

Quizás no sepamos nunca cómo murió Durruti, ya que existen siete u ocho versiones distintas y contradictorias; pero es más interesante preguntarse por qué murió quince días después de hablar por la radio. La alocución radiofónica de Durruti fue percibida como una peligrosa amenaza, que halló una respuesta inmediata en la reunión extraordinaria del Consejo de la Generalidad, y sobre todo en la brutalidad de la intervención de Comorera, que apenas fue suavizada por cenetistas y poumistas, que a fin de cuentas se juramentaron en la tarea común de cumplir y hacer cumplir todos los decretos. La sagra-

da unidad antifascista entre burócratas obreros, stalinistas y políticos burgueses no podía tolerar incontrolados de la talla de Durruti: he ahí por qué su muerte era urgente y necesaria. Al oponerse a la militarización de las milicias, Durruti personificaba la oposición y resistencia revolucionarias a la disolución de los comités, la dirección de la guerra por la burguesía y el control estatal de las empresas expropiadas en julio. Durruti murió porque se había convertido en un peligroso obstáculo para la contrarrevolución en marcha.

Y por esa misma razón a Durruti había que matarlo dos veces. Un año después, en la conmemoración del aniversario de su muerte, la todopoderosa máquina de propaganda del estalinista gobierno Negrín trabajó a pleno rendimiento para atribuirle la autoría de un eslogan, inventado originalmente por Ilya Ehrenburg,[122] y respaldado después por la burocracia de los comités superiores de la CNT-FAI, en el que le hacían decir lo contrario de lo que siempre dijo y pensó: «Renunciamos a todo, menos a la victoria». Esto es, que Durruti renunciaba a la revolución. Ni siquiera nos queda una versión completa y fidedigna de su discurso, radiado el 4 de noviembre de 1936, porque la prensa anarquista de la época dulcificó y censuró a Durruti en vida.

Una vez muerto, Durruti ya podía ser Dios. Y hasta Teniente Coronel[123] del Ejército Popular.

---

122 Ehrenburg, Ilya: «Corresponsal en la Guerra civil española». Júcar, Madrid, 1970, p. 24.

123 Negrín, en abril de 1938, concedió póstumamente a Durruti tal graduación.

IV

La agrupación de Los Amigos de Durruti en la insurrección de mayo de 1937, y su programa

La función de la historia será entonces la de mostrar que las leyes engañan, que los reyes se enmascaran, que el poder ilusiona y que los historiadores mienten.

Michel Foucault. Genealogía del racismo.

Introducción

La Agrupación de Los Amigos de Durruti fue una organización anarquista, fundada en marzo de 1937. Sus miembros eran milicianos de la Columna Durruti opuestos a la militarización, y anarquistas, críticos respecto a la entrada de la CNT en el gobierno republicano y de la Generalidad.

La importancia histórica y política de Los Amigos de Durruti radica en su intento, surgido, en 1937, del propio seno del movimiento libertario, de constituir una Junta revolucionaria, que pusiera fin al abandono de los principios revolucionarios, y al colaboracionismo con el Estado capitalista; de forma que la CNT defendiera y profundizara las «conquistas» de julio de 1936, en lugar de cederlas poco a poco a la burguesía. Sin embargo la Agrupación nunca se propuso llegar a ser, durante las jornadas de mayo del 37, una auténtica alternativa revolucionaria a la dirección colaboracionista de la CNT-FAI, que tenía varios ministros en el gobierno de la República y en el de la Generalidad.

La agrupación de Los Amigos de Durruti desde su fundación hasta los hechos de mayo

En octubre de 1936 el decreto de militarización de las Milicias Populares produjo un gran descontento entre los milicianos anarquistas de la Columna Durruti, en el Frente de Aragón.[124] Tras largas y enconadas discusiones, en marzo de 1937, varios centenares de milicianos voluntarios, establecidos en el sector de Gelsa, decidieron abandonar el frente y regresar a la retaguardia.[125] Se pactó que el relevo de los

---

124 Véase GUILLAMÓN, Agustín: «Habla Durruti», en «La Barcelona Rebelde». Octaedro, 2003. Véase también la entrevista a Pablo Ruiz en «La Noche» núm. 3545 (24/03/1937).

125 «No solamente se negaron a militarizarse sino que tampoco atendieron al requerimiento de ambos Comités (Comités Regionales de la CNT y de la FAI) para que dejasen las armas y abandonaran el frente. […] visto que no

milicianos opuestos a la militarización se efectuaría en el transcurso de quince días. Abandonaron el frente, llevándose las armas.

Ya en Barcelona, junto con otros anarquistas (defensores de la continuidad y profundización de la revolución de julio, y opuestos al colaboracionismo confederal con el gobierno), los milicianos de Gelsa decidieron constituir una organización anarquista, distinta de la FAI, la CNT o las Juventudes Libertarias, que tuviera como misión encauzar el movimiento ácrata por la vía revolucionaria. Así pues, la Agrupación se constituyó formalmente en marzo de 1937, tras un largo período de gestación de varios meses, iniciado en octubre de 1936. La Junta directiva fue la que decidió tomar el nombre de «Agrupación de Los Amigos de Durruti», nombre que por una parte aludía al origen común de los ex-milicianos de la Columna Durruti, y que como bien decía Balius, no se tomó por referencia alguna al pensamiento de Durruti, sino a su mitificación popular.[126]

La sede central de la Agrupación estaba situada en Las Ramblas, esquina a la calle Hospital. El crecimiento de los miembros de la Agrupación fue rápido y notable. Se llegaron a repartir, antes de mayo de 1937, entre cuatro y cinco mil carnés de adheridos a la Agrupación. Una de las condiciones indispensables para formar parte de la Agrupación era la de ser militantes de la CNT. El crecimiento de la Agrupación era consecuencia del descontento de un amplio sector de la militancia anarquista ante la política claudicante de la CNT. Otro factor favorable había sido la lucha iniciada contra la aplicación del Decreto de Colectivizaciones, a través de los decretos financieros

---

era posible armonizar la división de criterio que existía en la Columna Durruti [...] ya que entre las dos partes existía tal tirantez que se temía degenerara en un choque sangriento [...] la mayor parte de los camaradas de la agrupación de Gelsa han abandonado el frente en contra de todo criterio y de los acuerdos de la organización específica y confederal». En FAI: «Informe que este Comité de Relaciones de Grupos Anarquistas de Cataluña presenta a los camaradas de la Región» (¿marzo 1937?).

126 Este capítulo aporta nuevos datos, mejoras y correcciones a un trabajo anterior, publicado en inglés: GUILLAMÓN, Agustín: «The Friends of Durruti Group». AK Press, San Francisco/Edinbourgh, 1996. Es la traducción del número 3 de «Balance».

preparados por Tarradellas en S´Agaró, con los que el gobierno de la Generalidad pretendía controlar y dirigir todas las empresas catalanas, sometiéndolas a un rígido plan económico estatal.[127] La economía catalana se convertía de hecho en una especie de capitalismo colectivista (o sindical) de planificación estatal, en el que el gobierno de la Generalidad tenía el control financiero de todas y cada una de las empresas, con la facultad además de nombrar un interventor de la Generalidad, que ejercía la tutela del gobierno y dirigía la empresa. Desde enero hasta julio de 1937, en Barcelona, los obreros industriales convocaron numerosas asambleas en las fábricas, con frecuencia amenazadas por un fuerte dispositivo policial en el exterior, en las que se planteaba con mayor o menor claridad y efectividad el enfrentamiento de la socialización versus la colectivización,[128] además de la gravísima problemática presentada por la pérdida de poder adquisitivo de los salarios y las dificultades de aprovisionamiento de alimentos y productos básicos.

La colectivización suponía que la propiedad de las pequeñas y medianas empresas y talleres había pasado de los antiguos amos a los propios trabajadores, insolidarios respecto a los asalariados de otras empresas menos productivas o con mayores dificultades. Se trataba, pues, de una propiedad colectiva, de los trabajadores de cada empresa, aunque sometidos a un férreo dirigismo estatal, ya que la dirección global de la economía era planificada por el gobierno de la Generalidad, que no sólo tenía el control financiero y, por lo tanto, la posibilidad de ahogar a las empresas díscolas, sino su dirección efectiva a través del interventor, que de hecho se convertía en el director y nuevo amo, delegado por el gobierno. La colectivización se había convertido, pues, en realidad, en un capitalismo colectivo, de gestión sindical, con planificación y dirección estatal. La socialización supo-

127 «L´Obra normativa de la Generalitat de Catalunya. El Pla Tarradellas. Edició del Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya». Barcelona, 1937.

128 MONJO, Anna: «L´economia entre revolució i guerra»; en «Història. Política, societat i cultura del Països Catalans. (vol. 9). De la gran esperança a la gran ensulsiada 1930-1939». Enciclopèdia Catalana, Barcelona 1999.

nía la organización de los trabajadores en Federaciones o Sindicatos de Industria, que reorganizaran y racionalizaran la producción de toda una rama industrial, dirigida y planificada por los sindicatos, y en la que los beneficios repercutían solidariamente a toda la sociedad, y no sólo a los trabajadores de cada empresa.[129]

El conjunto de todas esas Fe deraciones de Industria ejercerían, pues, la dirección y planificación de la economía en toda Cataluña; no el gobierno burgués de la Generalidad. Además de una lucha ideológica, que lo era, se trataba sobre todo de un combate por la mera supervivencia de las industrias gestionadas por los obreros, ya que si Companys y Comorera podían imponer a las empresas tarifas y condiciones de trabajo, así como impedir el acceso a la financiación o las materias primas, tenían en sus manos la dirección real de cualquier empresa, a través del interventor que imponían, y con su generalización la implantación de un capitalismo estatal, dirigido por la Generalidad.

Esta lucha se concretaba ideológicamente en la consigna dada por la Agrupación de Los Amigos de Durruti, en abril y mayo de 1937, de dar «todo el poder a los sindicatos». Recordemos que las jornadas de mayo se iniciaron precisamente por el rechazo de los trabajadores al nombramiento de un interventor de la Generalidad en Telefónica.

La actividad y el dinamismo de la Agrupación fueron frenéticos. Desde su constitución formal, el 17 de marzo, hasta el 3 de mayo, la Agrupación efectuó diversos mítines (en el Teatro Poliorama el 18 de abril y en el Teatro Goya el 2 de mayo), lanzó diversos manifiestos y octavillas, saboteó la intervención de Federica Montseny en el mitin de la Monumental del 11 de abril, y llenó los muros de Barcelona con carteles que explicaban su programa.

---

129 Sindicato de la Industria Siderometalúrgica de Barcelona CNT-AIT: «¿Colectivización? ¿Nacionalización? No: Socialización». Impag. Primero de mayo, Barcelona, 1937. «Memoria del Primer Congreso Regional de Sindicatos de la Industria de la Edificación, Madera y Decoración». Gráficas Inicial, Barcelona, 1937. Escriben los protagonistas: «Balances para la historia. Las colectivizaciones y la autogestión obrera durante la guerra civil española».

En este programa destacaban dos puntos:

1. Todo el poder para la clase obrera.
2. Órganos democráticos de obreros, campesinos y combatientes, como expresión de ese poder obrero, al que llaman Junta Revolucionaria.

También propugnaban que los sindicatos asumieran la plena dirección económica y política del país. Y cuando hablaban de sindicatos se referían a los sindicatos confederales, con exclusión de la estalinizada UGT. De hecho algunos de los miembros de la Agrupación habían abandonado su militancia en la UGT, para afiliarse acto seguido a la CNT, y cumplir así el requisito indispensable para pertenecer a Los Amigos de Durruti.

En realidad, aunque el origen obrero de los componentes de la Agrupación hacía que todos estuviesen afiliados a la CNT, la mayoría eran militantes de la FAI, por lo que bien puede decirse que la Agrupación de Los Amigos de Durruti eran un grupo de anarquistas que, desde un purismo doctrinal ácrata, pero sobre todo haciéndose eco de la lucha existente por la socialización de las empresas y contra la militarización de las milicias confederales, se oponían a la política colaboracionista y estatal de la dirección de la CNT, y de la propia FAI.

Tenían cierta fuerza dominante en el sindicato de la alimentación, ramificado por toda Cataluña, así como en las cuencas mineras de Sallent, Suria, Fígols y Cardona, en la comarca del Alto Llobregat. Influían también en otros sindicatos, en los que eran minoritarios. Algunos de sus adherentes formaban parte de las Patrullas de Control. Pero jamás formaron en su seno una fracción o grupo, ni pretendieron infiltrarse en las Patrullas.

No podemos caracterizar a la Agrupación como un grupo de afinidad, ni tampoco como una vanguardia plenamente consciente y organizada, que planeara una acción metódica para presentarse como una alternativa a la FAI. Eran, tanto desde el punto de vista numérico, como ideológico y organizativo, mucho más que un grupo de afinidad (que solía contar como máximo entre doce o veinte miembros) constituido más o menos informalmente, en torno a unas determinadas coincidencias ideológicas y unas inquietudes comunes. Y aunque no

eran ni mucho menos una rama del Movimiento Libertario (ML) como CNT, FAI, o Juventudes Libertarias, se aproximaban a lo que en aquellos momentos era Mujeres Libres: una organización con finalidades propias, no encuadrada plenamente en ninguna de las tres grandes ramas organizadas del ML. Eran una amplísima organización de militantes (cinco mil carnés antes de mayo) que sentían la imperiosa necesidad instintiva de enfrentarse a la política claudicante de la CNT y al proceso contrarrevolucionario en auge. Sus portavoces más destacados fueron Jaime Balius y Pablo Ruiz. El domingo 18 de abril la Agrupación convocó un mitin en el Teatro Poliorama, que quiso ser una presentación pública de su existencia y de su programa. En el mitin intervinieron Jaime Balius, Pablo Ruiz (delegado de la Agrupación de Gelsa de la Columna Durruti), Francisco Pellicer (del Sindicato de la Alimentación), y Francisco Carreño (miembro del Comité de guerra de la Columna Durruti). El acto tuvo un gran éxito y los conceptos expresados por los oradores fueron ampliamente aplaudidos. El primer domingo de mayo (el día 2) la Agrupación convocó en el Teatro Goya otro mitin de presentación, que llenó el teatro a rebosar y provocó un entusiasmo delirante entre los asistentes. Se proyectó el documental titulado «Diecinueve de julio», en el que se revivieron los instantes más emotivos de las jornadas revolucionarias de julio del 36. Intervinieron Pablo Ruiz, Jaime Balius, Liberto Callejas y Francisco Carreño. En el acto se advirtió que era inminente un ataque de la reacción contra los trabajadores. Los Comités dirigentes de la FAI y de la CNT descalificaron inmediatamente a Los Amigos de Durruti, a quienes calumniaron como marxistas.

El programa expresado por Los Amigos de Durruti, antes de mayo del 37, se caracterizaba por el énfasis puesto en la gestión de la economía por los sindicatos, la crítica de todos los partidos y de su colaboracionismo estatal, así como cierto retorno a la pureza doctrinal ácrata. Los Amigos de Durruti expusieron su programa en el cartel con el que cubrieron los muros de Barcelona a finales del mes de abril de 1937. En esos carteles se propugnaba ya, antes de producirse la insurrección, la necesidad de sustituir al gobierno burgués de la Generalidad de Cataluña por una Junta Revolucionaria. En ellos se decía lo siguiente:

> «Agrupación de Los Amigos de Durruti. A la clase trabajadora:
>
> 1. Constitución inmediata de una Junta Revolucionaria integrada por obreros de la ciudad, del campo y por combatientes.
> 2. Salario familiar. Carta de racionamiento. Dirección de la economía y control de la distribución por los sindicatos.
> 3. Liquidación de la contrarrevolución.
> 4. Creación de un ejército revolucionario.
> 5. Control absoluto del orden público por la clase trabajadora.
> 6. Oposición firme a todo armisticio.
> 7. Una justicia proletaria.
> 8. Abolición de los canjes de personalidades.
>
> Atención trabajadores: nuestra agrupación se opone a que la contrarrevolución siga avanzando. Los decretos de orden público, patrocinados por Aiguadé no serán implantados. Exigimos la libertad de Maroto y otros camaradas detenidos.
>
> Todo el poder a la clase trabajadora.
>
> Todo el poder económico a los sindicatos.
>
> Frente a la Generalidad, la Junta Revolucionaria».

El cartel de abril del 37 anticipaba y explicaba la octavilla lanzada durante las jornadas de mayo, además de otros muchos de los temas y preocupaciones tratados por Balius en los artículos publicados en «Solidaridad Obrera», «La Noche» e «Ideas» (sobre la justicia revolucionaria, el canje de prisioneros, la necesidad de que la retaguardia viva para la guerra, etcétera). Se planteaba por primera vez la necesidad de una Junta Revolucionaria que sustituyera al gobierno burgués de la Generalidad. Esa Junta Revolucionaria era definida como un gobierno revolucionario formado por todos los obreros, campesinos y milicianos que habían luchado en la calle durante las jornadas revolucionarias de julio del 36 (y eso excluía al PSUC, fundado el 23 de julio, y a ERC).

Pero lo más importante era la expresión conjunta de las tres consignas finales. La sustitución del gobierno burgués de la Generalidad por una Junta Revolucionaria aparecía junto a la consigna de «Todo el poder para la clase trabajadora» y «Todo el poder económico a los sindicatos».

El programa político expresado en ese cartel, inmediatamente antes de las jornadas de mayo, era sin duda el más avanzado y lúcido de todos los grupos proletarios existentes, y convertía a la Agrupación, en la vanguardia revolucionaria del proletariado español en ese momento crítico y decisivo. Y así lo reconocieron, en aquellos momentos, el POUM y la Sección bolchevique-leninista de España.

Los hechos de mayo[130]

El sábado primero de mayo no hubo ninguna manifestación en Barcelona. La Generalidad había declarado laborable la jornada, en beneficio de la producción de guerra, aunque el motivo real era el temor a un enfrentamiento entre las distintas organizaciones obreras, a causa de la tensión creciente en diversas comarcas y localidades catalanas. Ese mismo sábado el consejo de la Generalidad se reunió para examinar la situación preocupante del orden público en Cataluña. El citado consejo aprobó la eficacia demostrada en las últimas semanas por los consejeros de seguridad interior y defensa, a quienes se acordó otorgar un voto de confianza para resolver las cuestiones de orden público todavía pendientes.

El Presidente de la Generalidad el lunes día 3 estuvo, muy oportunamente, de viaje en Benicarló, para entrevistarse con Largo Caballero, lo cual le permitió desvincularse de los primeros acontecimientos. Sea como fuere, la acción política de Companys, con su cerrada negativa a destituir a Artemi Aguadé y a Rodríguez Salas, como exigió la CNT el mismo día 3, fue uno de los más importantes detonantes

130 Aquí no haremos un relato completo de las jornadas de mayo que no esté relacionado con Los Amigos de Durruti.

de los enfrentamientos armados de los días siguientes. Ese mismo día había en Barcelona una fuerte presencia de minerosde la cuenca del Alto Llobregat, interesados en los acuerdos que había de tomar el gobierno sobre la exportación de potasas al extranjero,[131] que tomaron parte activa en la defensa de las barricadas.

El lunes, 3 de mayo de 1937, hacia las tres menos cuarto de la tarde, tres camiones de guardias de asalto, fuertemente armados, se detuvieron ante la sede de la Telefónica en la plaza de Cataluña. Estaban dirigidos por Rodríguez Salas, militante de la UGT y estalinista convencido, responsable oficial de la comisaría de orden público. El edificio de Telefónica había sido incautado por la CNT desde el 19 de julio. La supervisión de las comunicaciones telefónicas, la vigilancia de las fronteras y las patrullas de control eran el caballo de batalla, que desde enero había provocado diversos incidentes entre el gobierno republicano de la Generalidad y la masa confederal. Era una lucha inevitable entre el aparato estatal republicano, que reclamaba el dominio absoluto sobre todas las competencias que le eran «propias», y la defensa de las «conquistas» del 19 de julio por parte de los cenetistas. Rodríguez Salas pretendió tomar posesión del edificio de la Telefónica. Los militantes cenetistas de los pisos inferiores, tomados por sorpresa, se dejaron desarmar; pero en los pisos superiores se organizó una dura resistencia, gracias a una ametralladora instalada estratégicamente. La noticia se propagó rápidamente. De forma inmediata se levantaron barricadas en toda la ciudad. No debe hablarse de una reacción espontánea de la clase obrera barcelonesa, porque la huelga general, los enfrentamientos armados con las fuerzas de policía y las barricadas fueron fruto de la iniciativa tomada por el Comité de Investigación de la CNT-FAI y los comités de defensa, rápidamente secundada gracias a la existencia de un enorme descontento generalizado, las crecientes dificultades económicas en la vida cotidiana causadas por la carestía de vida, las colas y el racionamiento, así como a la tensión existente en la base militante confederal entre colaboracionistas y revolucionarios. La lucha callejera fue impulsada

131 Crónica del Departament de Presidencia del 3 de maig de 1937.

y realizada desde los comités de defensa de los barrios (y sólo parcial y secundariamente por algún sector de las patrullas de control). Que no existiera una orden de los comités superiores de la CNT, que ejercían de ministros en Valencia, o de cualquier otra organización, para movilizarse levantando barricadas en toda la ciudad, no significa que éstas fueran puramente espontáneas, sino que fueron resultado de las consignas lanzadas por los comités de defensa.[132] Manuel Escorza había intervenido en la asamblea de la CNT-FAI del 21 de julio de 1936, defendiendo una tercera vía, frente a la defendida sin convicción por García Oliver de «ir a por el todo», y la ampliamente mayoritaria de Abad de Santillán y Federica Montseny de colaborar lealmente con el gobierno de la Generalidad. Escorza propugnaba el uso del gobierno de la Generalidad como un instrumento para socializar la economía, y deshacerse de ella en cuanto dejara de ser útil a la CNT. Fue el máximo responsable de los Servicios de Investigación de la CNT-FAI, que desde julio de 1936 ejecutó todo tipo de tareas represivas, así como de espionaje e información.

Estos Servicios habían mantenido una estructura organizativa propia, autónoma e independiente tanto del gobierno de la Generalidad como, en su momento, del CCMA. Dependían directamente de los comités superiores de la CNT-FAI (comité regional de la CNT y de la FAI), a la vez que ejercían un papel de coordinación de los comités de defensa de los barrios y los militantes cenetistas que ejercían funciones y cargos públicos en la comisaría de orden público y patrullas de control: José Asens, Dionisio Eroles, Aurelio Fernández, «Portela», etcétera. En abril de 1937, Pedro Herrera, «conseller»

132 Afirma Gorkin: «En realidad el movimiento fue totalmente espontáneo. Por supuesto esta espontaneidad, muy relativa, debe explicarse, desde el 19 de julio habían sido creados, un poco por todas partes, en Barcelona y en Cataluña unos Comités de Defensa, organizados sobre todo por elementos de base de la CNT y la FAI. La existencia de esos Comités fue poco activa durante algún tiempo, pero sin embargo puede decirse que el 3 de mayo fueron ellos quienes movilizaron a la clase obrera. Fueron los grupos de acción del movimiento. Sabemos que no se dio ninguna orden de huelga general por parte de ninguna de las dos centrales sindicales». Cfr. Gorkin, Julián: «Réunion du sous-secrétariat international du POUM, 14 mai 1937».

(ministro) de Sanidad del segundo gobierno Tarradellas,[133] y Manuel Escorza, fueron los responsables cenetistas que negociaron con Lluis Companys (presidente de la Generalidad) una salida a la crisis gubernamental abierta a principios de marzo de 1937, a causa de la dimisión del «conseller» de Defensa, el cenetista Isgleas.[134] Companys decidió abandonar la táctica de Tarradellas, que no imaginaba un gobierno de la Generalidad que no fuera de unidad antifascista, y en el que no participara la CNT, para adoptar la propugnada por Comorera, secretario del PSUC, que consistía en imponer por la fuerza un gobierno «fuerte», que no tolerase ya una CNT incapaz de meter en cintura a sus propios militantes, calificados como «incontrolados». Companys estaba decidido a romper una política, cada vez más difícil, de pactos con la CNT y creyó que había llegado la hora, gracias al apoyo del PSUC y los soviéticos, de imponer por la fuerza la autoridad y decisiones de un gobierno de la Generalidad que, como los hechos demostraron, aún no era lo bastante poderosa como para dejar de negociar con la CNT. El fracaso de las conversaciones de Companys con Escorza y Herrera,[135] al no hallar solución política alguna en dos meses de conversaciones, y pese al efímero nuevo gobierno del 16 de abril,[136] desembocó directamente en los enfrentamientos armados de mayo de 1937 en Barcelona, cuando Companys, sin avisar a Ta-

133 El segundo gobierno Tarradellas se mantuvo del 16 de diciembre de 1936 al 3 de abril de 1937.

134 Isgleas había dimitido ante el proyecto de que la División Carlos Marx, controlada por el PSUC, abandonase el Frente de Aragón por el de Madrid, y no como dicen algunos historiadores a causa de un enésimo decreto de desarme de la retaguardia que nadie tomaba en serio. Isgleas se oponía al debilitamiento del Frente de Aragón, y reclamaba que, en todo caso, los hombres de la Divisón Marx fueran sustituidos por dos mil hombres provenientes de las fuerzas policiales de retaguardia. Era un golpe bajo contra las intenciones de Companys de desarmar y controlar la retaguardia.

135 «Actas de las reuniones de Companys con Herrera y Escorza del 11 y 13 de abril de 1937».

136 En este gobierno (del 16 abril al 4 de mayo) los consejeros de la CNT eran Isgleas (Defensa), Capdevila (Servicios públicos) y Aurelio Fernández (Sanidad y asistencia pública).

rradellas (ni por supuesto a Escorza y Herrera) dio la orden a Artemi Aguadé, «conseller» de Interior, de ocupar la Telefónica, que fue ejecutada por Rodríguez Salas,[137] comisario de Orden Público, hacia las tres menos cuarto de la tarde del 3 de mayo de 1937. La orden de huelga general no fue fruto de un «espontáneo instinto de clase». La toma de la Telefónica era la brutal respuesta a las exigencias[138] cenetistas y un desprecio a las negociaciones[139] que durante el mes de abril habían mantenido Manuel Escorza y Pedro Herrera, en representación de la CNT, directamente con Companys, que había excluido expresamente a Tarradellas. Escorza[140] tenía el motivo y la capacidad para responder

137 Según afirma Joan Pons Garlandí, en sus memorias, antes de mayo, en una reunión de la Junta de Seguridad Interior, en el propio despacho del comisario Rodríguez Salas, en el Palacio de Gobernación de Plaza Palacio, Artemi Aguadé consiguió que Aurelio Fernández, que había puesto su pistola en la cabeza de Rodríguez Salas, no disparara. Esta anécdota refleja el grado de crispación existente entre los dirigentes cenetistas y los cargos de ERC que ostentaban responsabilidades policiales.

138 Herrera y Escorza defendían la creación de unas Comisiones asesoras en todas las consejerías de la Generalidad, que les permitiesen controlar lo que se hacía y aprobaba en todos los departamentos del gobierno, y muy especialmente en aquellos dirigidos por el PSUC, como garantía para evitar conflictos futuros entre las distintas organizaciones antifascistas. Su modelo era el consejo de economía y la comisión de industrias de guerra, que tanta eficacia habían demostrado, según Escorza y Herrera.

139 TARRADELLAS, Josep: «La crisi política prèvia als Fets de Maig. 26 dies de desgovern a la Generalitat». Informe.

140 Nació en Barcelona en 1912. Hijo de un militante cenetista del Sindicato de la Madera. En su infancia padeció una poliomielitis que le dejó como secuela una parálisis permanente. De muy baja estatura a causa de la atrofia de las piernas utilizaba unas enormes alzas en los zapatos que añadido al uso de las muletas le daba un aspecto lastimoso y dificultaba enormemente su movilidad. De carácter extremadamente agrio y duro poseía una gran cultura y fuerza de voluntad y no permitía que nadie le ayudara a moverse. Militó en las Juventudes Libertarias y llegó a formar parte del Comité Peninsular de la FAI. Al inicio de la guerra civil intervino en la asamblea de la CNT-FAI del 20 de julio de 1936, defendiendo una tercera vía, frente a la defendida sin convicción por García Oliver de «ir a por el todo», y la ampliamente mayoritaria de Abad de Santillán de cola-

inmediatamente a la provocación de Companys desde el Comité de Investigación de la CNT-FAI, organización autónoma que coordinaba a los comités de defensa y a los responsables cenetistas en los distin-

borar lealmente con el gobierno de la Generalidad. Escorza propugnaba el uso del gobierno de la Generalidad como un instrumento para socializar y colectivizar, y deshacerse de ella en cuanto dejara de ser útil a la CNT. Fue el máximo responsable de los Servicios de Investigación de la CNT-FAI, que desde julio de 1936 ejecutó todo tipo de tareas represivas, así como de espionaje e información. El Comité de Investigación estaba organizado en dos secciones: Minué estaba encargado del espionaje en el extranjero y el propio Escorza de la información en el interior. Las tareas represivas no sólo se ejercieron contra organizaciones y elementos facciosos, sino también contra militantes cenetistas. Escorza fue responsable de la ejecución de José Gardeñas, del ramo de la construcción y Fernández, presidente del Sindicato de la Alimentación, por orden de la Organización confederal, con el conocimiento y asentimiento de Federica Montseny y Abad de Santillán. Su labor de información y espionaje fue calificada como excelente por García Oliver. Las labores policiales, informativas y represivas de la quinta columna, tanto de elementos fascistas como clericales, y de sus actividades, así como de los llamados «incontrolados» del propio bando antifascista, incluido el cenetista, le dieron una fama siniestra que, sumada a su parálisis y aparatosa presencia física, lo convirtieron en una figura repulsiva y contrahecha, temida por su poder sobre la vida y la muerte de los demás, teñida de una aureola mítica que, a caballo entre el desprecio y el terror, le calificó (en palabras de García Oliver) como «un tullido de cuerpo y alma». Sin embargo no puede negársele una sobresaliente eficacia (reconocida por el propio García Oliver) en sus tareas de espionaje, información y represión, que siempre ejerció por estricta delegación de la Organización confederal. Durante el verano de 1936 intervino destacadamente en las conversaciones del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña (CCMAC) con el Comité de Acción Marroquí (CAM) que propusieron al gobierno de la República la independencia a Marruecos como medio para desmovilizar a las tropas marroquíes que habían sido enroladas en el ejército de Franco. El 22 de octubre de 1936, Manuel Escorza y Dionisio Eroles, en nombre del Comité Regional de la CNT, y Pedro Herrera, por la FAI, firmaron el pacto de unidad de acción de la CNT-FAI con el PSUC y la UGT, que el día 27 fue refrendado y explicado en un mitin monstruo reunido en la plaza de toros Monumental, en el que tomaron la palabra, Antonio Sesé, Federica Montseny, Joan Comorera y Vázquez, además del cónsul soviético en Barcelona, Antonov Ovseenko.

tos departamentos de orden público. Ese fue verosímilmente el inicio de los enfrentamientos armados de lasornadas de mayo, y el terreno propicio para la acción que se presentó a Los Amigos de Durruti. Ellos supieron atenerse inmediatamente a lo que las circunstancias exigían. Mientras los obreros lucharon con las armas en las manos, la Agrupación intentó dirigirlos y darles un objetivo revolucionario. Pero enseguida encontraron sus límites. Criticaron a los líderes de la CNT, a los que llegaron a calificar de traidores, en el Manifiesto del día 8, pero no supieron contrarrestar sus consignas de abandono de las barricadas. Tampoco se plantearon desbordar a la dirección confederal, que inmediatamente quiso detener la insurrección iniciada desde los comités de defensa, cuando los primeros espadas, como García Oliver, Federica Montseny y Abad de Santillán, intentaron apagar el fuego prendido. Los Amigos de Durruti no consiguieron que su consigna de constitución de una Junta revolucionaria se hiciera realidad. Sabían que sus críticas a la dirección anarcosindicalista no serían suficientes para arrebatarle el dominio de la organización cenetista. Por otra parte, la Agrupación era joven, falta de experiencia y carente de prestigio entre la masa confederal. Sus ideas no habían logrado calar en profundidad entre los militantes de base.

Inmersos en esta situación de impotencia recibieron una nota del Comité ejecutivo del POUM, para que una representación autorizada de la Agrupación se entrevistara con ellos. Acudieron Jaime Balius, Pablo Ruiz, Eleuterio Roig y Martín. A las siete de la tarde del día 4 se entrevistaron en el Principal Palace, en Las Ramblas, con Gorkin, Nin y Andrade. Examinaron conjuntamente la situación, y llegaron a la conclusión unánime de que, dada la oposición al movimiento revolucionario de las direcciones de la CNT y la FAI, éste estaba condenado al fracaso.[141] Se acordó que era necesaria una retirada ordenada de los combatientes y que éstos conservaran las armas. Que la retirada se hiciera previo abandono de las posiciones por las fuerzas opuestas.

141 Vid. Solano, W.: «La Juventud Comunista Ibérica (POUM) en las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona»; en «Los sucesos de mayo de 1937. Una revolución en la República». Fundación Nin y Fundación Seguí, Pandora Libros, Barcelona, 1999, p. 158-160.

Que era preciso encontrar garantías para evitar una represión de los combatientes en las barricadas. Al día siguiente, por la noche, los máximos dirigentes y responsables anarcosindicalistas hablaron de nuevo por la radio, llamando al abandono de la lucha. Y ahora los militantes de base en las barricadas ya no se burlaban de los «bomberos» de la CNT-FAI, ni de los besos a los guardias de García Oliver.

El miércoles, día cinco de mayo, Los Amigos de Durruti distribuyeron en las barricadas la conocida octavilla que les dio fama, cuyo texto decía así:

> «CNT-FAI. Agrupación "Los Amigos de Durruti".
>
> ¡TRABAJADORES! Una Junta revolucionaria. Fusilamiento de los culpables. Desarme de todos los Cuerpos armados. Socialización de la economía. Disolución de los Partidos políticos que hayan agredido a la clase trabajadora. No cedamos la calle. La revolución ante todo. Saludamos a nuestros camaradas del POUM que han confraternizado en la calle con nosotros ¡VIVA LA REVOLUCIÓN SOCIAL! ¡ABAJO LA CONTRARREVOLUCIÓN!».

Esta octavilla fue confeccionada la noche del cuatro al cinco de mayo bajo amenaza armada, en una imprenta del Barrio Chino. La improvisación y la falta de infraestructura de la Agrupación eran evidentes. El texto fue redactado tras la reunión con la Ejecutiva del POUM, celebrada a las siete de la tarde del día cuatro, cuando entre la Agrupación y el POUM se había acordado ya una postura defensiva de retirada, sin abandono de las armas, y con la exigencia de pedir garantías contra la represión. La octavilla, aprobada por el POUM, y reproducida en el número 235 (del 6 de mayo) de La Batalla, no tenía tras de sí ningún plan de acción, no era más que una declaración de intenciones y un llamamiento a la espontaneidad de las masas confederales para que perseveraran en su acción ante los avances de la contrarrevolución. Todo estaba condicionado en realidad a la decisión que tomara la dirección cenetista. Era absurdo e ilógico creer que las masas con-

federales, pese a su reticencia inicial, o a sus críticas, no seguiría a los líderes del 19 de julio. Sólo si la dirección de la CNT era desbordada por otra dirección revolucionaria podía darse el caso, aún así muy difícil, de que la masa siguiera las consignas y el plan de acción de una nueva dirección. Pero ni la Agrupación, ni el POUM, intentaron desbancar a la dirección confederal, ni tenían preparado ningún plan de acción. Tanto unos como otros impulsaron, en la práctica, una política seguidista respecto a las decisiones de la dirección cenetista. El Comité ejecutivo del POUM rechazó el plan de Josep Rebull[142] de tomar la Generalidad y los edificios que aún resistían en el centro de la ciudad, argumentando que no se trataba de una cuestión militar, sino política. Los enfrentamientos se reducían al centro de la ciudad.

Ese mismo día 5 se mantuvo una entrevista entre el Comité Local de Barcelona del POUM y Los Amigos de Durruti, que los poumistas calificaron como negativa, porque:

> «Ellos (Los Amigos de Durruti) no quieren intervenir directamente dentro de los medios confederales para desplazar la dirección, nada más quieren influenciar el movimiento sin ninguna más responsabilidad».

En la octavilla, lanzada el día 5 de mayo, Los Amigos de Durruti propusieron una acción común CNT-FAI-POUM. Como objetivo inmediato para dirigir la revolución propugnaron la formación de una Junta Revolucionaria. Pero jamás pudo ser llevada a la práctica. Eran gente de barricada, más que organizadores. La propuesta de acción común CNT-FAI-POUM no pasó de ser un saludo a los militantes de otras organizaciones, que combatieron codo a codo con ellos en las barricadas. Nunca se pasó de la letra de la octavilla a un acuerdo concreto. No hicieron prácticamente nada para desbordar a la dirección cenetista y arrebatarle el control de la masa confederal, que desoyó en repetidas ocasiones las órdenes de abandonar la lucha en las calles.

142 GUILLAMON, Agustín: «Josep Rebull de 1937 a 1939. La crítica interna a la política del CE del POUM sobre la Guerra de España». «Balance». Cuadernos 19 y 20 (mayo-octubre de 2000).

Los Amigos de Durruti fueron los combatientes más activos en las barricadas, y dominaron completamente la plaza Maciá (ahora plaza Real), con todos los accesos bloqueados con barricadas, y la calle Hospital en toda su longitud. En el cruce Ramblas/calle Hospital, bajo un enorme retrato de Durruti, colocado en la fachada del piso donde estaba la sede de la Agrupación, levantaron una barricada donde establecieron su centro de operaciones. El absoluto control de la calle Hospital enlazaba con la sede del Comité de Defensa Confederal (cuartel central de los comités de defensa), en Los Escolapios[143] de la Ronda San Pablo, y de allí con la Brecha de San Pablo, tomada por una cuarentena de milicianos de la Rojinegra, que al mando del durrutista Máximo Franco habían «bajado a Barcelona» en labor de «observación e información», después que tanto la Columna Rojinegra como la Lenin, mandada por Rovira, hubieran cedido a las presiones recibidas para que sus respectivas unidades regresaran al frente, a instancias de Abad de Santillán y Molina, esto es, de los cenetistas que daban las órdenes del departamento de Defensa de la Generalidad, en ausencia de Isgleas.

El POUM dominaba totalmente la plaza del Teatro con unas barricadas que defendían un amplio perímetro en torno a la sede del Comité Local (en el Principal Palace) y el Hotel Falcón, convertido en una fortaleza.

Los enfrentamientos más duros y decisivos se produjeron los días cuatro y cinco. Los barrios obreros estuvieron en poder de la CNT-FAI desde el primer momento. En el centro de Pueblo Nuevo, por ejemplo, se levantaron las barricadas de rigor, para controlar las entradas y salidas de la ciudad por la carretera de Mataró, pero la tranquilidad fue absoluta, y en los barrios donde fue necesaria la lucha ésta se decidió rápidamente a favor de los comités de defensa, como ocurrió en Sants, donde el comité de defensa, instalado en el Hotel Olímpic de la plaza de España, asaltó el vecino cuartel de la guardia de asalto

143 «Pedro» (Gerö), en sus informes a Moscú, señaló Los Escolapios como el centro dirigente de la insurrección de mayo de 1937. Véase Guillamón, Agustín: «La NKVD y el SIM en Barcelona. Algunos informes de Gerö sobre la Guerra de España». Balance número 22 (noviembre 2001).

(600 hombres) de plaza de España, y luego, preventivamente, el cuartel de la guardia nacional (antigua guardia civil) de Casarramona[144] (actual sede de Caixa-Fórum), custodiado por un retén de 80 hombres, ya que el resto de la guarnición, que contaba con un total de 400 guardias, había salido con órdenes de tomar la emisora de radio de Las Ramblas. Al llegar a la altura de Los Escolapios fueron derrotados y emprendieron la huida. En Pueblo Seco, el comité de defensa desalojó a cañonazos el cine América (Paralelo 121), donde se habían refugiado unos sesenta de esos guardias nacionales en retirada hacia su cuartel.

La lucha más encarnizada se estableció en el centro de la ciudad, enfrentándose a menudo barricada contra barricada, levantadas por el POUM, CNT, PSUC, ERC y Generalitat, para defender sus respectivos locales.

La plaza de Sant Jaume, donde se encuentran el Palacio de la Generalidad y el Ayuntamiento, estaba defendida por barricadas levantadas por los mossos d´esquadra. Los del POUM habían levantado una barricada en Ramblas/Fiveller (ahora Ferran/Fernando), desde la que disparaban contra la barricada de la Generalidad. Los del PSUC habían levantado una barricada en Llibreteria-plaza del Angel (entonces Dostoievski), precisamente frente al edificio que era la sede del sindicato de la UGT de agua, gas y electricidad, sito en vía Layetana (entonces Durruti). El fuego cruzado les permitía dominar este sector de la vía Durruti, que además bloqueaba el portal del número 2 de la plaza del Angel, donde residían Berneri y Barbieri, que fueron secuestrados y asesinados por una patrulla ugetista. También hubo combates, en la misma vía Durruti, entre la Comisaría de orden público y la Casa CNT-FAI, defendida con tanques. En el edificio de Correos se combatió piso por piso.

En el Paseo de Gracia se intercambiaron disparos entre el Casal Carlos Marx del PSUC y el cercano local del sindicato de la madera cenetista; y en el Cinco de Oros, entre la barricada levantada frente a la sede del POUM, en Gracia, y la del próximo cuartel de los de asal-

144 GIMÉNEZ ARENAS, Juan: «De la Unión a Banat». Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 1996, p. 59.

to. En ese mismo lugar, los anarcosindicalistas alemanes levantaron otra barricada frente al antiguo consulado alemán, protegida con una ametralladora que enfilaba todo el paseo de Gracia.

En la Gran Vía, entre Balmes y Paseo de Gracia, se enfrentaron guardias de asalto y los de Estat Català, que ocuparon el café llamado Oro del Rhin y levantaron una barricada en la Rambla de Cataluña, con los cenetistas del sindicato de la alimentación y la central de las Patrullas de Control; mientras desde el Hotel Colón, que compartía el patio interior con el sindicato cenetista de artes gráficas, que preparaba un asalto al hotel, se disparaba sobre la Telefónica. En la parte alta de Las Ramblas la sede del Comité ejecutivo del POUM, amenazada por un pelotón de guardias de asalto, que se habían hecho fuertes en el colindante café Moka, era defendida desde los observatorios astronómicos del Poliorama,[145] edificio situado enfrente, al otro lado de las Ramblas, desde el que se batía la entrada del café Moka. También se luchó duramente en el Parque de la Ciudadela, en torno al edifico del Parlamento, residencia de Azaña (presidente de la República), en el Mercado del Born y en la Estación de Francia, controlada por los cenetistas, pero que las tropas del cercano Palacio de Gobernación consiguieron tomar finalmente. Desde el cuartel Carlos Marx (PSUC) se hostilizó al cercano cuartel Espartaco (CNT), o de los Docks.

Las patrullas de uno y otro bando cacheaban y desarmaban[146] a individuos y grupos de signo contrario en las calles del Ensanche. Numerosos incidentes, refriegas y choques armados se producían por doquier, pero sobre todo en el triángulo formado entre el Hotel Colón (sede del PSUC), el Palacio de la Generalidad y la Comisaría de orden público, en vía Durruti. Este bastión contrarrevolucionario del centro de la ciudad, formado por callejuelas estrechas y retorcidas, fácilmente obstruidas por pequeñas barricadas, aún en disputa, hubiera cedido al asalto decidido de los trabajadores barceloneses, como

145 Aquí estuvo de guardia el escritor británico George Orwell.

146 El nieto de Francisco Ferrer Guardia fue asesinado por una patrulla del PSUC en uno de esos controles, al resistirse a ser desarmado.

insistía en demostrar Josep Rebull al comité ejecutivo del POUM con un plano de Barcelona en mano. Pero los discursos radiofónicos de los ministros y demás jerifaltes anarquistas, tuvieron un poderoso efecto desmovilizador. Aunque al principio hubo quien disparó al aparato de radio, cuando García Oliver decía que había que besar a los policías muertos,[147] porque eran hermanos antifascistas, pronto se notó su efecto desmoralizador en las barricadas,[148] con la deserción lenta, pero constante, de los militantes anarquistas. Manuel Escorza y Aurelio Fernández se sometieron inmediatamente a sus superiores jerárquicos, escudándose en el hecho «evidente» de que la insurrección había sido la respuesta «espontánea» frente a la provocación que supuso la ocupación de la Telefónica por orden de la Generalidad.

En la Generalidad los jerarcas de la CNT, «protegidos» por los cañones de Montjuic apuntando sobre el Palacio,[149] los stalinistas y los burgueses catalanistas hacían lo único que podían hacer: otro gobierno igual con nombres distintos. Los dirigentes del POUM se reunieron con el Comité Regional de la CNT para ¡pedir prudencia! En las barricadas surgieron unos Comités de defensa de la Revolución que no consiguieron materializar la formación de una Junta Revolucionaria.[150]

Balius, el teórico más destacado de la Agrupación, inválido a causa de una encefalitis progresiva con hemiplegia izquierda espasmódica, que se manifestaba en la inmovilización de la pierna izquierda y la torsión y temblor del brazo del mismo costado, apoyado en sus muletas, leyó una proclama desde la barricada de Las Ramblas/Hospital en

147 Dijo exactamente: «declaro que los guardias que hoy han muerto, para mí son hermanos: me inclino ante ellos y los beso». En «El eco de los pasos», p. 427.

148 Testimonio de Albert Masó March (militante del POUM) en correspondencia con el autor.

149 Según testimonio de Abad de Santillán: «Por qué perdimos la guerra». Plaza y Janés, Barcelona, 1977, p. 211.

150 El Comité local de Barcelona (del POUM): «Informe de la actuación del Comité local durante los días de mayo que ésta presenta a discusión de las células de Barcelona». Texto mecanografiado.

la que hizo un llamamiento a la solidaridad revolucionaria del proletariado europeo, y sobre todo francés, con la lucha del proletariado español. Era una formidable estampa revolucionaria del momento, tan bella como inútil.

La distribución de la octavilla en las barricadas no fue fácil, ni ajena a la desconfianza de muchos militantes, e incluso a la represión física. El día cinco, por la tarde, los bolchevique-leninistas Carlini y Quesada[151] sostuvieron una entrevista informal con Balius, sin más acuerdo ni perspectivas que continuar la lucha en las barricadas. También hubo un encuentro entre Jaume Balius y Josep Rebull,[152] secretario de la célula 72 del POUM que, dado el escaso peso numérico de ambas organizaciones, no tuvo ningún resultado práctico. Los Amigos de Durruti rechazaron la propuesta de Josep Rebull de lanzar un Manifiesto conjunto.

El jueves 6 de mayo los militantes de la CNT, como prueba de buena voluntad para conseguir la pacificación de la ciudad, abandonaron el edificio de la Telefónica, origen del conflicto, que fue inmediatamente ocupado por las fuerzas de policía, que garantizaron a los militantes de UGT la seguridad en sus puestos de trabajo, para reanudar el servicio telefónico. Ante la protesta de los dirigentes anarquistas, la Generalidad respondió que «se trataba de un hecho consumado», y los dirigentes confederales optaron por no informar sobre la nueva «traición» burguesa, para no encrespar los ánimos. En lenguaje coloquial a esto se le llama hacer de bomberos, esto es, apagar fuegos y/o conflictos. El abandono de las barricadas por parte de los cenetistas ya se había generalizado. Los tiroteos eran raros.

Cuando se conoció la noticia de que venía de Valencia un contingente de tropas para pacificar Barcelona, Balius propuso formar una columna confederal que saliera a su encuentro. Formada la columna en Barcelona, ésta se engrosaría por el camino y se le suma-

151 Correspondencia del autor con José Quesada Suárez.

152 Correspondencia y entrevista del autor con Josep Rebull Cabré. Véase además GUILLAMÓN, Agustín: «Josep Rebull de 1937 a 1939: la crítica interna a la política del Comité ejecutivo del POUM durante la Revolución española». «Balance. Cuadernos de historia números 19 y 20» (2000).

rían además no pocos milicianos del frente de Aragón: se podía llegar hasta Valencia ¡y después asaltar el cielo…! Se formaron comisiones para consultar a los militantes en los sindicatos y en la calle, pero la proposición no tuvo ya eco alguno. Era ya absolutamente irreal.

El viernes 7 de mayo, a partir de las siete de la tarde, las tropas de Valencia desfilaron por la Diagonal y el Paseo de Gracia. Días después sólo quedaban en pie las barricadas que el PSUC había querido conservar para mostrarse y demostrar a los demás quien había ganado.

El sábado 8 de mayo el orden volvía a reinar en Barcelona. Aparecieron los cadáveres de Camilo Berneri, Alfredo Martínez y tantos otros que habían sido torturados y ejecutados por los stalinistas. Los comités superiores de la CNT-FAI exigieron la expulsión de Los Amigos de Durruti, aunque no consiguieron que ninguna asamblea sindical ratificara tal decisión. Las masas confederales desorientadas por el llamamiento de sus dirigentes ¡los mismos del 19 de julio! habían optado al fin por abandonar la lucha, pese que al principio se habían burlado de los llamamientos de la dirección de la CNT a la concordia y el abandono de la lucha en aras de la unidad antifascista.

El Manifiesto distribuido el 8 de mayo por la Agrupación, en el que se hacía un balance de las jornadas de mayo, fue impreso en la imprenta de «La Batalla». La Agrupación, denunciada como organización de provocadores por la CNT, carecía de prensas donde imprimirlo. Un miliciano del POUM, Paradell, líder del sindicato mercantil, al tener conocimiento del problema que se planteaba a la Agrupación de Los Amigos de Durruti, planteó la cuestión a Josep Rebull, administrador del órgano del POUM, y éste en cumplimiento del más elemental deber de solidaridad revolucionaria, sin consultar a ningún órgano superior de su partido, ofreció la imprenta a Los Amigos de Durruti.

En ese Manifiesto, Los Amigos de Durruti relacionaban la toma de la Telefónica con provocaciones anteriores. Señalaban como provocadores de los Hechos de mayo a la Esquerra Republicana, PSUC, y cuerpos armados de la Generalidad. Los Amigos de Durruti afirmaban el carácter revolucionario de julio del 36 (no sólo de oposición

al levantamiento fascista) y de mayo del 37 (no se contentan con un simple cambio de gobierno):

> «Nuestra Agrupación que ha estado en la calle, en las barricadas, defendiendo las conquistas del proletariado propugna por el triunfo total de la revolución social. No podemos aceptar la ficción, y el hecho contrarrevolucionario, de constituir un nuevo gobierno con los mismo partidos, pero con distintos representantes».

Frente a las componendas que la Agrupación califica de engaño, Los Amigos de Durruti oponen su programa revolucionario, ya expuesto en la octavilla lanzada el día 5: «Nuestra Agrupación exige la constitución inmediata de una junta revolucionaria, el fusilamiento de los culpables, el desarme de los cuerpos armados, la socialización de la economía y la disolución de todos los partidos políticos que han agredido a la clase trabajadora».

La Agrupación de Los Amigos de Durruti no dudaba en afirmar que la batalla había sido ganada militarmente por los trabajadores, y que por lo tanto había que acabar de una vez por todas con una Generalidad que no significaba nada. La Agrupación acusaba de «traición» a los dirigentes y comités superiores de la CNT, que habían paralizado una insurrección obrera victoriosa:

> «La Generalidad no representa nada. Su continuación fortifica la contrarrevolución. La batalla la hemos ganado los trabajadores. Es inconcebible que los comités de la CNT hayan actuado con tal timidez que llegasen a ordenar "alto el fuego" y que incluso hayan impuesto la vuelta al trabajo cuando estábamos en los lindes inmediatos de la victoria total. No se ha tenido en cuenta de dónde ha partido la agresión, no se ha prestado atención al verdadero significado de las actuales jornadas. Tal conducta ha de calificarse de traición a la revolu-

> ción que nadie en nombre de nada debe cometer ni patrocinar. Y no sabemos cómo calificar la labor nefasta que ha realizado Solidaridad Obrera y los militantes más destacados de la CNT».

El calificativo de «traición» fue utilizado de nuevo cuando se comentó la desautorización que el Comité Regional de la CNT había hecho de Los Amigos de Durruti, así como el traspaso de las competencias (no las ejercidas por la Generalidad, sino las controladas por la CNT) de seguridad y defensa al gobierno central de Valencia: «La traición es de un volumen enorme. Las dos garantías esenciales de la clase trabajadora, seguridad y defensa, son ofrecidas en bandeja a nuestros enemigos». El Manifiesto finalizaba con una breve autocrítica de algunos fallos tácticos durante las jornadas de mayo, y con una optimista perspectiva de futuro, que la inmediata oleada represiva iniciada el 28 de mayo demostraría como vana e inconsistente. Mayo del 37 no acabó en tablas, sino que fue una severa derrota del proletariado.

Pese a la mitificación existente sobre los Hechos de mayo del 37 lo cierto es que se trató de una situación muy caótica y confusa, caracterizada por el afán negociador de todas las partes implicadas en el conflicto. Mayo del 37 no fue en ningún momento una insurrección obrera ofensiva y decidida, sino meramente defensiva y sin objetivos precisos, aunque formaba parte del combate en curso de la socialización contra la colectivización, y en defensa de «las conquistas» de julio. El detonador del conflicto fue el asalto a la Telefónica por las fuerzas de seguridad de la Generalidad. Y esta acción se encuadraba dentro de la lógica del gobierno de Companys de asumir paulatinamente todas las competencias que la situación «anómala» de la insurrección obrera del 19 de julio le había arrebatado momentáneamente. Los recientes éxitos obtenidos en la Cerdaña, abrían la vía para pasar a una acción definitiva en Barcelona y en toda Cataluña. Era evidente que Companys se sentía respaldado por Comorera (PSUC) y por Ovseenko (el cónsul soviético), con quienes venía colaborando muy estrecha y efectivamente desde diciembre, cuando se produjo

la expulsión del POUM del gobierno de la Generalidad. La política estalinista coincidía con los objetivos de Companys: la debilitación y anulación de las fuerzas revolucionarias, esto es, del POUM y de la CNT, eran un objetivo de los soviéticos, que sólo podía pasar por el fortalecimiento del gobierno burgués de la Generalidad. La larga crisis abierta en el gobierno de la Generalidad, tras la no aceptación por la CNT de la marcha al frente de Madrid de la división Carlos Marx (PSUC) y del decreto del 4 de marzo sobre la disolución de las Patrullas de Control y desarme de la retaguardia, tuvo su inevitable solución violenta tras varios episodios de enfrentamientos armados en Vilanesa, La Fatarella, Cullera (Valencia), Bellver, entierro de Cortada, etcétera, en el asalto a la Telefónica y las sangrientas jornadas de mayo en Barcelona. La estúpida ceguera, la fidelidad inquebrantable a la unidad antifascista, el elevado grado de colaboración con el gobierno republicano de los principales dirigentes anarcosindicalistas (desde Peiró hasta Federica Montseny, de Abad de Santillán a García Oliver, de Marianet a Valerio Mas) no eran un dato irrelevante, ni desconocido, para el gobierno de la Generalidad y los agentes soviéticos. Se podía contar con su cretina santidad, como demostraron colmadamente durante las jornadas de mayo. Pero Companys no contó con la rápida y contundente respuesta armada de Escorza, desde los comités de defensa, y luego se desesperó ante la negativa del gobierno de Valencia a que Díaz Sandino (que mandaba la aviación) se pusiera a sus órdenes para bombardear los cuarteles y edificios de la CNT. Companys acabó perdiendo todas las atribuciones de la Generalidad en Defensa y Orden Público, que jamás habían sido tan amplias.

Respecto a la actividad de Los Amigos de Durruti, durante los Hechos de mayo, no cabe tampoco una engañosa mitificación de su participación en las barricadas y de su octavilla, ya que Los Amigos de Durruti no se propusieron en ningún momento desbordar a la dirección confederal, y se limitaron a efectuar una dura crítica de sus dirigentes y de su política de «traición» a la revolución. Quizás no podían hacer otra cosa, dado su número y su escasa influencia en la masa cenetista. Pero cabe destacar su participación en la lucha

callejera, con el dominio de varias barricadas en Las Ramblas, especialmente frente a su sede social, y su intervención en las luchas de Sants, La Torrassa y Sallent. Hay que subrayar, por supuesto, su intento de dar una dirección y unas reivindicaciones políticas mínimas, en la octavilla lanzada el día 5. La distribución de la octavilla no fue fácil, costó la vida de varios miembros de la Agrupación, y su distribución en las barricadas contó con la simpatía y ayuda de muchos militantes cenetistas. Entre las acciones a señalar durante las jornadas de mayo no debe olvidarse el llamamiento efectuado por Balius, desde la barricada situada en la esquina de Las Ramblas con la calle Hospital, a la solidaridad activa de todos los trabajadores de Europa con la revolución española. Los Amigos de Durruti, ante la noticia de la formación de una columna de guardias de asalto, que venía desde Valencia para sofocar la rebelión, reaccionaron con el intento de formar una columna anarquista que fuera a su encuentro. Pero no pasó de una vana propuesta, que ya no halló eco alguno entre los militantes cenetistas, que empezaron a abandonar las barricadas. Mientras tanto, Ricardo Sanz, delegado de los milicianos de la columna Durruti, que habían regresado del frente de Madrid en espera de trasladarse de nuevo al frente de Aragón, permanecía inactivo en el cuartel de los Docks de la avenida Icaria, totalmente ajeno a las luchas callejeras, como si aquello no fuese con ellos o aconteciese en el planeta Marte.[153]

Cabe por fin destacar, desde un punto de vista político, el acuerdo alcanzado con el POUM de hacer un llamamiento a los trabajadores

---

153 SANZ, Ricardo: «El sindicalismo y la política. Los "solidarios" y "nosotros"». Edición del autor, Toulouse, 1966, p. 306. El cuartel de los Docks (rebautizado Espartaco) fue atacado por los stalinistas del cercano cuartel Carlos Marx, pero las tropas de Ricardo Sanz se limitaron a defenderse pasivamente, sin salir a la calle. En ese mismo cuartel, milicianos de la columna Tierra y Libertad, que habían participado en los combates callejeros, acataron al anochecer del día 5 las órdenes del Comité Regional de la CNT de suspender cualquier ataque. Sólo siguieron combatiendo un grupo de italianos (que el día 4 habían llevado cuatro tanques a defender la Casa CNT-FAI y el día 5 seis blindados a la Gran Vía, para defender la central de las Patrullas de Control y el sindicato de la alimentación) en la barricada levantada en la avenida Icaria.

para que, antes de abandonar las barricadas, pidieran garantías de que no habría ninguna represión; y sobre todo señalando que la mejor garantía era conservar las armas, que no debían entregarse nunca. Una insurrección obrera vencida puede no abandonar las armas, pero no puede esperar que la represión deje de abatirse sobre los insurrectos, como así sucedió a partir del 16 de junio.

Pero lo cierto es que, finalizados los combates, las barricadas de mayo molestaban a todos: las tropas llegadas de Valencia rompían los carnés de la CNT y obligaban a los pacíficos transeúntes a deshacer las barricadas, al tiempo que el Comité Regional de la CNT llamaba a la rápida desaparición de las barricadas como señal de normalidad. A los pocos días sólo permanecían en pie aquellas barricadas que el PSUC quería conservar como muestra y señal de su victoria. El saldo de víctimas fue de unos quinientos muertos y unos mil heridos.

Desde un punto de vista teórico, el papel de Los Amigos de Durruti fue mucho más destacado después de las jornadas de mayo, cuando iniciaron la publicación de su órgano, que tomó el nombre del periódico publicado por Marat durante la Revolución Francesa: «El Amigo del Pueblo».

Después de mayo

La dirección de la CNT propuso la expulsión de los miembros de la Agrupación, pero no consiguió nunca que esta medida fuera ratificada por ninguna asamblea de sindicatos. Gran parte de la militancia confederal simpatizaba con la oposición revolucionaria que encarnaba la Agrupación. Ello no significaba que compartiese ni la acción ni el pensamiento de Los Amigos de Durruti, pero sí que comprendiera sus posiciones y respetara, e incluso respaldara, sus críticas a la dirección cenetista. La dirección confederal usó y abusó a conciencia de la acusación de «marxistas», máximo insulto concebible entre anarquistas, que lanzó en repetidas ocasiones contra la Agrupación, y muy concretamente contra Balius. Por supuesto, Balius y la Agrupación se defendieron de tan inmerecido «insulto», no sin razón. No hay nada

en las tesis teóricas de la Agrupación, y mucho menos en El Amigo del Pueblo, o en los diversos manifiestos y octavillas, que permita calificar a la Agrupación de marxista. Sólo fueron una oposición a la política colaboracionista de la dirección confederal, desde el seno de la organización y la ideología anarcosindicalista.

El primer número de El Amigo del Pueblo, fue publicado legalmente el 19 de mayo, con una gran cantidad de galeradas censuradas. La portada, en color rojo y negro, de gran formato, reproducía un dibujo en el que aparecía un sonriente Durruti, sosteniendo la bandera rojinegra. El número 1 no está fechado, la redacción y administración se situaban en Rambla de las Flores número 1, primer piso. El diario aparecía como portavoz de Los Amigos de Durruti. Se citaba a Balius como director, y a Eleuterio Roig, Pablo Ruiz y Domingo Paniagua como redactores. El artículo más interesante, firmado por Balius, se titulaba «Por los fueros de la verdad. No somos agentes provocadores», en el que éste se lamentaba de los insultos y ataques procedentes de las propias filas confederales. Citaba la octavilla y el manifiesto lanzados en mayo, que afirmaba no reproducir para evitar su segura e inevitable censura. Atacaba directamente a Solidaridad Obrera por su ensañamiento con Los Amigos de Durruti, y negaba la calumnia vertida por la dirección cenetista: «no somos agentes provocadores». Para evitar la censura, desde el segundo número, El Amigo del Pueblo fue editado clandestinamente. El número 5 es uno de los más interesantes de El Amigo del Pueblo. En primera página aparece un artículo titulado: «Una teoría revolucionaria». Sólo este editorial sería suficiente para destacar la importancia política e histórica de Los Amigos de Durruti, no sólo en la historia de la guerra civil, sino de la ideología ácrata. En el editorial, Los Amigos de Durruti atribuían el avance de la contrarrevolución y el fracaso de la CNT, tras su triunfo innegable y absoluto de julio del 36, a una sola razón: la ausencia de un programa revolucionario. Y esa había sido también la causa de la derrota de mayo del 37. La conclusión a la que habían llegado es definida con una enorme claridad:

> «La trayectoria descendente (de la revolución) ha de atribuirse exclusivamente a la ausencia de un pro-

grama concreto y de unas realizaciones inmediatas y que por este hecho hemos caído en las redes de los sectores contrarrevolucionarios en el preciso momento en que las circunstancias se desenvolvían netamente favorables para una coronación de las aspiraciones del proletariado. Y al no dar libre cauce a aquel despertar de julio, en un sentido netamente de clase, hemos posibilitado un dominio pequeño-burgués que de ninguna de las maneras podía producirse si en los medios confederales y anarquistas, hubiese prevalecido una decisión unánime de asentar el proletariado en la dirección del país. […] cometiéndose la simpleza de que una revolución de tipo social podía compartir sus latidos económicos y sociales, con los factores enemigos. […] En mayo se volvió a plantear el mismo pleito. De nuevo se ventilaba la supremacía en la dirección de la revolución. Pero los mismos individuos que en julio se atemorizaron por el peligro de una intervención extranjera, en las jornadas de mayo volvieron a incurrir en aquella falta de visión que culminó en el fatídico "alto el fuego" que, más tarde, se traduce, a pesar de haberse concertado una tregua, en un desarme insistente y en una despiadada represión de la clase trabajadora. […] De manera que, al despojarnos de un programa, léase comunismo libertario, nos entregamos por entero a nuestros adversarios que poseían y poseen un programa y unas directrices […] a los partidos pequeño-burgueses había que aplastarlos en julio y en mayo. Opinamos que cualquier otro sector, en el caso de disponer de una mayoría absoluta como la que poseíamos nosotros, se hubiera erigido en árbitro absoluto de la situación. En el número anterior de nuestro portavoz precisábamos un programa. Sentamos la necesidad de una Junta revolucionaria, de un predominio económico de los Sindicatos y de una estructuración libre de los Munici-

> pios. Nuestra Agrupación ha querido señalar una pauta por el temor de que en circunstancias similares a julio y mayo, se proceda de una manera idéntica. Y el triunfo radica en la existencia de un programa que ha de ser respaldado, sin titubeos, por los fusiles.
>
> […] Las revoluciones sin una teoría no siguen adelante. "Los Amigos de Durruti" hemos trazado nuestro pensamiento que puede ser objeto de los retoques propios de las grandes conmociones sociales, pero que radica en dos puntos esenciales que no pueden eludirse. Un programa y fusiles».

Este texto es fundamental, marca un hito en la evolución del pensamiento anarquista. Los conceptos teóricos aquí vertidos, sólo esbozados muy confusamente con anterioridad, se expresan ahora con una claridad cegadora. Y estas conquistas teóricas serían, más tarde, repetidas y razonadas en el folleto de Balius «Hacia una nueva revolución». Pero aquí aparecían por primera vez. Y a nadie puede escapar su novedad e importancia dentro del pensamiento anarquista. Los Amigos de Durruti habían asumido viejos conceptos teóricos, que habían conquistado tras una dolorosa experiencia histórica, en el transcurso de una guerra civil y un proceso revolucionario, que había mostrado descarnadamente las contradicciones y las necesidades de la lucha de clases. ¿Acaso podemos creer que esta evolución del pensamiento político de Los Amigos de Durruti pueda atribuirse, seria y documentadamente, a la influencia de un grupo ajeno, sean trotskistas o poumistas? Es innegable que se trata de una evolución atribuible únicamente a la propia Agrupación de Los Amigos de Durruti, que en el análisis de la situación política e histórica habían llegado a la conclusión de la necesidad, ineludible en una revolución, de establecer un programa y un gobierno que imponga la dictadura del proletariado contra los enemigos burgueses de la revolución.

El número 6 de El Amigo del Pueblo estaba fechado en Barcelona, el 12 de agosto de 1937. El editorial se titulaba «Necesidad de una Junta revolucionaria», en el que incidiendo en el editorial del número

anterior sobre la necesidad de una teoría revolucionaria, se afirmaba que en julio del 36 faltó la constitución de una Junta revolucionaria:

> «Del movimiento de julio hemos de sacar la conclusión de que a los enemigos de la revolución se les ha de aplastar sin compasión. Este ha sido uno de los errores capitales que estamos ahora pagando con creces. Esta misión de carácter defensivo correrá a cargo de la Junta revolucionaria, que ha de ser inexorable con los sectores adversos.
>
> […] La importancia de la constitución de la Junta revolucionaria es grandiosa. No se trata de una elucubración más. Es la resultante de una serie de fracasos y de desastres. Y es la rectificación categórica de la trayectoria seguida hasta el momento actual.
>
> En julio se creó un comité antifascista que no respondía a la envergadura de aquella hora sublime. ¿Cómo podía desarrollarse el embrión surgido de las barricadas, con un codo a codo de amigos y enemigos de la revolución? No era el comité antifascista, por su composición, el exponente de la lucha de julio. […] somos partidarios de que en la Junta revolucionaria solamente participen los obreros de la ciudad, del campo y los combatientes que en los instantes decisivos de la contienda se hayan manifestado como paladines de la revolución social.
>
> […] La agrupación "Los Amigos de Durruti" que supo hacer una crítica exacta de las jornadas de mayo, sienta, desde este momento, la necesidad de la constitución de una Junta revolucionaria, tal como nosotros la concebimos, y la creemos indispensable para defender la revolución […]».

La evolución del pensamiento político de Los Amigos de Durruti era ya muy notable. Tras el reconocimiento de la necesidad de la dicta-

dura del proletariado, la siguiente pregunta que se plantea es ¿quién la ejercerá? La respuesta es una Junta revolucionaria, definida acto seguido como la vanguardia de los revolucionarios que hicieron el 19 de julio. Y su papel, no podemos creer que sea diferente al atribuido por los marxistas al partido revolucionario.

Sin embargo, Munis en el número 2 de «La Voz Leninista», criticaba este número 6 de El Amigo del Pueblo, porque apreciaba en sus afirmaciones un retroceso respecto a las mismas formulaciones hechas por la Agrupación de Los Amigos de Durruti durante, e inmediatamente después, de las jornadas de mayo.[154]

El número 11 de El Amigo del Pueblo estaba fechado el sábado 20 de noviembre de 1937, aniversario de la muerte de Durruti, y estaba consagrado casi por completo a la conmemoración del popular héroe anarquista. De entre todos los artículos, dedicados a una glosa más o menos afortunada de la figura de Durruti, destacaba sin duda alguna el titulado «Comentando a Durruti» en el que se polemizaba con Solidaridad Obrera a propósito de la ideología e intenciones de Durruti. Según el anónimo articulista, la «Soli» afirmaba que Durruti estaba dispuesto a renunciar a todos los principios revolucionarios en aras de ganar la guerra. El articulista de El Amigo del Pueblo concebía tal afirmación como una aberración y el peor insulto que podía hacerse

154 Munís, en el número 2 de La Voz Leninista (del 23 de agosto de 1937) realizó una crítica al concepto de «junta revolucionaria» desarrollado en el número 6 de El Amigo del Pueblo (del 12 de agosto de 1937). Para Munís Los Amigos de Durruti sufrían un progresivo deterioro teórico, e incapacidad práctica para influir en la CNT, que les conducía al abandono de algunas posiciones teóricas que la experiencia de mayo les había permitido adquirir. Munís constataba que en mayo de 1937 Los Amigos de Durruti habían lanzado la consigna de «junta revolucionaria», al mismo tiempo que la de «todo el poder al proletariado»; mientras en el número 6, del 12 de agosto, de El Amigo del Pueblo la consigna de «junta revolucionaria» se proponía como alternativa al «fracaso de todas las formas estatales». Según Munis esto suponía un retroceso teórico en la asimilación por parte de Los Amigos de Durruti de las experiencias de mayo, que les alejaba del concepto marxista de dictadura del proletariado, y les arrastraba de nuevo a la ambigüedad de la teoría estatal anarquista.

a la memoria de Durruti. La visión que daba la Agrupación sobre la ideología de Durruti era todo lo contrario de la que ofrecía la «Soli»:

> «Durruti no renunció nunca a la revolución. Si bien dijo que había que renunciar a todo, excepto a la victoria, se refería a que debíamos estar dispuestos a las mayores privaciones, a la vida inclusive, antes que el fascismo pudiera someternos.
>
> Pero en boca de Durruti el concepto de victoria no presupone el menor desglose de la guerra y la revolución. [...] No creemos y estamos convencidos de ello, que Durruti fuese partidario de que la clase, que lo ganó todo a costa de los mayores sacrificios, sea quien ceda constantemente y transija en provecho de la clase adversa.
>
> [...] Durruti quería ganar la guerra, pero tenía la vista puesta en la retaguardia.
>
> [...] Buenaventura Durruti no renunció nunca a la revolución. Los Amigos de Durruti tampoco renunciamos a ella».

El número 12 de El Amigo del Pueblo, fechado el 1 de febrero de 1938, fue el último número del portavoz de Los Amigos de Durruti.

El folleto de Balius: «Hacia una nueva revolución»

El folleto «Hacia una nueva revolución»,[155] fue editado clandestinamente en enero de 1938, aunque Balius comenzó a redactarlo hacia noviembre de 1937. Es el texto más elaborado de Los Amigos de Durruti, y por ello merece un comentario aparte.

155 Reeditado por Etcétera (Apartado 1363) y Ateneu Enciclopèdic Popular (Apartado 22212) (ambos 08080 Barcelona) en 1997, aunque con un prólogo insuficiente y con datos erróneos.

Las aportaciones teóricas más importantes del folleto, ya habían sido desarrolladas en los editoriales de El Amigo del Pueblo de los números 5, 6 y 7, esto es entre el 20 de julio y el 31 de agosto.

El folleto consta de 31 páginas, y está dividido en ocho capítulos. En el primer capítulo se trazaba una breve introducción histórica, en la que Balius daba una visión esperpéntica del período que va desde la dictadura de Primo de Rivera hasta octubre del 34. En el segundo capítulo se analizaban los acontecimientos que llevaron al alzamiento revolucionario del 19 de julio.

Destacan algunas afirmaciones, no por contundentes menos ciertas:

«Las armas las fue a buscar el pueblo. Se las ganó. Las conquistó con su esfuerzo propio. No se las dio nadie. Ni el gobierno de la República ni la Generalidad dieron un solo fusil».

Es digno de subrayar el profundo análisis que hacían Los Amigos de Durruti de la revolución del 19 de julio del 36:

> «La inmensa mayoría de la población trabajadora estaba al lado de la CNT. La organización mayoritaria, en Cataluña, era la CNT. ¿Qué ocurrió para que la CNT no hiciese su revolución que era la del pueblo, la de la mayoría del proletariado? Sucedió lo que fatalmente tenía que ocurrir. La CNT estaba huérfana de teoría revolucionaria. No teníamos un programa correcto. No sabíamos a donde íbamos. Mucho lirismo, pero en resumen de cuentas, no supimos qué hacer con aquellas masas enormes de trabajadores, no supimos dar plasticidad a aquel oleaje popular que se volcaba en nuestras organizaciones y por no saber qué hacer entregamos la revolución en bandeja a la burguesía y a los marxistas, que mantuvieron la farsa de antaño, y lo que es mucho peor, se ha dado margen para que la burguesía volviera a rehacerse y actuase en plan de vencedora. No se supo valorizar la CNT. No se quiso llevar adelante la revolución con todas sus consecuencias».

Así pues, la revolución de julio fracasó, según Los Amigos de Durruti, porque la CNT carecía de una teoría y de un programa revolucionarios. Se han dado muchas razones, y diversas y variadas explicaciones desde el ámbito anarquista sobre la naturaleza de la revolución de julio; algunas tesis son más o menos atractivas, pero ni Vernon Richards, ni Semprún-Maura, ni Abad de Santillán, ni García Oliver, ni Berneri, han sido tan claros y tajantes, ni han analizado con tanta profundidad la naturaleza de la revolución de julio, como lo hicieron Los Amigos de Durruti en el párrafo que acabamos de citar.

Sin embargo, esto es sólo un botón de muestra, porque Los Amigos de Durruti, que no fueron teóricos brillantes, ni buenos organizadores, sino esencialmente gente de barricada, que defendían sus posiciones teóricas desde la reflexión de los hechos vividos, sin más brújula que su instinto de clase, llegaron, en el texto que leeremos a continuación, a uno de los mejores análisis coetáneos sobre la revolución española. Un análisis que merece ser meditado, y que no debemos etiquetar como anarquista o marxista, porque es el análisis de unos hombres que no juegan con palabras, sino con vidas, y en primer lugar las suyas:

> «Cuando una organización se ha pasado toda la vida propugnando por la revolución, tiene la obligación de hacerla cuando precisamente se presenta una coyuntura. Y en julio había ocasión para ello. La CNT debía encaramarse en lo alto de la dirección del país, dando una solemne patada a todo lo arcaico, a todo lo vetusto, y de esta manera hubiésemos ganado la guerra y hubiéramos ganado la revolución. Pero se procedió de una manera opuesta. Se colaboró con la burguesía en las esferas estatales en el preciso momento que el Estado se cuarteaba por los cuatro costados. Se robusteció a Companys y a su séquito. Se inyectó un balón de oxígeno a una burguesía anémica y atemorizada.
>
> Una de las causas que más directamente ha motivado la yugulación de la revolución y el desplazamiento de

> la CNT es el haber actuado como sector minoritario a pesar de que en la calle disponíamos de la mayoría.
>
> [...] Por otra parte afirmamos que las revoluciones son totalitarias por más quien afirme lo contrario. Lo que ocurre es que diversos aspectos de la revolución se van plasmando paulatinamente pero con la garantía de que la clase que representa el nuevo orden de cosas es la que usufructúa la mayor responsabilidad. Y cuando se hacen las cosas a medias, se produce lo que estamos comentando, el desastre de julio.
>
> En julio se constituyó un comité de milicias antifascistas. No era un organismo de clase. En su seno se encontraban representadas las fracciones burguesas y contrarrevolucionarias. Parecía que enfrente de la Generalidad se había levantado el comité susodicho. Pero fue un aire de bufonada».

En primer lugar hay que subrayar la definición que dieron del Comité Central de Milicias Antifascistas como un órgano de colaboración de clases, y no como el germen de un embrión de poder obrero. La crítica del colaboracionismo confederal en la salvación y reconstrucción del Estado se sumaba a la tautología de que el único deber de una organización revolucionaria es el de hacer la revolución.

Hasta aquí todas las afirmaciones de Los Amigos de Durruti eran ortodoxamente anarquistas. Pero como consecuencia directa de estas afirmaciones, o quizás sería mejor decir, como consecuencia de las contradicciones de una CNT, enlodada en una labor tan ajena al anarquismo como era la de salvar y reconstruir un Estado capitalista en descomposición, llegamos a una notable conquista teórica de Los Amigos de Durruti: las revoluciones son totalitarias. Totalitarias significaba ante todo «totales», aunque no excluía la segunda acepción de autoritarias. Si tal evidencia estuviera en contradicción con el espíritu libertario, entonces cabría afirmar que una revolución anarquista es una contradicción irresoluble. Algo de eso vivieron los anarquistas en la España del 36.

El folleto de Balius, en el siguiente capítulo, trataba de la insurrección revolucionaria de mayo. El razonamiento de Los Amigos de Durruti era tan claro y radical como preciso: los Hechos de mayo tenían su causa en julio, porque en julio no se hizo la revolución.

«La revolución social en Cataluña podía ser un hecho. [...] Pero los acontecimientos tomaron otro giro. En Cataluña no se hizo la revolución. La pequeña burguesía, que en las jornadas de julio se escondió en las trastiendas, al percatarse de que el proletariado era nuevamente víctima de unos líderes sofistas se aprestó a dar la batalla». «En julio de 1936 no se hizo la revolución». Esta afirmación de Los Amigos de Durruti (como la del carácter necesariamente totalitario de cualquier revolución) no puede ser más clara y rotunda. Pero todos los historiadores, incluidos los que glorifican a los durrutistas como a superhéroes y sustituyen el culto a la personalidad de Lenin o Durruti, por el de Balius, hacen oídos sordos a esta declaración fundamental y decisiva para comprender el surgimiento, la razón de ser y el combate de la Agrupación.

El análisis que hizo la Agrupación del stalinismo, y del papel decisivo que jugó como punta de lanza de la contrarrevolución, era no sólo clarividente, sino que profundizaba además en la descripción de las capas sociales que le habían dado soporte. Cabe destacar, sin embargo, que no se utilizaba jamás la palabra «stalinismo», sino los términos «socialismo» o «marxismo», con el significado evidente que hoy damos, desde un punto de vista histórico e ideológico, al vocablo «stalinismo»: «El socialismo en Cataluña ha sido funesto. Han nutrido sus filas con una base adversa a la revolución. Han capitaneado la contrarrevolución. Han dado vida a una UGT mediatizada por el Gremio de Entidades de Pqueños Comenrciantes e Industriales (GEPCI). Los líderes marxistas han entonado loas a la contrarrevolución. Y en torno del frente único han esculpido frases, eliminando primeramente al POUM y más tarde han intentado repetir la hazaña con la CNT. Las maniobras de la pequeña burguesía aliada de los socialistas-comunistas, culminaron en los sucesos de mayo».

Según Los Amigos de Durruti los Hechos de mayo fueron una provocación planificada, que buscaba crear un clima de indecisión,

que posibilitara asestar a la clase trabajadora un golpe decisivo, para de este modo terminar definitivamente con una situación potencialmente revolucionaria:

> «La contrarrevolución pretendía que la clase trabajadora descendiera a la calle en un plan de indecisión para aplastarla. En parte, lograron sus propósitos por la estulticia de unos dirigentes que dieron la orden de alto el fuego y motejaron a los Amigos de Durruti de agentes provocadores cuando la calle estaba ganada y eliminado el enemigo».

La acusación lanzada contra los dirigentes anarquistas (aunque no se cita ningún nombre, no podemos dejar de pensar en García Oliver, Abad de Santillán y Federica Montseny) no pretende ser un insulto, sino que describe adecuadamente su actuación durante las jornadas de mayo.

Los Amigos de Durruti creían que la contrarrevolución había alcanzado su principal objetivo, que era el control del orden público por el Gobierno de Valencia. Es muy interesante la descripción y valoración de la respuesta obrera a la provocación estalinista, esto es, de los Hechos de mayo, que hacen Los Amigos de Durruti:

1. Se trataba de una reacción espontánea.
2. No hubo una dirección revolucionaria.
3. Los trabajadores habían logrado, en pocas horas, una victoria militar aplastante. Sólo resistían algunos edificios del centro de la ciudad, que podían tomarse fácilmente.
4. La derrota de la insurrección no fue militar, sino política.

«La lucha se decidió en pocas horas a favor del proletariado enrolado en la CNT, que como en julio defendía sus prerrogativas arma al brazo. Ganamos la calle. Era nuestra. No había poder humano que nos la pudiese disputar. Las barriadas obreras cayeron inmediatamente en nuestro poder. Y poco a poco el reducto de los contrincantes quedó circunscrito a una parte del casco de la población —el centro urbano— que pronto se hubiese tomado de no haber ocurrido la

defección de los comités de la CNT». Acto seguido Balius justificaba la acción desarrollada por Los Amigos de Durruti durante la Semana Sangrienta de mayo del 37: Los Amigos de Durruti, en una situación de indecisión y desorientación generalizada entre las filas obreras, lanzaron una octavilla y un manifiesto, con el propósito de dar una dirección revolucionaria y unos objetivos a los acontecimientos. Posteriormente la preocupación primordial de la Agrupación, ante la increíble postura apaciguadora y confraternizadora de la dirección confederal, fue la de no abandonar las barricadas sin condiciones ni garantías.

Según Balius, en mayo aún se estaba a tiempo de salvar la revolución, y Los Amigos de Durruti fueron los únicos que supieron estar a la altura de las circunstancias. La ceguera de la CNT-FAI ante la represión que se abatiría impunemente sobre los trabajadores revolucionarios, había sido ya prevista por Los Amigos de Durruti. El capítulo dedicado al colaboracionismo y la lucha de clases es de un gran interés. La colaboración en las tareas de gobierno del Estado burgués era la gran acusación lanzada por la Agrupación a la CNT. La crítica de Los Amigos de Durruti era incluso más radical que la de Berneri, porque éste criticaba la participación de la CNT en el Gobierno, mientras la Agrupación criticaba la colaboración de la CNT con el Estado capitalista. No se trata sólo de dos expresiones verbales con un ligero matiz diferencial, es toda una concepción política distinta la que late detrás. Leamos el folleto:

> «No se ha de colaborar con el capitalismo, ni desde fuera del Estado burgués ni dentro de las mismas esferas gubernamentales. Nuestro papel como productores se halla en los sindicatos, fortaleciendo los únicos estamentos que han de subsistir después de una revolución que encabecen los trabajadores. [...] Y frente a los sindicatos no puede mantenerse un Estado —y mucho menos reforzarlo con nuestras propias fuerzas—. La lucha con el capital sigue en pie. Subsiste una burguesía en nuestro propio terruño que está en concomitancia con la bur-

> guesía internacional. El problema es el mismo que años atrás».

Los Amigos de Durruti llegaron a afirmar que los colaboracionistas eran aliados de la burguesía, que era tanto como decir que los ministros anarquistas, y todos aquellos que propugnaban el colaboracionismo, eran aliados de la burguesía:

> «Los colaboracionistas son aliados de la burguesía. Los individuos que propugnan tales concomitancias no sienten la lucha de clases ni la menor estima por los sindicatos. En ningún instante ha de aceptarse la consolidación de nuestro adversario.
>
> Al enemigo hay que batirlo. [...] Entre explotadores y explotados no puede haber el menor contacto. Sólo en la lucha se ha de decidir quien se impondrá. O los trabajadores o los burgueses. Pero de ningún modo ambos a la vez».

Sin embargo la Agrupación no dio nunca el siguiente y definitivo paso, que no podía ser otro que la ruptura con una organización de carácter colaboracionista, que se había mostrado incapaz de frenar y acabar con esa política de alianza con la burguesía. La Agrupación no se planteó nunca la ruptura con la CNT, y la denuncia de esta organización como una organización del capitalismo. No se sacaron todas las consecuencias de las premisas ideológicas planteadas. Era más fácil acusar a unos individuos, a unos dirigentes que propugnaban una política de colaboración con la burguesía, que llegar a la descarnada y dolorosa conclusión de que la CNT, que en los años veinte y treinta había organizado a lo mejor del proletariado revolucionario en España, se había convertido, en el transcurso de la guerra, mediante la adhesión incondicional a la política de unidad antifascista en una organización de colaboración y sumisión a la burguesía. No eran los ministros anarquistas quienes descarriaban a la CNT de sus principios, sino que era la CNT quien producía ministros.

Los sindicatos cenetistas habían dejado de ser, en 1938, organizaciones obreras orientadas a la lucha de clases; se habían transformado en organizaciones burocráticas al servicio del Estado, mediante las que se fomentaba e incrementaba la producción bélica, al tiempo que se militarizaba el trabajo. Los sindicatos ejercían, ahora, un importante e insustituible papel económico.

Pero la Agrupación consideraba que los sindicatos eran aún organizaciones de la lucha de clases. Ni siquiera la UGT catalana, estalinista hasta la médula, y mero instrumento del PSUC, el partido de la contrarrevolución, era considerada como un órgano de la burguesía.

Después de mayo del 37 los distintos Sindicatos o Federaciones de Industria habían cambiado de función y de naturaleza, convirtiéndose en organismos reguladores, coordinadores y centralizadores de la producción, convenientemente «asesorados» por comisiones técnicas. Habían dejado de ser sindicatos de clase, defensores de las reivindicaciones de los obreros, para transformarse en «una especie de nuevo amo»,[156] que organizaba la economía siguiendo las directrices que emanaban del gobierno de la Generalidad (o desde 1938, de la República). Ya hemos visto anteriormente[157] cómo las colectivizaciones habían pasado de las expropiaciones obreras de julio de 1936 a un capitalismo de gestión sindical y planificación estatal, legalizado por el Decreto de Colectivizaciones, de octubre de 1936, y fomentado por los decretos de S´Agaró, de enero de 1937. En la primavera de 1937 existió una lucha revolucionaria de los obreros por la socialización de la economía y en contra de las colectivizaciones. A partir de junio de 1937 los Sindicatos de Industria, perdida toda función reivindicativa y derrotado todo proyecto social revolucionario,[158] se habían distanciado de los trabajadores,

156 MONJO, Anna: «Militants». Laertes, Barcelona, 2003, p. 465-471.

157 Al principio de este capítulo.

158 La mayoría de revolucionarios estaban en prisión, o bajo tierra. Los que aún no habían sido represaliados huían al frente para hallar refugio. Los pocos que querían continuar el combate por la socialización en las fábricas chocaban con la indiferencia o desconfianza, o bien se veían reducidos a la impotencia por los nuevos burócratas, que conseguían el apoyo del aluvión de la masa de afiliados después del 19 de julio de 1936.

y habían cambiado de naturaleza, convirtiéndose en órganos de gestión económica, así como de control y vigilancia de la productividad laboral.

En este contexto, la socialización revolucionaria de la primavera del 37, promovida por los trabajadores desde los Sindicatos o Federaciones de Industria,[159] se transformó, de hecho, tras la derrota de mayo, en un impulso decidido a la centralización económica y empresarial, coordinada desde esos mismos Sindicatos de Industria, y planificada estatalmente, que propugnaba además la necesidad, desde una óptica exclusivamente productiva, de la unidad CNT-UGT. Unidad empresarial, presentada demagógicamente como culminación de la «unidad obrera».

Los Sindicatos de Industria, que antes de mayo de 1937, eran el instrumento revolucionario de los obreros para socializar la economía; se habían transformado, tras la derrota de la insurrección de mayo, en el instrumento de la contrarrevolución para militarizar la economía y el trabajo. La Agrupación no supo analizar ese cambio.

Era, pues, imposible que Los Amigos de Durruti dieran el paso decisivo. Si no podían reconocer la auténtica naturaleza actual (1938) de los sindicatos como aparatos del Estado capitalista, tampoco podían plantearse la ruptura con una CNT, que había cambiado su carácter obrero y sindical por el de un organismo burocrático estatal. Muy al contrario, los sindicatos eran una pieza fundamental en las argumentaciones teóricas de la Agrupación. Sus acusaciones se lanzaban contra los individuos, no contra las organizaciones. No se reconocía la enfermedad ni sus causas, sólo algunos de los síntomas. El folleto continúa con una exposición de las posiciones y el programa de Los Amigos de Durruti. Las principales y características posiciones polí-

159 En la ciudad de Barcelona los 24 Sindicatos Únicos se agruparon en 12 Sindicatos de Industria. La FAI vivió un fenómeno similar al de la CNT, ya que desde julio de 1937 se organizó territorialmente en Agrupaciones, que sustituían los tradicionales grupos de afinidad. Esta reorganización, tanto de la CNT como de la FAI, era consecuencia de la derrota de los revolucionarios en mayo del 37, y suponía la transformación de los sindicatos de clase (sindicatos únicos) en órganos de gestión económica y militarización del trabajo (sindicatos de industria); así como la transformación de la FAI en un partido político antifascista.

ticas, de carácter táctico, se enumeraban de una forma incompleta, confusa e imprecisa, respecto a anteriores exposiciones, fruto quizás de una redacción apresurada, o bien del escaso eco que encontraban ya en aquel momento.

El programa se exponía sucintamente a partir de la experiencia de julio, que Los Amigos de Durruti dibujaban muy expresivamente como una insurrección triunfante, a la que faltó una teoría y unos objetivos revolucionarios:

> «No se supo qué camino seguir. Faltó una teoría. Habíamos pasado una serie de años moviéndonos en torno de abstracciones. ¿Qué hacer?, se preguntarían los dirigentes de aquella hora. Y se dejaron perder la revolución. En esos instantes supremos no hay que vacilar. Pero hay que saber a dónde se va. Y este vacío lo queremos llenar nosotros, pues entendemos que no se puede repetir lo que ocurrió en julio y mayo. En nuestro programa introducimos una ligera variante dentro del anarquismo. La constitución de una Junta revolucionaria».

La Junta revolucionaria era definida por la Agrupación como una vanguardia constituida para reprimir a los adversarios de la revolución:

> «La revolución, a nuestro entender, necesita de organismos que velen por ella y que repriman, en un sentido orgánico, a los sectores adversos que las circunstancias actuales nos han demostrado que no se resignan a desaparecer.
>
> Puede que haya camaradas anarquistas que sientan ciertos escrúpulos ideológicos pero la lección sufrida es bastante para que no nos andemos con rodeos. Si queremos que en una próxima revolución no ocurra exactamente lo mismo que en la actual se ha de proceder con la máxima energía con quienes no están identificados con la clase trabajadora».

A continuación Los Amigos de Durruti expusieron su programa revolucionario, que resumían brevemente en tres grandes puntos:

1. Constitución de una Junta revolucionaria, o Consejo Nacional de Defensa, que tendría como misión la dirección de la guerra, el control del orden público, los asuntos internacionales y la propaganda revolucionaria.
2. Todo el poder económico a los sindicatos: se trata de la formación de un auténtico capitalismo sindical.
3. Municipio Libre, como célula básica de una organización territorial, a medio camino de la descentralización estatal y la típica concepción federal anarquista.

El folleto finalizaba con un último apartado, que tenía el mismo título del folleto, en el que se hacía una afirmación realista y lapidaria: «la revolución ya no existe». Tras una larga retahíla de suposiciones y preguntas sobre el inmediato futuro, en las que se constataba la fuerza de la contrarrevolución, se lanzaba un voluntarioso, y quizás retórico llamamiento a una futura revolución capaz de colmar las esperanzas humanas y el ideal anarquista. Sin embargo, el triunfo de la contrarrevolución en la zona republicana, y la victoria de los fascistas en la guerra, eran ya inevitables, como reconoció Balius en el prólogo de 1978 (titulado «Forty Years Ago») a la versión inglesa de «Hacia una nueva revolución».

Conclusiones

La Agrupación de Los Amigos de Durruti fue, tanto numéricamente como por sus objetivos, mucho más que un grupo de afinidad, aproximándose a una rama del movimiento libertario, similar a «Mujeres Libres». Nunca intentó plantear una alternativa revolucionaria a la CNT-FAI. Sólo se oponía a la dirección burocrática del anarcosindicalismo, y se contentaba con un cambio de los dirigentes. No estuvo influida, ni poco ni mucho, por los trotskistas, ni por el POUM. Su ideología y sus consignas fueron típicamente confederales; en ningún momento puede decirse que manifestaran una ideología marxista. En

todo caso demostraron un gran interés por el ejemplo de Marat, y quizás podría hablarse de una poderosa atracción por el movimiento asambleario de las secciones de París, por los sans-culottes y los enragés, y por el gobierno revolucionario de Robespierre y Saint-Just, estudiados por Kropotkin en su historia de la Revolución Francesa. Nunca citaron, y quizás desconocían, la Plataforma anarquista, con la que sin embargo tenían ciertas similitudes. Su objetivo no fue otro que el de enfrentarse a las contradicciones de la CNT, darle una coherencia ideológica, y arrancarla del dominio de personalidades y comités superiores de responsables para devolverla a sus raíces de lucha de clases. Su razón de ser fue la crítica y oposición a la política de permanentes concesiones de la CNT, y por supuesto a la colaboración de los anarcosindicalistas en el gobierno central y de la Generalidad. Se opusieron al abandono de los objetivos revolucionarios y de los principios ideológicos fundamentales y característicos del anarquismo, del que habían hecho gala los dirigentes de la CNT-FAI, en nombre de la unidad antifascista y la necesidad de adaptarse a las circunstancias. Sin teoría revolucionaria no hay revolución. Si los principios sólo sirven para ser desechados al primer obstáculo que nos opone la realidad, quizás sea mejor reconocer que no se tienen principios. Los máximos responsables del anarcosindicalismo español se creyeron hábiles negociadores, y fueron manipulados como títeres. Renunciaron a todo, a cambio de nada. Fueron unos oportunistas, sin ninguna oportunidad. La insurrección del 19 de julio no encontró una vanguardia revolucionaria capaz de imponer el poder del proletariado, destruir el Estado capitalista y empezar una auténtica revolución obrera. La CNT nunca se había planteado qué haría una vez derrotados los militares sublevados. La victoria de julio sumió a los dirigentes anarcosindicalistas en el desconcierto y la confusión. Habían sido desbordados por el ímpetu revolucionario de las masas. Y como no sabían qué hacer aceptaron la propuesta de Companys de constituir, junto con el resto de partidos, un gobierno de Frente Antifascista. Y plantearon el falso dilema teórico de dictadura anarquista o unidad antifascista y colaboración con el Estado para ganar la guerra, porque en la práctica no habían sabido qué hacer con el

poder, cuando no tomarlo significaba dejarlo en manos de la burguesía. La «revolución» española fue la tumba del anarquismo como organización y teoría revolucionaria del proletariado. Ahí es donde está el origen y la razón de ser de la Agrupación de Los Amigos de Durruti, que sin embargo no supo ni pudo salvar a la ideología anarcosindicalista de su agonía.

Los límites de la Agrupación eran muy claros. Y también sus limitaciones históricas. En ningún momento se plantearon la ruptura con la CNT. Sólo un absoluto desconocimiento de la mecánica organizativa[160] confederal podría hacernos suponer que era posible una labor de crítica o de escisión, que no condujera inevitablemente a la expulsión, que en el caso de Los Amigos de Durruti fue evitada por la simpatía que encontraron en la base militante confederal, aunque a costa de un férreo ostracismo, y casi un absoluto aislamiento.

El máximo objetivo de la Agrupación fue la crítica de los dirigentes de la CNT, y el fin de la política de intervención confederal en el gobierno. No sólo querían conservar las «conquistas» de julio, sino continuar y profundizar un proceso revolucionario que consideraron insuficiente y anulado. Pero sus medios y su organización eran aún mucho más limitados. Eran gente de barricada, no eran buenos organizadores, y aún eran peores teóricos, aunque contaban con buenos periodistas. En mayo lo confiaron todo a la espontaneidad de las masas. No contrarrestaron la propaganda cenetista oficial. No supieron liderar y coordinar los comités de defensa que habían desencadenado la insurrección de mayo. No utilizaron ni organizaron a los militantes que eran miembros de las Patrullas de Control. No dieron ninguna orden a Máximo Franco, miembro de Los Amigos de Durruti, y delegado de la división Rojinegra de la CNT, que el 4 de mayo de 1937 quiso «bajar a Barcelona» con su división pero que, salvo él mismo con una cuarentena de milicianos en «misión de observación», regresó al frente (al igual que la columna del POUM, dirigida por Rovira) a causa de las gestiones realizadas por Molina. El punto culminante de su actividad

160 El funcionamiento horizontal y federativo de la CNT no permitía a sus militantes organizar la disidencia en tendencias organizadas, con dirigentes y programa opuestos a los comités superiores.

fue el cartel distribuido a finales de abril del 37, en el que se proponía el derrocamiento de la Generalidad y su sustitución por una Junta Revolucionaria; el dominio de algunas barricadas en Las Ramblas, durante los Hechos de mayo; la lectura de un llamamiento a la solidaridad con la revolución española, dirigido a todos los trabajadores de Europa; la distribución en las barricadas de la famosa octavilla del día 5; y el balance de las jornadas del manifiesto del día 8. Pero no pudieron llevar las consignas a la práctica: jamás se creó una Junta Revolucionaria. Propusieron la formación de una columna, que saliera a enfrentarse a las tropas que venían desde Valencia; pero pronto abandonaron la idea ante el escaso eco de su propuesta. Después de los Hechos de mayo iniciaron la edición de El Amigo del Pueblo, a pesar de la desautorización de la CNT y la FAI. En junio de 1937, aunque no fueron ilegalizados como el POUM, sufrieron la persecución política que afectó al resto de militantes cenetistas. Su órgano de prensa fue editado clandestinamente a partir del número 2 (del 26 de mayo), y su director Jaime Balius padeció sucesivos encarcelamientos. Otros miembros de la Agrupación perdieron sus cargos o influencia, como Bruno Lladó, concejal en el Ayuntamiento de Sabadell; o como Santana Calero, que sufrió una persecución inquisitorial en el seno de las Juventudes Libertarias. La mayoría de durrutistas tuvo que padecer los intentos de expulsión de la CNT, propugnados por la FAI. Pese a todo continuaron editando clandestinamente su prensa y folletos hasta febrero de 1938. Sus propuestas tácticas más destacadas se resumían en las siguientes consignas: economía dirigida por los sindicatos, federación de municipios, ejército de milicias, programa revolucionario, sustitución de la Generalidad por una junta revolucionaria, unidad de acción CNT-FAI-POUM. Los Amigos de Durruti fueron, pues, el intento fallido, surgido del propio seno del movimiento libertario, de constituir una Junta revolucionaria que diera todo el poder a los sindicatos. Se mostraron incapaces, no ya de realizar en la práctica sus consignas, sino siquiera de propagar eficazmente sus ideas y dar orientaciones prácticas para luchar por ellas. Quizás el aterrorizado burgués y el camuflado cura los vieron como un grupo de brutos salvajes, pero entre sus miembros cabe contar a periodistas como Balius y Calleja, a mandos de columnas milicianas

como Pablo Ruiz, Francisco Carreño y Máximo Franco, a concejales como Bruno Lladó, a sindicalistas como Francisco Pellicer, al dirigente de las Juventudes Libertarias Juan Santana Calero. Sus orígenes remotos cabe buscarlos entre los libertarios que compartieron la experiencia revolucionaria de la insurrección del Alto Llobregat en enero de 1932, en el grupo de afinidad faísta «Renacer» entre 1934 y 1936. Sus orígenes más inmediatos se encuentran en la oposición a la militarización de las milicias (sobre todo en el sector de Gelsa), y en la defensa de las conquistas revolucionarias y la crítica al colaboracionismo cenetista, expresado en artículos publicados en Solidaridad Obrera (desde julio hasta primeros de octubre), en «Ideas» y «La Noche» (desde enero hasta mayo de 1937), especialmente por Balius. Sus instrumentos de lucha fueron la octavilla, el cartel, el diario y la barricada; pero jamás se plantearon la escisión o la ruptura como un arma de combate, ni la denuncia del papel contrarrevolucionario de la CNT, o por lo menos, durante las jornadas de mayo, el enfrentamiento con los dirigentes confederales para intentar contrarrestar las consignas derrotistas de la CNT-FAI. Los Amigos de Durruti habían elaborado un programa alternativo al de la CNT-FAI, pero no una dirección, lo cual les dejó indefensos ante las medidas de expulsión.

Sin embargo, la importancia histórica de Los Amigos de Durruti es innegable. Y radica precisamente en su carácter de oposición interna a la orientación colaboracionista del movimiento libertario. La importancia política de su surgimiento fue detectada inmediatamente por Andreu Nin, que les dedicó un elogioso y esperanzador artículo, porque abrían la posibilidad de una orientación revolucionaria de las masas cenetistas, que se opusieran a la política claudicante y colaboracionista de la CNT. De ahí el interés que tanto el POUM, como los trotskistas, mostraron por influir en Los Amigos de Durruti; cosa que jamás consiguieron.

Las principales aportaciones teóricas de la Agrupación al pensamiento anarquista pueden resumirse en estos puntos:

1. Un programa revolucionario.
2. Sustituir el Estado capitalista por una Junta Revolucionaria, que ha de estar dispuesta a defender la revolución de

los seguros ataques de los contrarrevolucionarios. Los fusiles se usan para defender el programa revolucionario.

Ambos puntos los resumió la propia Agrupación en el eslogan: «Un programa y fusiles».

El tradicional apoliticismo anarquista hizo que la CNT careciera de una teoría de la revolución. Sin teoría revolucionaria no hay revolución, y no tomar el poder significó dejarlo en manos del Estado capitalista. Para la Agrupación el CCMA fue un órgano de colaboración de clases, y sólo sirvió para apuntalar y fortalecer al Estado burgués, que no se quiso ni se supo destruir. De ahí la necesidad propugnada por Los Amigos de Durruti de constituir una Junta Revolucionaria, capaz de coordinar, centralizar y fortalecer el poder de los múltiples comités obreros, locales, de defensa, de empresa, milicianos, etcétera, que fueron los únicos detentadores del poder entre el 19 de julio y el 26 de septiembre. Un poder atomizado en múltiples comités, que detentaban localmente todo el poder, pero que al no federarse, centralizarse y fortalecerse entre sí, fueron canalizados, debilitados y transformados por el CCMA en ayuntamientos frentepopulistas, direcciones de empresas sindicalizadas y batallones de un ejército republicano. Sin la destrucción total del Estado capitalista, las jornadas revolucionarias de julio del 36 no podían dar paso a una nueva estructura de poder obrero. La degeneración y el fracaso final del proceso revolucionario eran inevitables. Sin embargo, el enfrentamiento entre el anarquismo reformista de la CNT-FAI, y el anarquismo revolucionario de Los Amigos de Durruti, no fue lo bastante claro, preciso y contundente como para provocar una escisión que clarificara las posiciones antagónicas de ambos. La acusación de «traición», lanzada por la Agrupación a la CNT-FAI en mayo, que luego fue retirada, tampoco explicaba nada, ni llevaba a otra cosa que a lanzar un merecido insulto, que no permitía avanzar un ápice. Así pues, pese a que el pensamiento político expresado por Los Amigos de Durruti fue un intento de comprensión de la realidad de la guerra y la revolución española desde la ideología anarcosindicalista, una de las principales razones de su rechazo por la militancia confederal fue su carácter autoritario y «marxista».

Sin embargo, esa militancia se mostró incapaz de controlar a sus dirigentes, que tomaban las decisiones importantes en debates secretos de «notables», que luego eran ratificados formalmente y hechos públicos en los Plenos oficiales. La guerra hizo obsoletos los métodos organizativos horizontales o democráticos, demasiado lentos e ineficaces, y los dirigentes mandaron sobre la militancia a golpe de circular. Por otra parte, la urgencia de las decisiones y la información privilegiada a que tenían acceso, en razón de sus cargos y funciones, les hizo indispensables. Por ello sus dimisiones o las acusaciones de traición a los principios fracasaban siempre. La amplia oposición de la masa anarcosindicalista al colaboracionismo de los dirigentes, documentada y manifestada en multitud de reuniones y plenos locales, no encontró ninguna salida, porque se hacía en nombre de los mismos principios que esos dirigentes esgrimían como propios. La fuerza de la Agrupación de Los Amigos de Durruti, y su éxito respecto a esa oposición masiva, pero «muda», radicaba en que Los Amigos de Durruti oponían un programa propio a la burocracia confederal; su debilidad estuvo en que fueron incapaces de oponer también una dirección, unos líderes capaces de oponerse a la aristocracia de «los hombres de acción» o «los intelectuales», que demostraron ser los únicos dirigentes posibles.

Podemos concluir que Los Amigos de Durruti se hallaron ante un callejón sin salida. No podían aceptar el colaboracionismo de los cuadros dirigentes de la CNT y el avance de la contrarrevolución; pero si teorizaban las experiencias de la «revolución» española, esto es, la necesidad de una Junta revolucionaria, que derrocara el gobierno burgués y republicano de la Generalidad de Cataluña, y reprimiera por la fuerza a los agentes de la contrarrevolución, entonces eran calificados de marxistas y autoritarios, y perdían por lo tanto toda posibilidad de proselitismo entre la base confederal. Cabe preguntarse si el callejón sin salida de Los Amigos de Durruti, no era más que el reflejo de la incapacidad teórica del anarcosindicalismo español para enfrentarse a los problemas planteados por la guerra y la «revolución».

En Barcelona era y es posible escuchar frases de odio y desprecio contra Durruti y «sus amigos», en boca del enemigo

de clase; sin embargo, en los medios obreros, siempre se ha hablado con respeto de un mitificado Durruti, de la enorme manifestación del proletariado en su entierro, de la rebeldía indomable de los durrutistas, de la gesta anarquista y revolucionaria del 19 de julio. Durante la larga noche del franquismo manos anónimas escribían los nombres, en las tumbas sin nombre de Durruti y Ascaso. El respeto a los mitos no es tarea del historiador; pero sí que lo es extraer las lecciones que importan a la lucha de clases. Basta con retener dos imágenes. En la primera vemos a un Companys sumiso, convincente y parlanchín, que el 20 de julio ofrece a los dirigentes anarquistas que entren en un gobierno de Frente Antifascista, porque habían vencido a los militares fascistas, y el poder estaba en la calle. En la segunda vemos a un Companys desenmascarado y acorralado, que el 4 de mayo implora al gobierno de la República el mando de la aviación militar, para bombardear[161] los cuarteles y edificios de la CNT, y el resto de los objetivos señalados por el responsable militar del PSUC, José del Barrio.[162] Entre estas dos imágenes se desarrolla el film de la «revolución» y la guerra. mayo del 37 se había gestado en

161 Según testimonio de Jaime Antón Aguadé i Cortès, escrito y fechado ante testigos en Ciudad de México, el 9 de agosto de 1946: «Durante las jornadas de mayo el gobierno de la Generalidad pidió al de España aviones para bombardear los centros de la CNT y éste se negó. Companys preguntó entonces qué había de hacer para dominar la situación y le dijeron que no había más solución que ceder el Orden Público de Cataluña al Gobierno Central, y Companys se lo entregó». Estas afirmaciones se confirman en los teletipos cruzados entre Companys y el gobierno de Valencia, en el fragmento que confirma la petición de Companys para bombardear Barcelona: «El Presidente de la Generalidad, comunica al subsecretario del Consejo, que los rebeldes han sacado cañones a la calle. Pide den órdenes a Sandino que se ponga a disposición del Gobierno de la Generalidad».

162 Teletipo de José del Barrio: «Presente Camarada Vidiella. Orden del Camarada del Barrio. Dice así: "Situación Barcelona muy grave. Debe trabajarse para que se prepare aviación y bombardee cuando nosotros avisemos, los Escolapios, Plaza de Toros Monumental, Cocheras tranvías Campos Sagrado, Cuarteles de San Andrés, Pueblo Nuevo y el Hotel del Reloj número 1 de la plaza de España. La actuación de la aviación es de absoluta necesidad hoy por la madrugada (estamos ya a siete)"».

julio del 36. La Agrupación había comprendido que las revoluciones son totalitarias (esto es, totales y autoritarias) o son derrotadas: ese fue su gran mérito.[163] Y es por esta razón que deben ser rechazados o aceptados, si se entiende que unos revolucionarios que quitan las fábricas y propiedades a sus legítimos amos, no pueden hacerlo pacífica y educadamente, mendigándolo «por favor». No existe nada más autoritario ni violento que arrancarle a la burguesía sus posesiones, nada es más autoritario ni violento que derrotar al ejército en la calle y arrebatar las armas de los cuarteles, nada más autoritario ni violento que quemar iglesias y conventos para acabar con el poder y la influencia social y política de la Iglesia de 1936. Debería ser obvio. Los Amigos de Durruti habían comprendido que una revolución, además de autoritaria y violenta, debía ser total: no se podía pactar políticamente con la burguesía y gobernar con ella, también era necesario destruir el Estado capitalista, suprimir la Generalidad y ejercer el poder desde una Junta Revolucionaria, constituida sólo por las fuerzas obreras que el 19 de julio de 1936 habían combatido en la calle. Las revoluciones son totalitarias o son derrotadas, esa era la conquista teórica esencial de la Agrupación.

La Agrupación de Los Amigos de Durruti ha sido ignorada y mitificada durante mucho tiempo, quizás ha llegado el momento de comprenderla en su contexto histórico. Pero para eso hemos de evitar que la historia de Los Amigos de Durruti se convierta en un cómic «situacionista» de superhéroes, porque no sólo no tenían madera de

163 «Las revoluciones son totalitarias por más quien afirme lo contrario. […]En julio se constituyó un comité de milicias antifascistas. No era un organismo de clase. En su seno se encontraban representadas las fracciones burguesas y contrarrevolucionarias. Parecía que enfrente de la Generalidad se había levantado el comité susodicho. Pero fue un aire de bufonada. […] Se crearon comités de defensa de barriada, municipales, comités de abastos. Han transcurrido dieciséis meses. ¿Qué resta? Del espíritu de julio, un recuerdo. De los organismos de julio, un ayer. Pero queda en pie todo el tinglado político y pequeño burgués. En la Plaza de la República de la capital catalana persiste la maraña de unos sectores que sólo pretenden vivir a espaldas de la clase trabajadora». Del folleto de Los Amigos de Durruti: «Hacia una nueva revolución», redactado por Balius.

héroe, sino que además tenían sus propias limitaciones teóricas y organizativas, ya que no pudieron, ni siquiera lo pretendieron, convertirse en una «alternativa revolucionaria» a la CNT-FAI, con la que no sólo no rompieron nunca, sino a la que se aferraron siempre organizativamente ante las pretensiones de expulsión de los comités superiores.[164]

Los Amigos de Durruti se convirtieron en un espejo irritante para la CNT porque daban una imagen monstruosa, que muchos no quisieron ni quieren ver: era y es mejor romper el espejo.

La pregunta fundamental, la cuestión tabú del movimiento libertario y el tema que tantos libros, militantes e historiadores no llegan a dilucidar, porque no la comprenden, es por qué los revolucionarios de ayer se convirtieron unos meses después en ministros, en bomberos, en contrarrevolucionarios… ¿Por qué los líderes anarquistas y/o el movimiento libertario renunciaron a la revolución en julio del 36 y en mayo del 37? La respuesta que dieron los propios Amigos de Durruti: «la traición de los dirigentes», no era más que un insulto que no explicaba nada. Desde el primer momento el movimiento libertario, huérfano de programa y teoría revolucionarios, sostuvo la unidad antifascista. Se trataba de unirse con socialistas, stalinistas, poumistas, republicanos y catalanistas para derrotar al fascismo. El antifascismo fue en los años treinta el peor veneno y la mayor victoria del fascismo. La unión sagrada de todos los antifascistas para derrotar al fascismo y defender la democracia suponía para el movimiento

---

164 Comités superiores que en la cúspide se reducían a unos cuantos burócratas, que desde mayo de 1937 estuvieron profundamente enemistados entre sí por rencillas personalistas, enfrentando al Comité Nacional de la CNT, el Comité Regional de Cataluña, el Comité Peninsular de la FAI o el Comité ejecutivo del Movimiento Libertario. Al final de la guerra, tras oscuras oscilaciones y miserables vaivenes de las distintas capillas, la oposición entre burócratas, totalmente indiferente a la base militante preocupada por el hambre y los bombardeos, se había reducido al enfrentamiento de los negrinistas del Comité Nacional, controlado por Marianet y Horacio Prieto, con los antinegrinistas García Oliver, Isgleas, Esgleas, Peiró, Montseny y el grupo Nervio: Abad de Santillán, Pedro Herrera, Rafael Nevado, Fidel Miró y Germinal de Souza. Otros, como Joaquín Ascaso y Antonio Ortiz, condenados al infierno de la calumnia, luchaban por sobrevivir.

libertario renunciar a los propios principios, a un programa revolucionario propio, a las conquistas revolucionarias, a todo… es decir, el famoso eslogan falsamente atribuido a Durruti: «renunciamos a todo menos a la victoria», para someterse al programa e intereses de la burguesía democrática. Fue ese programa de unidad antifascista, de colaboración plena y leal con todas las fuerzas antifascistas, el que condujo a la CNT-FAI, rápida e inconscientemente, a la colaboración gubernamental con el objetivo único de ganar la guerra al fascismo. Fue esa adhesión al programa antifascista (esto es, de defensa de la democracia capitalista) la que explica por qué y cómo los mismos líderes revolucionarios de ayer se convirtieron algunos meses después en ministros, bomberos, burócratas y contrarrevolucionarios. Era la CNT quien producía ministros, y esos ministros no traicionaban a nada ni a nadie; se limitaban a ejercer lealmente sus funciones lo mejor que sabían.

La diferencia entre las insurrecciones de julio de 1936 y mayo de 1937 radica en que los revolucionarios, en julio, estaban desarmados, pero tenían un objetivo político preciso: la derrota del levantamiento militar y del fascismo; mientras que en mayo, pese a un armamento superior que en julio, estaban desarmados políticamente. Las masas obreras iniciaron una insurrección contra el stalinismo y el gobierno burgués de la Generalidad, pese a sus organizaciones y sin sus dirigentes, pero fueron incapaces de proseguir el combate hasta el final sin sus organizaciones y contra sus dirigentes. En mayo de 1937, igual que en julio de 1936, faltó un partido revolucionario, que el proletariado no había conseguido formar en los años treinta. Ni el POUM, ni la CNT-FAI eran, ni podían ser, esa vanguardia revolucionaria; sino, por el contrario, el mayor obstáculo a su surgimiento. La incapacidad de los dirigentes anarcosindicalistas y la ausencia de toda teoría revolucionaria no dejaron en pie más horizonte que la unidad antifascista y el programa democrático de la burguesía republicana. Ya habían desaparecido de escena los métodos y objetivos del proletariado. El CCMA no sólo no potenció los comités revolucionarios, sino que colaboró con el gobierno de la Generalidad para debilitarlos y suprimirlos.

Las barricadas levantadas en julio de 1936, aún seguían en pie meses después; mientras las levantadas en mayo de 1937 desaparecieron inmediatamente, salvo aquellas pocas que el PSUC quiso dejar como testigo de su fuerza y de su victoria.

Mayo del 37, desde esta perspectiva, aunque fue sin duda consecuencia del creciente descontento ante el aumento de precios, la carencia de abastecimientos, la lucha en el seno de las empresas por la socialización de la economía y el control obrero, la escalada de la Generalidad por desarmar la retaguardia y hacerse con el control del orden público, etcétera, etcétera, fue sobre todo la necesaria derrota armada del proletariado, que necesitaba la contrarrevolución para sellar definitivamente toda amenaza revolucionaria sobre las instituciones burguesas y republicanas.

En 1938 los revolucionarios estaban bajo tierra, en la cárcel o en la clandestinidad. En las cárceles se contaban quince mil presos políticos. El hambre, los bombardeos y la represión estalinista eran amos y señores de Barcelona. Las milicias y el trabajo habían sido militarizados. El orden reinaba ya en toda España, tanto en la franquista como en la republicana. La revolución no fue aplastada por Franco en enero de 1939, ya lo había hecho la República muchos meses antes.

V

EPÍLOGO

La clase obrera es revolucionaria o no es nada.

Karl Marx. Carta a Schweitzer (13/02/1865).

Los comités de 1936.

En julio de 1936 faltó una teoría revolucionaria. Sin teoría no hay revolución. Tras setenta años de prédica antiestatal, el movimiento anarquista español, sin comprender la auténtica naturaleza del poder y del Estado, tuvo que enfrentarse a una encrucijada histórica en la que tenía que decidir si avanzaba por la vía revolucionaria, o colaboraba con el gobierno burgués de la Generalidad (y de la República) para vencer al fascismo. La ambigua opción de «ir a por el todo», planteada por Juan García Oliver, era concebida como un golpe de estado, en el que los dirigentes anarcosindicalistas implantaban una «dictadura anarquista», contraria a sus principios ideológicos. Los mandamases de la CNT-FAI, desbordados por la militancia de base, sintieron vértigo ante su incapacidad para gestionar el triunfo de la insurrección obrera. Y optaron por colaborar. La situación revolucionaria, existente en julio, caracterizada por un poder atomizado en centenares de comités, fue ahogada por ese organismo de colaboración de clases al que se llamó Comité Central de Milicias Antifascistas.

No hubo una vanguardia revolucionaria capaz de impulsar la revolución de los comités. Ninguna organización obrera, ni la CNT-FAI, ni el POUM, planteó en julio la vía revolucionaria de potenciar, profundizar, extender, coordinar y centralizar los comités revolucionarios que, en las calles de Barcelona y en muchas localidades de Cataluña, ya ejercían todo el poder. Y los comités por sí solos tampoco fueron capaces de hacerlo, porque hubieran tenido que enfrentarse decididamente a sus propios líderes y organizaciones.

En sólo dos meses ese CCMA, con predominio de la CNT-FAI, consiguió debilitar los múltiples comités revolucionarios, surgidos por doquier, y reconstruir el aparato estatal, al que la CNT-FAI fortaleció aceptando varias carteras, primero en el gobierno catalán, y un mes después en el de la República. Los primeros decretos del gobierno de la Generalidad reforzado con ¡ministros anarquistas! fueron la militarización de las Milicias y, naturalmente, la disolución de los comités que, sin embargo, resistieron aún varios meses a su efectiva desaparición. Mayo del 37 fue, pues, la necesaria derrota armada del

proletariado que necesitaba la contrarrevolución para acabar con el menor atisbo de amenaza revolucionaria.

Los comités revolucionarios surgidos en julio de 1936 eran organismos incompletos e imperfectos, incapaces de convertirse en auténticos órganos de poder obrero. Diferían de los consejos obreros (surgidos como organismos de poder obrero en las revoluciones proletarias de Alemania y Rusia) en que:

1. No eran órganos elegidos democráticamente en amplias asambleas por los trabajadores de base, y, por lo tanto, independientes de las burocracias sindicales y de los partidos.
2. No eran organismos unitarios de la clase obrera; y además eran incapaces de coordinarse entre sí, de forma que pudieran crear organismos superiores que centralizaran el poder obrero.

Después de la victoria de la insurrección revolucionaria del 19 de julio cabían dos opciones: la opción revolucionaria pasaba por fortalecer, potenciar, coordinar y centralizar los comités revolucionarios como órganos de poder obrero, transformándolos en consejos obreros; la opción frentepopulista o reformista pasaba por integrar el movimiento obrero en el aparato estatal de la burguesía republicana y, por lo tanto, por el debilitamiento, aislamiento y posterior disolución de los comités.

El gobierno de Largo Caballero, pese a su apariencia obrera, se basaba en el viejo aparato estatal de la burguesía y tenía por objeto la absorción de todos los organismos e instituciones revolucionarias para neutralizarlas poco a poco hasta que, sintiéndose suficientemente fuerte la fracción burguesa de dicho gobierno, pudiera aplastarlos abiertamente.

Los sindicatos, por su propia naturaleza, no eran órganos de poder obrero. Los comités no eran aún esos órganos de poder. Los comités no eran consejos y, por ello, se mostraron incapaces de coordinarse entre sí, y de crear órganos superiores capaces de centralizar, unificar y crear un poder obrero, enfrentado al Estado capitalista. La misión, insustituible y necesaria, de una vanguardia o partido revolucionario hubiera sido precisamente la de impulsar la transformación de los comités en consejos obreros.

El POUM y la CNT-FAI fallaron como vanguardia revolucionaria, y los comités fueron incapaces de transformarse (por sí solos) en consejos. Esa fue la principal limitación y la causa determinante de la rápida degeneración de la situación revolucionaria, existente en julio de 1936, que posibilitó la fulminante recuperación del aparato estatal burgués.

Hay que distinguir, pues, como hizo Josep Rebull[165] en la primavera de 1937, con precisión, rigor y claridad entre comités,[166] consejos obreros y sindicatos. Eran órganos obreros distintos con funciones diferentes.

Los sindicatos, en una etapa revolucionaria, serían los organismos económicos de control de la producción y de la distribución, es decir, órganos técnicos y administrativos. Pero no podían ser, ni cumplir, funciones de representatividad política o de organismos de poder obrero. Los Consejos son precisamente esos órganos de poder obrero que, a causa de su elección democrática en asambleas, son independientes de las burocracias sindicales y de los partidos.

El fortalecimiento de los consejos supone que asumen funciones de dirección en cada localidad, acelerando la descomposición del sistema capitalista. Son, por lo tanto, antagónicos con el Estado capitalista, y su defensa es inconciliable con los partidos que participan en los gobiernos de la burguesía.

---

165 Véase GUILLAMON, Agustín: «Josep Rebull de 1937 a 1939». «Balance números 19 y 20» (2000).

166 Los comités fueron órganos burocráticos y no democráticos, en los que los delegados no eran elegidos democráticamente por la base obrera en amplias asambleas, sino que eran nombrados por las burocracias sindicales o políticas. Esto suponía, por una parte, una separación entre los comités y la base obrera, y por otra, su dependencia de la burocracia. Ahí nacía su incapacidad para coordinarse entre sí y para crear órganos centralizados y unitarios de clase; la coordinación la hacían los distintos sindicatos y partidos, y la problemática unidad y centralización (en los planos económico, militar, productivo, de abastecimiento, etcétera) se convirtió en una especie de rompecabezas de variopintos parlamentos, de todas las escalas y en todos los ámbitos, de las distintas organizaciones antifascistas, tanto obreras como burguesas y stalinistas.

La toma del poder pasaba por la lucha armada y la destrucción del Estado capitalista, reemplazado por un gobierno de los Consejos Obreros.

La función de una vanguardia revolucionaria no es la de sustituir a la clase obrera en aquellas funciones que sólo a ella le atañen: toma del poder, ejercicio de la dictadura del proletariado, control de la economía y de las milicias, dirección de la guerra, centralización del poder obrero y unidad de clase, etcétera. La función de esa organización, en una situación revolucionaria, es necesariamente la de impulsar la creación de los órganos de poder de la clase obrera, para que puedan ejercer sus funciones de poder obrero, y llegar así a establecer una dictadura del proletariado, incompatible con el Estado capitalista, y por lo tanto sin colaboración política alguna con la burguesía.

Insurrecciones, rebeliones y revoluciones.

Si definimos la revolución, en el siglo XX, como el enfrentamiento violento contra el Estado con el objetivo final (conseguido o no) de tomar el poder estatal, llevado a cabo por fuerzas políticas opuestas, no sólo al régimen vigente, sino al orden social existente, y la revolución proletaria como el intento de destruir el aparato estatal capitalista, estamos diferenciando la revolución proletaria de las revoluciones populares y a éstas de otras formas de cambio político del gobierno, como los golpes de estado, las contrarrevoluciones fascistas o stalinistas (de los años 20 y 30), las revueltas, motines y protestas sociales, la caída de regímenes totalitarios (fascistas en los años 40, o stalinistas de finales de los 80 y principios de los 90), las guerras coloniales de independencia (sobre todo en los años 50 y 60) y las guerras civiles.

Las insurrecciones, las rebeliones o las revoluciones son casi siempre violentas, pero esa violencia carece en sí misma de significado. Todas las insurrecciones del pasado nos muestran que, aunque hayan sido violentas, esa violencia siempre ha sido superada por la contrarrevolución posterior, que ha masacrado, encarcelado o deportado en masa, sobre todo después de los combates, cuando ya habían obtenido la victoria

militar: son el odio y las matanzas nacidas del terror de los propietarios a la amenaza proletaria. Si la revolución reside en los revolucionarios, hay que exterminarlos para proseguir la pacífica explotación del «buen ciudadano». Si el espíritu de venganza ha ejercido algún papel en las insurrecciones obreras, siempre ha sido colmado con creces por la reacción. Pensemos en el Kuomitang de 1926 o en la España franquista (1939-1975). Las insurrecciones obreras han sido a su vez menos sangrientas y feroces que las revueltas campesinas antifeudales, porque éstas eran producto de la desesperación. Las destrucciones de bienes, o los asesinatos, producidos en algunas insurrecciones han sido generalmente fruto espontáneo del atraso y la desesperación de un lumpen incapaz de escapar a la miseria, o destruir la opresión. Las rebeliones, revueltas o insurrecciones, por muy violentas y socialmente radicales que sean, no pueden calificarse como revolucionarias si se limitan a atacar a los gestores locales del capitalismo, y dejan en pie el sistema económico y social capitalista. Las revoluciones son siempre luchas por el poder estatal y desembocan en el intento (exitoso o no) de apoderarse de éste por parte de un grupo, de una coalición o de una clase. El punto de partida de una revolución proletaria es la destrucción del Estado burgués. Así pues, para entender qué es, cómo se desarrolla y qué pretende una insurrección o una revolución, necesitamos comprender qué es el Estado, y sobre todo qué es el Estado capitalista.

¿Qué es el Estado?

No es el Estado, o el poder político, el que crea las clases, sino que es la existencia de una sociedad dividida en clases la que crea el Estado, para defender todos los privilegios de la clase dominante. Podemos encontrar mil definiciones distintas del Estado. Pero básicamente se reducen a dos. Una, amplia, que habla impropiamente del Estado ya en las primeras civilizaciones, con importantes excedentes agrícolas, de Mesopotamia y Egipto, y después de Grecia y Roma, que no vamos a utilizar, y que es inadecuada para estudiar la actual sociedad capita-

lista en la que vivimos. Se trata de una definición que, en todo caso, necesita calificar al Estado con el modo de producción imperante: Estado esclavista, Estado feudal, Estado capitalista. Otra, reducida, en la que se utiliza el concepto actual del Estado, o Estado capitalista, o Estado moderno, como poder soberano absoluto o único en cada país, que es la que aquí utilizaremos.

¿Qué es el estado capitalista?

El Estado moderno, o capitalista, es una forma histórica reciente de organización política de la sociedad, surgida hace unos quinientos años, en algunos países, con el fin del feudalismo y las primeras manifestaciones del sistema de producción capitalista. La aparición del Estado (capitalista) suponía la desaparición de las formas feudales de organización política. El concepto de Estado (moderno) es, pues, muy reciente y surge con la aparición histórica del sistema de producción capitalista. Es la organización política adecuada al capitalismo.

En la sociedad feudal la soberanía era entendida como una relación jerárquica entre una pluralidad de poderes. El poder del Rey se fundamentaba en la fidelidad de otros poderes señoriales y además esos poderes de la realeza eran venales, esto es, podían venderse o cederse a la nobleza: la administración de la justicia, el reclutamiento del ejército, la recaudación de los impuestos, los obispados, etcétera, podían ser vendidos al mejor postor o eran adjudicados en una compleja red de favores y privilegios. La soberanía residía en una pluralidad de poderes, que podían subordinarse o competir entre sí.

El Estado, en la sociedad capitalista, convierte la soberanía en un monopolio: el Estado es el único poder político del país. El Estado (moderno o capitalista) detenta el monopolio del poder político, y en consecuencia pretende el monopolio de la violencia. Cualquier desafío a ese monopolio de la violencia se considera como delincuencia, y atenta contra las leyes y el orden capitalistas, y por lo tanto es perseguido, castigado y aniquilado. En la sociedad feudal las relaciones sociales estaban basadas en la dependencia personal y el privilegio. En

la sociedad capitalista las relaciones sociales sólo pueden darse entre individuos jurídicamente libres e iguales. Esta libertad e igualdad jurídicas (que no de propiedad) son indispensables para la formación y existencia de un proletariado que provea de mano de obra barata a los nuevos empresarios fabriles. El obrero ha de ser libre, también libre de toda propiedad, para poder estar disponible y preparado para alquilarse por un salario al amo de la fábrica, a una empresa o al propio Estado. Ha de ser libre y carecer de toda dependencia de la tierra que labraba, y de todo sustento o propiedad, para ser expulsado por el hambre, la pauperización y la miseria hacia las nuevas concentraciones industriales donde pueda vender la única mercancía que posee: sus brazos y su inteligencia, esto es, su fuerza y capacidad de trabajo.

A estas nuevas relaciones sociales, propias del capitalismo, les corresponde una nueva organización política, distinta de la feudal: un Estado que monopoliza todas las relaciones políticas. En el capitalismo todos los individuos son, en teoría, libres e iguales (jurídicamente) y nadie guarda dependencia política de ningún tipo respecto al antiguo señor feudal o al nuevo amo de la fábrica. Todas las relaciones políticas son monopolizadas por el Estado.

En los modos de producción precapitalistas las relaciones de producción eran también relaciones de dominación. El esclavo era propiedad de su amo, el siervo estaba ligado a la tierra que trabajaba o dependía de un señor. Esa dependencia ha desaparecido en el capitalismo. El Estado (moderno) es, pues, producto de las relaciones de producción capitalistas. El Estado (actual) es la forma de organización específica del poder político en las sociedades capitalistas. Existe una separación radical entre la esfera económica, la social y la política.

El Estado (moderno) monopoliza el poder, la violencia y las relaciones políticas entre los individuos en las sociedades en las que el modo de producción capitalista es el dominante. En el sistema de producción capitalista el capital no es sólo el dinero, o las fábricas, o las maquinarias; el capital es también, y sobre todo, una relación social de producción, y precisamente la que se da entre los proletarios, vendedores de su fuerza de trabajo por un salario, y los capitalistas, compradores de la mercancía «fuerza de trabajo».

El Estado (capitalista) ha surgido recientemente, hace unos quinientos años, y desaparecerá con las relaciones de producción capitalistas. El Estado (capitalista), pues, no es eterno, ha tenido un origen muy reciente y tendrá un fin. La teoría política del Estado moderno nació en la Inglaterra del siglo XVII, anticipando o justificando ese proceso histórico conocido como la Revolución Industrial, con Hobbes (y Locke). Hobbes no es sólo el primer teórico, desde el punto de vista cronológico, sino que toda la problemática actual sobre el Estado (moderno) está ya en Hobbes. Desde Platón hasta Maquiavelo la teoría política preestatal se caracteriza por definir el poder político y la comunidad como algo natural, y por identificar comunidad civil y comunidad política. Desde Hobbes la teoría política estatal se caracteriza por definir el Estado como un ente artificial, por separar los conceptos de comunidad civil (sociedad civil) y comunidad política (Estado) y por plantear la cuestión de la reproducción del poder político.

El Estado (capitalista) surge desde una contradicción, que le da origen y razón de ser, entre la defensa teórica del bien común, o general, y la defensa práctica del interés de una minoría. La contradicción existente entre la ilusión de defender el interés general y la defensa real de los intereses de clase de la burguesía. La razón de ser del Estado (actual) no es otra que garantizar la reproducción de las relaciones sociales de producción capitalistas.

Sin embargo, el Estado (capitalista), cosificado en sus instituciones, es la máscara de la sociedad, con apariencia de fuerza externa movida por una racionalidad superior que encarna un orden «justo» al que sirve como árbitro neutral. Esta fetichización del Estado (moderno) permite que las relaciones sociales de producción capitalistas aparezcan como meras relaciones económicas, no coactivas, al mismo tiempo que desaparece el carácter opresivo de las instituciones estatales. En el mercado, trabajador y empresario aparecen como individuos libres, que realizan un intercambio «puramente» económico: el trabajador vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario. En ese intercambio libre, «sólo» económico, ha desaparecido toda coacción, y el Estado (capitalista) no ha intervenido para nada: no está, (aparentemente) ha desaparecido.

La escisión entre lo público y lo privado es una condición necesaria de las relaciones de producción capitalistas, porque sólo así aparecen como acuerdos libres entre individuos jurídicamente libres e iguales, en las que la violencia, monopolizada por el Estado (capitalista), ha desaparecido de escena.

De todo esto resulta una contradicción entre el Estado como fetiche, que debe ocultar su monopolio de la violencia, permanentemente ejercida sobre el proletariado para garantizar las relaciones de producción capitalistas, esto es, de explotación del proletariado por el capital, y el Estado como organizador del consenso social y de la legalidad, que convoca elecciones libres, tolera los derechos democráticos de expresión, reunión, prensa y asociación; permite los sindicatos obreros y legisla conquistas laborales como la asistencia sanitaria, pensiones, jornada de ocho horas, seguro de paro y enfermedad, etcétera.

Esencia y funciones del Estado capitalista

Es la existencia de una sociedad dividida en clases la que crea el Estado, para defender todos los privilegios de la clase dominante. En caso de crisis el Estado capitalista desvela inmediatamente que es antes Estado capitalista que Estado nacional, de pueblos y ciudadanos, o «Estado del bienestar». El componente coactivo del Estado, ligado a la dominación de clase, es la esencia fundamental de éste, que aparece diáfana cuando consenso social y legitimación estatal son sacrificados en el altar de la sumisión del proletariado a la explotación del capital. Las revueltas y las insurrecciones proletarias desvelan siempre el carácter clasista del Estado y su esencial función represora.

El Estado capitalista surge de esa relación contradictoria entre su esencia represora y su aparente función arbitral. Pretende ocultar su papel represor, como garante de la dominación de la clase burguesa mediante el monopolio de la violencia, al tiempo que quiere aparecer como organizador del consenso de la sociedad civil, que a su vez legitima al Estado (moderno) como árbitro neutral. Con esto

el Estado fortalece además su monopolio ideológico y consigue un dominio más completo y encubierto de la sociedad civil.

Las instituciones fundamentales del Estado son el ejército permanente y la burocracia. Las tareas del ejército son la defensa de las fronteras territoriales frente a otros Estados, las conquistas imperialistas, para ampliar los mercados y acaparar materias primas, y sobre todo la garantía última del orden establecido frente a la subversión obrera. Las tareas de la burocracia son la administración de todas aquellas funciones que la burguesía delega en el Estado: educación, policía, salud pública, prisiones, correo, ferrocarriles, carreteras… El funcionario del Estado (capitalista), desde el maestro de escuela al catedrático, del policía al ministro, del cartero al médico desempeñaron, o desempeñan, funciones necesarias para la buena marcha de los negocios de la burguesía, mientras no sean un buen negocio para ésta, en cuyo caso se privatizan, como ha sucedido últimamente con cárceles, policía y ejército en algunos países.

El Estado (moderno) es la organización del dominio político, de la coacción permanente y de la explotación económica del proletariado por el capital. El Estado (capitalista) no es, pues, una máquina o instrumento que pueda utilizarse en un doble sentido: ayer para explotar al proletariado, mañana para emancipar al proletariado y oprimir a la burguesía. No es una máquina que pueda conquistarse, ni que pueda manejarse al antojo del maquinista de turno. El proletariado no puede conquistar el Estado, porque es la organización política del capital: ha de destruirlo. Si una insurrección victoriosa del proletariado se limita a conquistar el Estado, y más tarde a fortalecerlo y reconstruirlo, podemos estar ante un golpe de Estado o una revolución, e incluso ante una revolución proletaria (como en octubre de 1917 en Rusia), pero ante una revolución que está poniendo en pie los fundamentos de una rápida y sólida contrarrevolución, que pronto desembocará en otra forma de gestión del capitalismo, como sucedió con el stalinismo en Rusia.

El proletariado ha de destruir el Estado porque éste es la organización política de la explotación económica del trabajo asalariado. La destrucción del Estado es una condición «sine qua non» del inicio de una sociedad comunista. Pero el Estado capitalista no puede des-

truirse realmente si antes la clase proletaria no niega inmediatamente las condiciones económicas, sociales e históricas de la existencia del trabajo asalariado y de la ley del valor, en un ámbito mundial.

¿Qué sustituye al Estado?: la administración de las cosas en el comunismo. Pero la revolución proletaria no es una cuestión de partidos o de organización. Lo que determina la posibilidad del comunismo es un alto desarrollo de las fuerzas productivas y la extensión de la condición de asalariado y de proletario. Los problemas organizativos no pueden plantearse al margen de quien los organiza y de los problemas que se plantean en cada momento. No hay reglas, ni fórmulas mágicas, ni garantías contra la burocratización y la contrarrevolución.[167] Los burócratas suelen ser expertos en organización, al margen de la sociedad. La experiencia histórica del proletariado internacional señala los soviets rusos, los rates alemanes y los comités españoles, esto es, la organización del proletariado en consejos obreros como la forma organizativa revolucionaria de la clase obrera.

Estamos, pues, hablando no de tal o cual forma organizativa de comité o de consejo, sino de la organización consejista de la sociedad. Los consejos no representan a los obreros, son el proletariado organizado. Es un órgano de clase y de lucha. No es un órgano político, es la organización de la sociedad en unas nuevas relaciones de producción, y por lo tanto no es democrático, ni dictatorial, está más allá de la política, y evita la separación entre lo público y lo privado, característica del capitalismo. Soviets, rates y comités fracasaron en el pasado, pero han existido, mostrando la capacidad del proletariado para dirigir y gestionar fábricas, ciudades y países; señalando también sus límites y sus limitaciones, que hemos de entender y corregir. Han surgido siempre que el proletariado revolucionario se ha alzado contra la barbarie capitalista. Han sido la respuesta obrera al vacío dejado por la burguesía, más que resultado de la radicalización del combate. La ideología consejista contempla los consejos como meta y no sólo como un momento del combate en la transición al comunismo. Los

167 La Comuna de París, en 1871, convirtió a todos los funcionarios públicos en elegibles y revocables, pagados con salarios equivalentes al resto de trabajadores.

consejistas sustituyen el concepto «partido» de los leninistas por el concepto «consejo». Ambas ideologías son estériles. Los consejos serán sólo lo que el proletariado consiga hacer en el combate por destruir el Estado y construir el comunismo.

Bibliografía fundamental utilizada en este trabajo

- Abad de Santillán, Diego: «La revolución y la guerra en España». Nervio, Barcelona, septiembre 1937.
- «Actes del Comité Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya».
- Adsuar Torra, Josep Eduard: «Catalunya: juliol - octubre 1936. Una dualitat de poder?» (2 vol.). Tesina de Llicenciatura. Departament Història Contemporània, Universitat de Barcelona, 1979.
- Bernecker, W.: «Colectividades y revolución social». Crítica, Barcelona, 1982.
- Bolloten, Burnett: «La Guerra Civil española». Alianza, Madrid, 1989.
- Diaz Sandino, Felipe: «De la conspiración a la revolución». Texto mecanografiado.
- Escofet, Federico: «De una derrota a una victoria: 5 de octubre de 1934 - 19 de julio de 1936». Argos Vergara, Barcelona, 1984.
- García, Piotroswki, Roses (eds.): «Barcelona, mayo 1937». Alikornio, Barcelona, 2006.
- García Oliver, Juan: «El eco de los pasos». Ruedo Ibérico, Barcelona, 1978.
- Guillamón, Agustín: «Los Amigos de Durruti 1937-1939». Balance (1994).

- Lacruz, Francisco: «El alzamiento la revolución y el terror en Barcelona». Librería Arysel, Barcelona, 1943.
- Lorenzo, César M.: «Los anarquistas españoles y el poder». Ruedo Ibérico, Paris, 1972.
- Llauge, Félix: «El terror staliniano en la España republicana». Aura, Barcelona, 1974.
- Mompó, Enric: «El Comité Central de Milicias Antifascistas de Catalunya y la situación de doble poder en los primeros meses de la guerra civil española». Tesis doctoral leída el 8 de junio de 1994, Departamento de Hª Contemporánea, Universidad de Barcelona.
- Munis, Grandizo: «Jalones de derrota, promesa de victoria». Crítica y teoría de la revolución española (1930-1939). Muñoz Moya, Brenes, 2003.
- Paz, Abel: «Durruti en la Revolución española». Fundación Anselmo Lorenzo. Madrid, 1996.
- Peirats, José: «La CNT en la revolución española». Ruedo Ibérico, Paris, 1971.
- Pons i Garlandí, Joan: «Memorias». Texto en castellano, mecanografiado.
- Pozo González, Josep Antoni: «El poder revolucionari a Catalunya durant els mesos de juliol a octubre de 1936. Crisi i recomposició de l´Estat». Tesi doctoral defensada el 21 de juny de 2002. Departament Hª Moderna i Contemporània, Universitat Autónoma de Barcelona.
- Romero, Luis: «Tres días de julio». Ariel, Barcelona, 1976. (Novela).
- Souchy, Agustín: «Los sucesos de Barcelona». Ebro, agosto 1937.
- Tarradellas, Josep: «La crisi prèvia als Fets de Maig. 26 dies de desgovern de la Generalitat». Informe.

Y por supuesto los libros, folletos y documentación citados en las notas a pie de página.

Índice

Introducción → 9

La insurrección victoriosa de julio de 1936 → 11

La CNT-FAI en el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña → 61

Muerte y entierro de Durruti → 109

La agrupación de Los Amigos de Durruti en la insurrección de mayo de 1937, y su programa → 121

Epílogo → 177

Este libro ha sido finalizado
durante junio de 2014
en Barcelona, Catalunya